ESTÁS CORDIALMENTE
INVITADO A UN ASESINATO...

NADIE INVITÓ AL *Muerto*

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS



SAM OMAN

NADIE INVITÓ AL MUERTO

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS – LIBRO 1

Copyright © 2026 par Sam Oman

Tous droits réservés. Aucune partie de cette publication ne peut être reproduite, distribuée ou transmise sous quelque forme ou par quelque moyen que ce soit, y compris par photocopie, enregistrement ou tout autre moyen électronique ou mécanique, sans l'autorisation écrite préalable de l'éditeur, sauf pour de brèves citations incluses dans des critiques et certaines autres utilisations non commerciales autorisées par la loi sur le droit d'auteur.

Couverture : Shutterstock

NADIE INVITÓ AL MUERTO

UN MISTERIO DE JUDITH SPEARS – LIBRO 1

SAM OMAN

TANGLEBOX
BOOKS

INTRODUCCIÓN

¡Gracias por leer mi novela! Ha sido traducida, por lo que tú, querido lector, puede que encuentres algún error o imperfección — te pido disculpas de antemano, pues traducir del inglés a la hermosa lengua italiana es siempre un arte subjetivo. Si algo te resulta extraño, no dudes en hacérmelo saber en: info@samoman.com

¡Espero que disfrutes del libro!

1

Las listas son cosas maravillosas. Existen todo tipo de plantillas para prácticamente cualquier cosa: las tareas del hogar, hacer la maleta para las vacaciones, el mantenimiento del coche e incluso organizar la cocina para tenerla siempre impecable. Pero tras una exhaustiva búsqueda en internet, resultó que había un hueco en el mercado.

No existe ninguna lista para cometer un asesinato.

El problema más evidente era que dejar una lista suponía otra capa de pruebas incriminatorias que las autoridades podían toparse por casualidad. Irónicamente, minimizar las pruebas incriminatorias estaba casi en lo más alto de dicha lista. Justo por encima de borrar el historial del navegador en relación con las búsquedas de «cómo salirse con la suya en un asesinato». Buscar eso en internet había sido una soberana estupidez, pero se habían consumido copas en cantidades industriales, y eso convierte los más tenues hilos del sentido común en un tecleo torpe y desatinado. Muchas son las víctimas de una noche de compras desenfrenada en Amazon o eBay, cuyos resultados aparecen días después en el buzón con la inesperada llegada de una serie en DVD, una caja de martillos de caramelo o quizás un globo aerostático de segunda mano con kit de reparación de pinchazos.

Examinar el abanico de actividades criminales ofrecía una selección sorprendentemente escasa. Un buen cuchillo en la espalda, o el método menos repugnante de una bala disparada desde lejos, preferiblemente con una pistola en lugar de lanzada al azar contra el objetivo, eran opciones de toda la vida. La estrangulación, la asfixia y similares resultaban demasiado físicas para una persona perezosa. Un «accidente» o un atropello y fuga era demasiado aleatorio. Demasiadas cosas podían salir mal, como bien ilustraban los señores Tom y Jerry, o el Correcaminos y el Coyote. Más o menos todo lo demás no era más que una variación de esos métodos. Un remix criminal, por así decirlo. Salvo el envenenamiento. Desde cócteles exóticos, hierbas raras y silvestres, hasta el uso de burbujas de aire para detener el corazón y desplomar a una persona en un montón de miembros envueltos en ropa.

Todos tenían sus ventajas e inconvenientes. Principalmente inconvenientes para el perpetrador y para la víctima, lo cual no era lo ideal. ¿Entonces qué hacer? ¿Cómo cometer el pecado supremo, aparte de poner piña en la pizza, evidentemente, y salirse con la suya en un asesinato? Pues, para empezar, una buena idea sería hacer que pareciera que otra persona era la culpable. Un cabeza de turco. Un chivo expiatorio. Un Lee Harvey Oswald. Otro planteamiento era hacer que pareciera que no había sido un asesinato. Eso sería perfecto. Pero si fuera tan fácil, todo el mundo lo haría.

¿Pero quizás lo hacían? ¿Cómo íbamos a saberlo?

Quizás ese era precisamente el quid de la cuestión. Quizás habían descifrado el código para cometer un asesinato perfecto.

2

Little Pickton era el tipo de pueblo que pertenecía a una postal quintaesencialmente británica. Las fachadas de piedra beige de las casitas y las viviendas adosadas se pegaban tanto a las sinuosas carreteras que solo los automovilistas más valientes se atrevían a adelantarse mutuamente, temiendo acabar en el salón de algún vecino. Los cuidados jardines públicos se convertían en campos de batalla para los despiadados amantes de la flora del pueblo, que libraban una guerra por el reconocimiento en el próximo Chelsea Flower Show o en el concurso Britain in Bloom.

Con una salvedad: Little Pickton era borrado con sumo cuidado y prudencia de esas mismas postales, para que la noticia de semejante paraíso idílico no se propagara demasiado lejos. De vez en cuando el mundo exterior asomaba el hocico, con equipos de televisión que mostraban lo que los urbanitas podían comprar en el campo —hectáreas de terreno a cambio de su cobertizo londinense — y que solían ser expulsados con horcas metafóricas por los lugareños para preservar la tranquilidad.

Little Pickton también se las apañaba para salirse con la suya siendo más bien una pequeña ciudad que un pueblo. Tenía incluso su propia estación de tren, aunque la aparición de trenes reales tendía a ser más bien un complemento opcional la mayoría de los días. Era la base de un tren de vapor restaurado que gestionaban

aficionados locales. El silbido agudo podía oírse de vez en cuando por toda la localidad, como el lamento de un duende, anunciando que se avecinaban cambios.

En conjunto, era un lugar que mimaba los viejos secretos y acogía los nuevos sin apenas un guiño cómplice. Si tuviera fama —que no la tenía— sería la de un sitio al que la gente acudía para refugiarse del ajetreo y el bullicio del Gran Reino Unido, de vez en cuando Unido.

Y era el lugar que Judith Spears había llamado hogar durante los últimos cuatro años.

A sus 56 años, Judith se había acomodado en la vida de una jubilada anticipada. Bueno, eso sonaba mejor que decir que era alguien que no tenía ningún deseo de tener un trabajo de verdad. Nunca se cansaba de decirle a la gente que ya había tenido suficientes de esos a lo largo de su vida. Y si los interlocutores eran lo bastante imprudentes como para quedarse, ella se crujía metafóricamente los nudillos conversacionales y comenzaba a adentrarse en los grises y tediosos terrenos de su etapa laboral en el corazón financiero de la capital. La gente empezaba a desconectar en cuanto la palabra «Canary Wharf» aparecía en el horizonte de la conversación. La persona más lista era la que rápidamente desviaba el tema hacia las begonias de la señora Patterson, especialmente ese año, cuando unos bromistas se jugaron el tipo y plantaron unos cuantos bulbos extra en el parterre junto al parque del monumento a los caídos. Habían florecido formando una detallada representación fálica. Los chicos del pueblo eran los principales sospechosos, pero la combinación bastante astuta de bulbos de colores añadía un realismo carnal al conjunto que indicaba que detrás había una mano más experta. La cabecilla del Comité de Vigilancia Vecinal y dictadora botánica del comité de jardinería del pueblo, la señora Patterson, había intentado arrancar las flores ofensivas, pero el párroco local pensó que el conjunto era una encantadora representación de la época de la cosecha y no le pareció nada extraño que la berenjena ocupara un lugar tan prominente.

Judith estaba convencida de que el culpable era Charlie Walker, el ex jefe de correos reconvertido en paseador profesional de perros de

los sesenta y pico años, con su negocio Charlie Walker Walks. Cuál era su querella con la señora Patterson era algo en lo que Judith no había desperdiciado ni un segundo pensando, pero estaba segura de que tenía motivos de sobra.

Así era Judith. Estudiaba a la gente. Una habilidad que había perfeccionado hacía mucho tiempo en su carrera. Observar, estudiar, aprender. Como resultado, se había integrado de manera natural en la comunidad ofreciéndose voluntaria en verbenas, ferias parroquiales y celebraciones del jubileo, deteniéndose antes de unirse al consejo parroquial y al Comité de Vigilancia Vecinal de corte estalinista, incluso cuando la suplicaron que participara. Era una solucionadora de problemas nata. El tipo de persona a la que la gente recurría cuando estaba en un aprieto.

—¿Estás absolutamente segura de esto? —preguntó Judith, mientras escudriñaba por encima del borde de su taza de té con la intensidad de una cazadora de grandes felinos.

La destinataria de su mirada, Maggie Tawia, contempló la carta que yacía sobre la mesa entre ambas y asintió con la cabeza con gesto sombrío.

—Completamente. —Su leve acento gambiano añadía un peso de certeza. Cuando se ponía realmente locuaz, Judith podía entender por qué era la estrella del coro de la iglesia con su peculiar voz de tenor.

Judith dejó la taza suavemente y golpeó la carta para dar énfasis.

—Podría complicarse. Puede haber repercusiones.

Maggie finalmente encontró su mirada impasible y volvió a asentir. —Esto lleva demasiado tiempo pasando. Me han mentido. Me han engañado. Me han hecho sentir inadecuada. Me han quitado dinero. ¿Para qué? ¿Para qué? —Subrayó cada punto clavando el dedo en la mesa, haciendo temblar el té en la taza de Judith.

Judith le dedicó una pequeña sonrisa a medias y deslizó la carta hacia sí misma. La dobló cuidadosamente y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta acolchada Berghaus. Un vestigio de cuando solía hacer senderismo para hacer ejercicio.

—Entonces lo haré. ¿Sigue en el pueblo?

—Una hora más, dijo. —La nota de desesperación era inconfundible. —¡Estaba levantando el jardín delantero!

Judith se levantó y cogió su paraguas plegado de la mesa. Echó un vistazo por la sala vacía y reparó en que alguien había colgado un nuevo aviso sobre un ruidoso espectáculo de fuegos artificiales, justo al lado del que hablaba de un gato desaparecido que en realidad no había desaparecido en los últimos cinco meses, pero a la tetería le había gustado tanto la foto del felino que lo habían dejado puesto. A veces se preguntaba si el tiempo se detenía en el pueblo, roto únicamente por momentos de cotilleo entrometido. Señaló la tetera, pero Maggie levantó la mano.

—Invito yo. Y el bollo también —añadió, con los ojos dirigiéndose a las migas de un plato y a un pequeño tarro de mermelada de fresa vacío.

Desde lejos, un desconocido podría haber pensado que Judith era una mujer de mediana edad contratada para eliminar a alguien, dispuesta a aporrear a su víctima hasta matarla. Si bien eso no era estrictamente cierto, había muchas similitudes filosóficas.

—Si no cumple —advirtió Judith—, puede que acabe enterrado en ese hoyo que está cavando. —Dicho esto, salió con paso decidido de la tetería sin mirar atrás.

El dueño de Time For Tea levantó la vista desde detrás del mostrador. Timothy llevaba el local desde tiempos inmemoriales y rara vez se le veía fuera de sus paredes. Maggie interceptó su mirada interrogativa.

—Un técnico de BT —dijo Maggie—. No han estado entregando las velocidades que prometieron.

Timothy siseó entre dientes.

—Pobre hombre —murmuró—. No sabe lo que le espera. Todo el pueblo se queda sin conexión cada vez que llueve. Dale un toque de mi parte también.

Maggie asintió en señal de acuerdo. Mandarle a Judith era el arma de último recurso.

—Escuche usted bien —dijo Judith, agitando el dedo con tal vigor que no era más que un borrón hipnótico que atraía toda la atención del técnico de BT, como un gato persiguiendo un punto rojo—. Mi clienta tiene un contrato legalmente vinculante con su compañía para una velocidad de banda ancha garantizada. Lo que están entregando en realidad es una calidad que hace que cada llamada a su hija en Gambia parezca un episodio de Wallace y Gromit.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, el técnico apartó la atención del reconfortante dedo e intentó sostener la mirada acerada de Judith.

—Mire, señora, yo soy solo el técnico que han mandado al quinto pino a revisar esta caja de empalmes. —Señaló un armario verde abierto que el seto de la cuneta había casi devorado con zarzas que lucían pequeñas moras, haciéndolo parecer más comestible que mecánico. Las puertas oxidadas estaban abiertas y las tripas electrónicas se habían derramado en una masa de cableado intestinal. Judith estaba decepcionada por no ver ninguna luz parpadeante ni ningún globo giratorio en una pantalla digital—. Tendrá que llamar al servicio de atención al cliente para reclamar.

Judith, que reprimía las ganas de estrangular al hombre después de que la llamara «señora» con ese tono condescendiente, alzó la carta de Maggie en un gesto de fait accompli rotundo. El técnico deslizó sus pequeñas gafas de lectura rectangulares, de esas que se compran baratas en cualquier farmacia, desde lo alto de la cabeza hasta la punta de la nariz. Entornó los ojos.

—Esto no es más que una carta estándar diciendo que lo estudiarán. Las generan automáticamente. Apuesto a que ningún ser humano ha puesto los ojos en esa carta hasta que su clienta la leyó.

—No, querido —espetó Judith en represalia por su condescendencia—, esto es un traspaso legalmente vinculante de responsabilidad de la empresa a usted, su peón sacrificable. Permítame recordarle que, bajo la subsección sesenta y tres de la nueva Ley de Comunicaciones de Inglaterra y Gales, los técnicos de campo deben garantizar, prima facie, que los servicios se prestan según las especificaciones contractuales, tal y como el gobierno ha dejado muy claro en la Ley de Servicios Públicos de 2014, sección

doce B, o de lo contrario serán los únicos en asumir las consecuencias, especialmente cuando dicha clienta está gestionando asuntos de seguridad nacional. Usted. No su jefe, que está sentado en su cómoda y calentita oficina.

Desconcertado por la avalancha de jerga legal que no estaba seguro de que tuviera ningún sentido —y que Judith estaba convencida de haber tomado prestada de una dieta de programas de consumo y series de crímenes en televisión—, el técnico se quitó las gafas con la esperanza de que su repentino dolor de cabeza desapareciera.

—¿Quién es usted exactamente?

Judith dobló rápidamente la carta y sacudió la cabeza. —El GCHQ no está autorizado a revelar esa información. Y de verdad que le tengo mucha lástima, aquí fuera con todos los elementos, pero debe comprender que es su jefe quien le ha dejado a usted con las responsabilidades legales encima. Llámele si necesita confirmación.

El técnico, que seguía arrodillado sobre una rodillera acolchada desde que Judith había aparecido en su cochambroso Renault Clio rojo y había empezado a increparle incluso antes de abrir la puerta del coche, masticó la lengua y reflexionó. Preguntarse por qué su jefe le pasaba el muerto era una tarea inútil. Por supuesto que lo hacía. Para eso estaba la inútil burocracia intermedia. Aunque había pensado que Judith era una señora un poco chiflada, había algo en la inclinación desafiante de su cabeza que sugería que llevaba toda una vida dando órdenes. Y toda esta zona era la sede de varias instalaciones gubernamentales, una base aérea y quién sabe qué más, todo oculto en el corazón del campo. Tomó aire lenta y profundamente.

—El problema es que estoy revisando el cableado de aquí y todo está en orden. —Dio un golpecito al armario—. Aquí es donde entra toda la conexión a internet del pueblo. —Señaló la carretera, en la dirección desde la que había llegado Judith—. Y la fibra óptica la lleva el resto del camino. El problema es que las líneas no siguen la carretera principal. Cruzan por esta finca. —Señaló con el pulgar por encima del seto—. Y es privada. El dueño no nos deja acceder a la caja que tiene en su terreno.

Judith asintió comprensiva. —Ah, ya veo. Beaconsfield. Esa es la finca de Terry Hardman. —Captó cómo los ojos del técnico se iluminaban al oír el nombre.

Terry Hardman era, a su pesar, el residente famoso de la localidad. Toda la zona era un refugio para ricos y desvergonzados, pero Hardman era el nombre del que los vecinos estaban más hartos de oír. Presentador de televisión, columnista y voz en las redes sociales. En sus momentos más tranquilos, era una figura controvertida. El resto del tiempo era directamente divisiva. Que no quisiera que nadie pisara su terreno no era de extrañar. También significaba que la avería estaba más allá de su casa, porque estaba dispuesta a apostar a que su banda ancha funcionaba de maravilla.

—¡Ese tío es una leyenda! —dijo el técnico con admiración—. Pero es un hueso cuando se trata de dejar que la gente de a pie eche un vistazo a su caja.

Judith miró pensativamente en dirección a la extensa finca que Hardman había comprado tres años atrás. Con una frecuencia casi bimestral, había puesto de los nervios a los vecinos. Desde explosiones en su propiedad que resquebrajaban las ventanas de los residentes, hasta circular con descomunales supercoches por las estrechas calles del pueblo y quedarse tan atascado que el tráfico estuvo paralizado durante todo un puente de tres días, Hardman nunca pensaba en los demás. Eso era precisamente lo que le hacía popular entre el gran público y ampliamente odiado en todo Little Pickton.

Judith nunca había conocido al hombre y discrepaba vehementemente de su ideología, pero tenía debilidad por la audacia y era muy consciente de que la fachada que la gente mostraba al mundo era a menudo una frágil máscara de teatro para protegerse de sus preocupaciones y sus demonios. O para ocultar verdades que el mundo no tenía por qué conocer.

—Pues yo me encargaré de conseguirle acceso.

Los ojos del técnico se iluminaron. —¿Conoce usted a Terry Hardman?

—Por supuesto. Conozco a toda la familia. —Judith había oído que Hardman compartía recientemente la casa con su padre

enfermo, y que su hermano menor se había mudado allí para ayudar. Le había visto cruzar el pueblo lanzando disculpas avergonzadas por compartir el ADN con su notorio hermano—. Yo me ocupo de eso, no se preocupe.

—¿Podré... podré conocerle?

Las líneas severas de Judith se disolvieron en la sonrisa más beatífica. —Mi querido hurffminim. —¿Harry? ¿Herbert? ¿Herschel? Había farfullado su nombre porque no lo había captado en medio de su embestida verbal y no quería perder el impulso pidiéndole que lo repitiera—. Por supuesto. Le encanta conocer a sus fans.

Le pidió el número de teléfono al técnico, esperando que repitiera su nombre —lo cual no hizo—, y regresó a su coche preguntándose cómo iba a abrirse paso a base de descaro hasta la altamente vigilada finca de Terry Hardman. Pero el descaro era la munición de Judith. Y acababa de recordar algo que le daría el punto de entrada perfecto en la vida de Terry Hardman.

Además, siempre había querido una excusa para fisgonear por los terrenos, y no era de las que dejaba escapar las oportunidades.

3

—¡No! ¡No! ¡No!

La voz cruzó los terrenos como un tanque de guerra gutural. Un arsenal sónico capaz de imponerse sobre la sala más ruidosa. Pronunciada con un timbre que advertía de que el macho alfa había llegado y que más valía escuchar, porque cada palabra desencaminada, cada sílaba cargada y cada consonante polémica debía ser atendida. Lanzada a un volumen que demostraba que el que hablaba tenía razón y no necesitaba de hechos tan fastidiosos. E instantáneamente reconocida en todo el país y en la mayor parte del mundo de habla inglesa.

Terry Hardman medía un metro noventa y disfrutaba dominando con su altura a la chusma. Su cabello formaba apretados rizos castaños que venían de un bote. O bien eran los restos de algún bizarro trasplante de vello púbico fruto de una borrachera, como habían especulado algunas de las revistas del corazón más maliciosas. Una arrugada camisa blanca de Ralph Lauren sin remeter colgaba de sus anchos hombros como un saco de patatas sobre sus desgastados vaqueros Levi's azules.

La docena de empleados de catering de Wayne's Foodz, con sus ceñidas polos negras, sus pantalones negros de corte ajustado y sus zapatillas de tenis blancas —todos pareciendo clones perfectos— se quedaron paralizados en medio de recolocar las mesas plegables por

tercera vez y miraron al hombre que vociferaba, anticipando otro cambio de planes. Estaban acostumbrados a escuchar sus estridentes tonos en la televisión. Allí tenía su gracia, cuando les gritaba a los cocineros en la cocina o insultaba a sus compañeros de viaje de pocas luces mientras recorría el mundo a base de desplantes, pero en la vida real sonaba amenazador.

—¡He dicho diez metros más allá! —Hardman clavó un dedo señalando hacia la sombra de la casa que avanzaba inexorablemente sobre el césped a medida que la noche se acercaba.

—Pero así algunos invitados no verán los fuegos artificiales porque la casa tapará la vista —dijo un joven rechoncho con una gorra de béisbol. Una camiseta con una carita sonriente fumando un porro asomaba por debajo de su anorak. Era el DJ y organizador improvisado de los fuegos artificiales. Señaló hacia la zona de la fiesta—. Y estará más cerca de los altavoces, así que...

—¡Con la sordera que tiene mi padre, tendría que estar pegado a los malditos trastos! —espetó Hardman. Hizo girar el dedo señalando la gran carpa y las seis mesas y bramó al personal en general—. ¡Moved todo esto ahora mismo!

Sería el tercer traslado desde que habían llegado, y el personal ya estaba al límite incluso antes de que empezara la fiesta. Habían llegado convencidos de que sería una velada divertida llena de famosos, pero se estaba convirtiendo rápidamente en una experiencia lamentable y, lo que era peor, era una fiesta familiar. Lo que venía a implicar que habría otros tan amargados como Terry Hardman. Hardman le dio un golpecito en el pecho a Gary Mercer.

—Asegúrate de que la música esté a tope y de que los fuegos artificiales sean tan brutales que me pongan moreno. —Dio tres palmadas con ese característico triple aplauso que había popularizado en una plétora de programas—. ¡Solo tenéis dos horas! Es imprescindible que esta fiesta sea un petardazo.

Terry Hardman le dio la espalda al personal y entornó los ojos bajo el sol otoñal que en ese momento asomaba por encima del pronunciado tejado inclinado de Beaconsfield Manor, resplandeciente con exuberantes volutas de musgo y tejas agrietadas. Lo había comprado en un arrebato de borrachera, pero siempre había tenido

el capricho de ser dueño de una finca. No para hacer ninguno de los trabajos, por supuesto, sino para disfrutar de los placeres que tenía la gran propiedad tal como lo hacía la aristocracia rural. Como cazar. Aquello estaba muy lejos de su infancia en Birmingham. Excepto en lo de cazar.

Captó un movimiento en la ventana del tercer piso. ¿Sería su padre? El retorcido patriarca de quien había heredado todos sus rasgos negativos y que había hecho que crecer fuera tan amargamente solitario. O podría ser su hermano menor, Stephen, un hombre tan empapado en celos y rencor que se podría embotellar. *Eau de Amertume*. Había anhelado tener una hermana. No Rebecca, por supuesto, que era su hermana de verdad, sino una de verdad, una que fuera agradable y simpática.

Quien quiera que fuese, regresó rápidamente al santuario interior de la casa. Terry se masajeó la sien derecha mientras una jaqueca la atravesaba. Se sentía acalorado y sofocado, y prefería no pensar en cómo estaría disparándose su tensión arterial. Desde que lo habían echado de ITV por unos comentarios que él consideraba simpáticos sobre un músico muy querido y su incansable labor benéfica —lo que le confirmaba que la gente ya no tenía sentido del humor sino que había heredado una mentalidad de rebaño intolerante—, otras cadenas de televisión habían puesto en entredicho su valor. Era el típico bache de siempre, por supuesto. Una dosis de corrección política mojigata antes de que todo volviera a la normalidad, pero aun así escocía. O, en el caso de su cabeza, palpitaba.

Añádase la familia a la mezcla y el estrés no tenía fin.

Terry Hardman se dirigió a zancadas hacia su Range Rover negro. El modelo de gama alta, por supuesto. En casa no encontraría paz alguna, y ¿de qué servía tener una finca si no podía conducir hasta algún rincón solitario y apartado a fumarse un cigarrillo tras otro? Tenía en mente precisamente un lugar así. Un paraje bucólico donde quitarse las cosas de la cabeza durante un rato.

Esperaba que la fiesta de esta noche solucionara algunos asuntos críticos. Llevaba demasiado tiempo pendiente, así que la organización tenía que ser perfecta. Tenía que funcionar como un

reloj, porque no podía permitirse que nada se lo estropeara a estas alturas.

4

—Haz como si tuvieras todo el derecho del mundo a estar aquí —dijo Judith por el rabillo de la boca. Sonrió y asintió al gigante que montaba guardia en la verja de entrada como un monolito gótico.

—No sé por qué me has obligado a venir —dijo Maggie entre dientes apretados.

Seguía intentando ajustar el asiento del copiloto para tener más espacio para las piernas, pero la palanca entre sus rodillas se negaba a moverse más de un clic. Judith siempre había dicho que su Clio estaba de lo más saludable, y por saludable quería decir que el tubo de escape sonaba como una ventosidad prolongada y que el motor emitía algo muy parecido a improperios humanos en los semáforos. Maggie sospechaba que los hacía la propia Judith, pero carecía de pruebas concretas.

—Esta misión es por ti, recuerda. Yo podría haber estado en casa, acurrucada viendo a Michael McIntyre, en lugar de hacer esto —dijo Judith con un desconocimiento absoluto de la programación de prime time entre semana o del estado de la comedia moderna—. Será divertido. Además, ¿cuándo fue la última vez que fuiste a una fiesta?

Con un chirrido artrítico de frenos, se detuvieron junto al gigante de la verja, ataviado con un traje de tweed, botas embarradas y una

tradicional gorra plana. Pero su estatura, su tez pálida y su actitud general le telegrafió a Judith que no era ningún guarda de finca, sino un guardia de seguridad profesional. Había visto el mismo tipo rondando a políticos en actos públicos, destacando siempre entre la multitud para que el personal de seguridad pudiera identificarse mutuamente si las cosas se torcían. Además llevaba unas caras gafas de sol Ray Ban de aviador, aunque faltaba una hora para la puesta de sol y el cielo estaba cubierto de nubes pálidas.

—Buenas tardes, señora.

—Judith Spears. —No era una presentación, era una réplica. Lo de «señora» estaba a la misma altura que lo de «guapa».

Su tono cortante descolocó al hombre. —¿Tiene invitación?

—¿Invitación? —espetó Judith con tal indignación que Maggie dio un respingo en su asiento—. ¿De mi sobrino sinvergüenza o de mi hermano borracho? —El hombre movió la mandíbula intentando formular la respuesta correcta. Judith era una maestra en hacer retroceder a la gente y no tenía ninguna intención de cambiar de táctica—. En cualquier caso, ¡no sabía que se daban invitaciones a fregonas y cubos! —Señaló con el dedo hacia el asiento trasero, que iba hasta los topes de fregonas, cubos, botellas de lejía y una variedad de productos de limpieza. Reunidos de todo lo que había podido juntar en los armarios de su cocina, en la casa adosada de Maggie y en la tetería antes de que Timothy tuviera tiempo de cerrar la puerta al verla venir. El ceño de Judith se frunció aún más—. Es más, llévelos usted mismo a la casa y ayude a limpiar los vómitos de esta noche. Eso es lo que realmente piensan de la familia.

Abrió la puerta e intentó salir para inclinar el asiento del conductor hacia delante, pero el guardia colocó una palma apresurada en lo alto de la puerta para detenerla. Claramente no era prensa y no encajaba con el perfil de una fan acérrima de Hardman, y la idea de acarrear cubos para una tía gruñona y pendenciera estaba más allá de su descripción del puesto, además de que un mini rojo cereza acababa de detenerse detrás de ellas y el Clio estaba bloqueando la entrada.

—No se preocupe, señora —dijo, indicando a Judith que podía pasar.

Judith lanzó un suspiro deliberadamente largo y exasperado y cerró la puerta de un tirón con un golpe desafiante. Luego avanzó despacio, con los neumáticos traqueteando sobre una rejilla ganadera y haciendo que los utensilios de limpieza de la parte trasera repicotearan hasta el suelo. El ruido apenas enmascaró la explosiva exhalación de Maggie, que por fin soltó el aire que había estado conteniendo.

—¡Nunca pensé que nos saldríamos con la nuestra! —brotó con una excitación desbordante. Ya estaba asomándose hacia el parabrisas, anticipando lo que había más allá de la curva de la carretera—. ¡Estaba segura de que nos echarían!

—Más de la mitad de la batalla consiste en convencerte a ti misma de que tienes todo el derecho a estar ahí —dijo Judith, mirando por el retrovisor lateral y preguntándose quién iría en el mini que tenían detrás en la verja. Solo podía ver la cabeza rapada del conductor, asomado para hablar con el guardia—. Luego el resto suele resolverse solo si creen que va a darles más trabajo demostrarte que estás equivocada que simplemente dejarte hacer. Además, ¿qué clase de amenaza elegiría tener nuestro aspecto?

—¡Has estado magnífica! ¿Crees que será igual de fácil convencer al señor Hardman de que deje entrar al técnico de BT para arreglarlo todo?

—Haremos que le merezca la pena... —Judith se distrajo al coronar la subida del camino de acceso. Ante ellas, la carretera describía una curva rodeando un grupo de viejos robles para revelar un ondulado césped perfectamente cuidado. La cinta negra de asfalto serpenteaba alrededor de un pequeño lago, hogar de casi todos los patos que habían abandonado el estanque del pueblo en busca de una vida más tranquila en la finca. Al fondo se alzaba la antigua casa solariega. El camino de grava ya estaba ocupado por una docena de coches aproximadamente. A un lado, un conjunto de viejos edificios de ladrillo le recordó a Judith que aquello había sido en otro tiempo una granja en activo. Al lado opuesto de la casa, más campos ondulados descendían hacia el río que cruzaba la finca y un bosque frondoso medio kilómetro más allá que se extendía más allá de los límites del territorio de Hardman. La parte llana del césped

más cercana a la casa estaba rodeada de varios árboles que en algún momento habían sido plantados con arreglo a algún diseño grandioso pero que ahora tenían un aspecto un tanto silvestre. Una gran carpa blanca cubría las mesas plegables donde los invitados ya empezaban a congregarse. A la derecha del camino, una manada de gamos levantó la cabeza y miró al Clio con desconfianza.

—Es mucho más bonito de lo que me imaginaba —dijo Maggie en tono quedo—. Me imaginaba una casa de terror cubierta de maleza. Supongo que en consonancia con su personalidad. —Maggie no tenía del todo claro cómo catalogar al famoso de la tele. No era de las que se quedaban boquiabiertas ante las celebridades ni se ponían nerviosas. Desde que Judith la conocía, Maggie se tomaba todo con calma. Hasta que se iba el internet y se venía abajo. También le había enseñado algunos palabros gambianos de lo más interesantes.

—Es asombroso cuánto puede ganar uno por decir solemnes tonterías y gritar a la gente.

—¿Y cuál es el plan?

Judith había sido vaga con los detalles cuando convenció a Maggie de que la acompañara. La verdad era que no tenía ningún plan. Judith funcionaba mejor improvisando. Esa había sido la habilidad fundamental en el corazón de su carrera. Ex carrera, supuso.

—Le encontramos y nos vamos antes de que se monte el lío.

Maggie puso mala cara mientras giraba la cabeza entre el lago a un lado y los ciervos pastando al otro.

—Sería una pena. Unos terrenos tan preciosos a la vuelta de la esquina que nunca tenemos ocasión de ver. Y apuesto a que el catering es bueno. —Sus ojos se abrieron de par en par al ocurrírsele algo—. Y bebida gratis. —Le dio un golpecito en el brazo a Judith—. ¿A qué vienen tus prisas por marcharte?

Judith ya había localizado las furgonetas del catering, y su estómago gruñó agradablemente en anticipación.

—¿Has comido? Yo no. Aparte de un bollo esta tarde. Y supongo que tienes razón. Sería una tontería no quedarse. Dar con la puerta

en las narices a un par de familiares lejanos sería el colmo de la mala educación.

Maggie asintió. —Aunque estoy pensando que la mala educación es una palabra que él desconoce por completo. Y dudo mucho que fuera a dejarse convencer de que soy pariente suyo. Si Terry Hardman fuera un poco más blanco, me dejaría ciega.

Judith chasqueó la lengua mientras la carretera suave cedía paso al camino de grava.

—Todos salimos de África en algún momento. Deja de preocuparte por los detalles. Intentemos pasarlo bien. Además, piensa en lo mucho más tratable que estará después de unas cuantas copas.

5

Judith aparcó junto a un desvencijado Honda berlina verde. Terry Hardman tenía una colección de coches deportivos, así que para su sorpresa, la mayoría de los vehículos eran viejos y anodinos. Había un par de modelos más nuevos, pero ninguno que gritara aquí viven millonarios. Había deducido que la fiesta era exclusivamente un asunto familiar, así que tenía sentido que el resto del clan tuviera trabajos normales, aburridos y mal pagados. También encajaba con el carácter de Hardman que disfrutara pavoneándose ante su familia menos afortunada.

Judith apagó el motor y abrió la puerta en medio del estrépito de varios productos de limpieza que habían rodado hacia delante. Ya no necesitaba el atrezo, así que los tiró de vuelta al coche. Ignoró la puerta principal del edificio y rodeó la casa en dirección a los sonidos de la fiesta en el jardín. Maggie la siguió, que era lo que la mayoría de la gente hacía normalmente en torno a Judith Spears. Maggie había hecho el esfuerzo de ponerse un top rojo de moda y unos vaqueros para encajar al menos con el ambiente informal elegante, pero la chaqueta plumón negra que llevaba encima arruinaba la imagen.

Judith no se había cambiado los pantalones beige que había llevado todo el día. Los zapatos cómodos habían sido sustituidos por botas cómodas. Se había cambiado la camiseta por una camisa azul

claro, cubierta por un fino abrigo térmico negro que la mantenía calentita y seca con cualquier tiempo. Llevaba una boina que siempre había pensado que le daba un aire artístico, y para nada francés. Le ocultaba el cabello pelirrojo a media melena, aunque el que en su día había sido un rojo encendido ya no era lo bastante vivo como para llamar la atención en una sala llena de gente. Como todo lo demás, la edad había domesticado el brillo, pero había resistido notablemente el asalto de las canas. Judith le agradecía eso a los genes de su padre. Había heredado un aire ligeramente más joven que le restaba al menos cinco años de encima, especialmente si uno entornaba los ojos.

El nivel de decibelios de la fiesta se disparó cuando rodearon la casa solariega. Una música moderna tronaba desde una red de altavoces, obligando a los invitados a hablar a gritos unos con otros mientras tenían la sensación de estar retenidos como rehenes por Los 40. Era una tarde fresca, así que los invitados se agolpaban alrededor de varios calefactores de lámpara que irradiaban un calor dorado. Judith no aminoró el paso mientras cogía una copa de un camarero que pasaba. Una rápida comprobación reveló que Maggie se había perdido la copa gratis y que por tanto destacaba como la única persona que no empuñaba una bebida. Con un rápido paso lateral, Judith interceptó a otro joven camarero —¿o era el mismo? Todos eran idénticos con sus elegantes uniformes— y le birló una copa para Maggie. Maggie cogió la copa. El suave crujido de su chaqueta que acompañaba cada movimiento le recordó a Judith al muñeco de Michelin.

Maggie miró nerviosamente a su alrededor y luego escudriñó la copa de martini. —¿Qué es esto?

—Sabe a café con alcohol.

Maggie dio un sorbo, soltó un «ooh» de deleite y luego dio otro trago más largo. —Espresso Martini. ¡Qué elegancia!

La bandeja de alcohol desapareció serpenteando entre la multitud. La comida gratis era una cosa, el alcohol gratis valía la pena pelearlo. Judith se hizo mentalmente la nota de no pasarse. Necesitaba que Terry Hardman estuviera contentillo de copas, no

ella. La confianza de Maggie se vio reforzada cuando pasó una bandeja de canapés.

—Oooh, mira. ¡Un bufé de esos de picoteo!

Para cuando Judith se giró, Maggie ya iba persiguiendo la comida entre la multitud. Devolvió su atención a los invitados, cuyo número iba aumentando poco a poco. Algunos habían salido de la casa, y nadie parecía estar encantado de estar allí. Incluso con la comida y la bebida gratis, haberse desplazado un viernes por la tarde habría sido un sacrificio, sobre todo teniendo en cuenta que la variedad de acentos sugería que la gente había venido de todos los rincones. Había algunas sonrisas tímidas y retazos de conversación entre familiares que normalmente solo se veían por Facebook. Escuchó a escondidas una conversación cercana y captó el nombre de Gwen, luego esperó a que las dos mujeres se separaran antes de interceptar a la susodicha Gwen con una gran sonrisa.

—¡Gwen! ¡Madre mía! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¡Estás igualita!

La sonrisa de Gwen se ensanchó mientras Judith se inclinaba para darle dos besos efusivos. La sonrisa se mantuvo en su lugar aunque los ojos de Gwen se nublaron de confusión.

—Oh, gracias. Sí. No. Tú tampoco. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

La mano de Judith hizo un gesto de desdén. —Bueno, no me apeteció nada venir a la última. Ya sabes cómo es esto.

Gwen asintió comprensiva mientras sus ojos recorrían a Judith de arriba abajo buscando alguna pista sobre su identidad. —Yo solo estoy aquí por Robert, a decir verdad. Me habían dicho que había empeorado mucho desde su último cumpleaños.

Una breve búsqueda en Wikipedia sobre Terry Hardman había arrojado escasos detalles sobre su vida personal. Su madre había fallecido cuando él era joven. Robert = padre.

—Yo también. La última vez que le vi no tenía muy buena cara.

Gwen se relajó visiblemente al adentrarse en el modo cotilleo familiar. —Rebecca se mudó aquí solo para cuidarle cuando el donepezilo dejó de hacer efecto. Terry siempre estaba fuera trabajando y cuando estaba aquí, creo que no tenía ganas de ocuparse de él. Pobrecillo. He oído que ha cortado casi todo contacto con la vida que tenía en Leeds.

—¡No me digas!

Gwen asintió. —Yo le dije que dejarlo todo era un error. Pero tiene ese tufo a maniobra por la herencia. —Su voz bajó a un susurro apenas audible por encima de la música que zumbaba desde los altavoces—. Ya sabes cómo va eso.

Las luces del jardín, artísticamente distribuidas, cobraron vida con la luz menguante. Judith miró el cielo que se oscurecía rápidamente y asintió con sabiduría, aunque no tenía ni idea de a qué se refería Gwen.

—Por supuesto. Bueno, supongo que eso complica las cosas.

Gwen asintió y habló en tono quedo. —¡Y Stephen, vamos! —Judith siguió su mirada. Había visto al hermano deambular de vez en cuando por el pueblo y ahora observó al desgarbado hermano entrar en el edificio por la puerta trasera—. Es un inútil de tomo y lomo. No entiendo por qué insistió en mudarse aquí.

Judith reparó en un hombre calvo junto a él. Los dos estaban teniendo un acalorado intercambio mientras desaparecían en la casa.

—¡Oh, ahí está Terry! —dijo Judith, saludando con la mano hacia la casa. No le había visto, pero era excusa suficiente para seguir a Stephen al interior de la casa, donde suponía que estaría Terry—. Perdóname, Gwen. Ya charlamos luego.

Localizó a Maggie sentada a una mesa comiendo de un plato repleto de aperitivos. Un hombre con unos chinos tan ajustados que eran anatómicamente precisos se apoyaba en la silla de al lado hablando con grandes aspavientos. Eso la mantendría entretenida un buen rato.

El corredor de losas de piedra no era del todo lo que Judith esperaba al entrar en la mansión de Terry Hardman. Se había imaginado que el millonario habría llevado a cabo alguna reforma de diseño de alto nivel, pero el suelo había sido desgastado por varios siglos de pisadas y la piedra era ahora ondulante. Un corredor se ramificaba hacia el interior del edificio, y una puerta abierta cercana revelaba una gran despensa con estantes repletos de latas de

marcas de supermercado. Sobre todo alubias con tomate, salchichas en conserva y bolsas de pasta.

Un clon uniformado de Wayne's Foodz salió por la siguiente puerta, sosteniendo una bandeja de empanadillas que alzó por encima de la cabeza de Judith con las prisas de salir. Judith asomó la cabeza a la gran cocina. Era del tamaño del salón de su casita, con una cocina de leña verde oscuro en la pared más estrecha y una gran mesa antigua de roble que dominaba la estancia, alrededor de la cual varios empleados de Foodz preparaban el catering, lo que en su mayor parte consistía en calentar las bandejas de papel de aluminio que habían traído. Judith tomó el corredor que se bifurcaba, suponiendo que el salón daría al jardín y no al camino de entrada. El corredor se adentraba más en la casa y se abría ligeramente para acomodar una estrecha escalera que serpenteaba por tres pisos. Al fondo desembocaba en una puerta de madera con paneles entreabierta. La luz de la habitación que había al otro lado se filtraba por los huecos entre los listones de madera combada. Podía oír a Terry Hardman hablar con alguien en un tono que para él era bajo, y para cualquier otra persona era normal.

—Tiene que salir ahí fuera y hacer un esfuerzo.

—¡No lo hará! —Era la voz de una mujer—. Y todo esto estuvo muy mal pensado. ¡Típico de ti!

—Si no tienes nada bueno que decir, no abras la boca.

—Bueno, ¿qué esperas? Si se enterara...

—No se enterará. ¿Dónde narices se ha metido mi móvil?

Judith se quedó cerca de la escalera mientras escuchaba. ¿Sería una riña de enamorados? Intentó recordar si Hardman estaba casado. Le sonaba que había tenido una separación o un divorcio reciente. Lamentó no haber estado más al corriente de los canales de cotilleo del único famoso de Little Pickton.

—Eso no va a pasar —espetó Hardman—. Al menos no todavía.

—¿Y los demás?

Judith se preparó, lista para salir corriendo si la puerta del salón se abría. Ahora evidentemente no era el mejor momento para plantear su caso sobre el acceso del técnico de banda ancha a la caja.

—De esos me encargo yo —gruñó Hardman.

Judith se tensó al oír pasos, luego se quedó perpleja al escuchar el inconfundible sonido de pies sobre escalones de madera crujientes. ¿Habría otra escalera más adentro de la habitación? Recordó las incontables horas viendo reposiciones de Downton Abbey. Las casas solariegas solían ser un laberinto de pasillos y escaleras de servicio. Un fuerte estrépito procedente del exterior la hizo sobresaltarse, y también hizo que los pasos se detuvieran.

—¿Pero qué demonios están haciendo? —bramó Hardman.

Más estallidos y silbidos desde fuera anunciaron el comienzo del espectáculo de fuegos artificiales. La música subió de volumen con una versión disco del cumpleaños feliz tocada a niveles de concierto en estadio.

—¡Imbécil! —vociferó Hardman—. ¿Por qué ha empezado ahora?

Los pasos subieron rápidamente por los escalones. Sonidos de movimiento llegaban desde el interior de la habitación. El instinto de autopreservación de Judith le advirtió de que la ruta de salida más rápida de Terry Hardman era por donde ella había venido. Se giró sobre sus talones y se apresuró de vuelta hacia la cocina. Acababa de doblar por el corredor cuando oyó chirriar la puerta del salón al abrirse. Aceleró el paso y se metió en la cocina, chocando de lleno con un camarero que llevaba una bandeja de minihamburguesas en su pan. La comida salió volando a su alrededor y la bandeja metálica repicó sobre el suelo de piedra mientras dos figuras pasaban corriendo por el pasillo sin investigar el ruido.

—¡Ay, qué torpe soy! —exclamó Judith, sujetando al aturdido camarero antes de que se cayera—. Déjame coger una escoba para ayudarte a limpiar esto.

Judith salió disparada, pasó por delante de la despensa y siguió a Terry Hardman hasta el jardín.

El muro de sonido que la recibió era insoportable, y se detuvo en seco. El cielo estaba en llamas, lo que le hizo preguntarse si los fuegos artificiales eran algún tipo de homenaje al fin del universo o el resultado de un error. La mayoría de los invitados se tapaban los oídos ante la embestida sónica de la música disco, mientras miraban al cielo simultáneamente con una mezcla de fascinación y espanto.

El destello de los fuegos artificiales creaba imágenes persistentes de colores y le arruinaba completamente la visión nocturna, haciendo casi imposible ver hacia dónde habían ido Terry Hardman y la mujer.

Solo cuando la música se interrumpió de golpe pudo ver a Terry Hardman de pie junto al equipo del DJ en el rincón de la carpa. Los fuegos artificiales continuaron con más virulencia que nunca, cada estruendo reverberando por toda la finca como un trueno. Luego eso también llegó a un final repentino.

El zumbido del tinnitus entonó una melodía alegre en los oídos de Judith. La gente miraba en su dirección, con los rostros contraídos en una expresión de horror. Algunos señalaban con el dedo. Era una reacción extraña con la que recibir a una intrusa, y por un momento se preguntó si había entrado en una película de zombis.

—Puedo explicarlo —dijo, levantando la mano para calmar a las masas.

Entonces reparó en que miraban justo más allá y a su derecha. Se giró lentamente para ver a un hombre tendido boca abajo en el suelo. Llevaba un batín y una sola zapatilla. Pero eso no era lo más extraño.

Lo más extraño era que tenía el cuello roto en un ángulo pronunciado, y la sangre manaba lentamente por debajo de él, empapando la hierba. Judith dio un paso atrás de manera involuntaria. Un movimiento en una ventana del tercer piso la hizo levantar la mirada. No había nadie, pero las ventanas de doble hoja estaban abiertas de par en par, y una cortina ondeaba en la brisa como la lengua jadeante de un perro.

Y entonces empezaron los gritos.

6

El sargento de la Policía Nacional Raymond Collins había conseguido su primera victoria del día cuando le pusieron delante una taza de PG Tips. Tenía el tono perfecto de marrón medio, con un terrón de azúcar para alegrarle el paladar.

Se balanceó hacia delante y hacia atrás en la incómoda silla metálica negra que habían estado usando los invitados a la fiesta y habló en voz alta por encima del repiqueteo de la lluvia torrencial sobre la carpa. El cielo se había desplomado antes de que él llegara a la escena del crimen, lavando el cuerpo de pruebas incriminatorias antes de que se pudiera encontrar una lona para cubrirlo. El equipo de la Científica tardaría al menos otras dos horas, así que tuvo que apañarse con su agente de la Policía Nacional Sarah Eastly, que estaba tomando fotos con el móvil. El único problema era que su vena artística tendía a apoderarse de ella, dando como resultado unas fotos de la escena del crimen que merecerían estar en el Museo del Prado.

El sargento Raymond Collins tomó un sorbo de té y escudriñó a Judith por encima del borde de la taza. Ella arqueó las cejas en señal de expectación pero no dijo nada.

Con un suspiro, Raymond bajó la taza. —Debes de ver cómo queda esto, Judith.

—Por supuesto, Ray. Desde luego hay algo turbio en el ambiente. O fue un trágico accidente.

—Me refería más bien a tu presencia aquí, por encima de cualquier otra cosa. Y es Raymond. En realidad, como estoy de servicio, es Agente. Sargento. Sargento de la Policía Nacional —se corrigió.

Judith se encogió levemente de hombros. —¿Y perderme una fiesta con fuegos artificiales?

Raymond soltó un resoplido de desdén y miró hacia la lona empapada por la lluvia y hacia la agente Eastly, que se agachaba para conseguir un ángulo bajo con la luz de la puerta abierta cortando la escena artísticamente.

El mejor resumen que el detective podía improvisar para definir su relación con Judith era el de alguien a quien «conocía». «Amigos» era un oxímoron. Lo mismo que «colega» o «asociada», ya que solo se habían tropezado el uno con el otro durante un incidente criminal anterior. Era consciente de que Judith cargaba con una reputación que la precedía por todo el pueblo. La mujer desafiaba por sistema encajar en ninguna categoría, y si había algo que le gustaba al sargento Collins, eran las cajitas ordenadas en las que archivar a la gente. La agente Eastly había sugerido «enemiga-amiga», pero el sargento Collins consideraba que eso le daba demasiado crédito a Judith.

—Encontraste el cuerpo.

—Estaba de pie más cerca del cuerpo. Creo que la mayoría de los sesenta y dos invitados encontraron el cuerpo antes que yo.

—Siempre la última en enterarse. —Judith asintió, ignorando su paquete envuelto de sarcasmo—. He de decir que me parece peculiar que el señor Hardman le invitara a usted o a cualquier persona del pueblo a una fiesta familiar.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—¿Está él al tanto de eso?

—No con tantas palabras.

Raymond dio un trago más largo de té mientras un escalofrío otoñal le recorría el cuerpo.

—¿Cómo conocía al fallecido?

—No tuvimos tiempo para las presentaciones formales, dadas las circunstancias de estar muerto. Creo que es el padre del señor Hardman. El señor Hardman, o Robert —añadió como un pensamiento tardío—. Aunque solo lo sé porque la gente empezó a lamentarse gritando su nombre.

—¿Y estaba muerto antes de que usted lo viera?

—Estaba tumbado en un charco de su propia cosecha, si es eso lo que quiere decir. Me acerqué corriendo y le busqué el pulso, pero a decir verdad, creo que el cuello roto ya lo dejaba bastante claro.

El sargento Collins giró la mano derecha en un gesto circular indicándole que continuara. —Por favor, elabore. Esto no es un juego de preguntas y respuestas. Me gustaría terminar este té antes de que se enfríe.

Judith fijó la vista en un punto del espacio justo por encima de su cabeza mientras repasaba los detalles, editándolos cuidadosamente a medida que lo hacía.

—Iba varios metros por detrás del señor Hardman y de aquella mujer —agitó los dedos de manera distraída.

—¿Su hermana, Rebecca?

Judith archivó esa información para más tarde. —Yo estaba en la cocina —añadió para dar más color a la escena—. Había tirado accidentalmente a un camarero y llovían esas cositas de minihamburguesa.

—Sliders. —Raymond se odió a sí mismo por añadir detalles.

—Como usted diga. Ellos iban delante de mí. Salí y vi que el cielo estaba en llamas y la música era ensordecedora. Vi a Terry allí —señaló hacia el espacio del DJ—, apagándolo todo. Luego todo el mundo me miró a mí y se puso a gritar.

—¿No le oyó caer?

—Entre la versión disco del Cumpleaños Feliz y los fuegos artificiales, no oí absolutamente nada. Simplemente estaba allí. Una caída desde una ventana del ático, creo. Un terrible accidente.

—Así parece. ¿Había alguien más en la casa en ese momento?

—Muchos de los de Wayne. El personal de catering —aclaró.

—¿Pero todo el mundo estaba fuera?

Judith soltó una risa seca. —Yo sí. En cuanto a los demás, no lo sé. La gente podía entrar y salir fácilmente como hice yo.

—En efecto. —Raymond sorbió su té de nuevo—. ¿Y por qué estaba usted en la casa? El señor Hardman, el no fallecido, me dijo que se había indicado a los invitados que se quedaran fuera.

—Como ya he dicho, estaba en la cocina buscando un vaso de agua, y no un Espresso Martini, con la esperanza de encontrar a Terry a solas.

El detective abrió la boca cuando otra pregunta estaba tomando forma, cuando un agente uniformado con cara de granitos asomó la cabeza desde la casa. —¡Sargento! —vociferó, gesticulando para llamar su atención.

—¿Qué pasa? —gritó Raymond por encima del creciente repiqueteo de la lluvia.

—Los invitados están impacientes y quieren irse a casa.

Raymond resopló. Los hermanos Hardman habían alegado que su padre se encontraba en las primeras fases de demencia y que era propenso a deambular. El ruido de los fuegos artificiales probablemente le había atraído hacia la ventana. Un mal equilibrio le habría hecho caer por encima del pretil. No había nada que apuntara a un juego sucio, y no había razón para retener a personas inocentes y traumatizadas impidiéndoles marcharse a casa, especialmente con una tormenta descomunal desatándose y los caminos rurales de la zona con riesgo de inundarse.

—Asegúrese de tener los datos de todos. Ahora voy.

El agente asintió y volvió a meterse dentro.

El sargento Collins se puso de pie. —¡Oye, Sarah Almodóvar! —La agente Eastly levantó la vista desde la incómoda postura sobre el cuerpo, capturando un ángulo dramático—. Hasta aquí hemos llegado. Tenemos que dejar marchar a los testigos.

—Muchas gracias —dijo Judith. Se puso de pie.

—Usted no, sin embargo. Me gustaría conocer algunos detalles más. Además, no tiene que recorrer mucho camino para llegar a casa, a diferencia de la buena gente hacinada ahí dentro. Ahora vuelvo.

Subiéndose el cuello del abrigo, se apresuró a entrar en la casa con la agente Eastly pisándole los talones.

Judith consideró seguirle. Al fin y al cabo, Maggie también debía de estar dentro, sensatamente guardándose del frío. Su fuerza de voluntad le empujaba hacia la casa, pero sus piernas la llevaron por la carpa hasta el puesto del DJ.

No era más que una mesa de camping con una silla plegable de plástico al lado. No era ningún montaje sofisticado. Un pequeño portátil con una mesa de mezclas virtual en pantalla y una larga lista de reproducción de canciones en su mayoría de los ochenta. Estaba conectado a un amplificador, que ahora estaba apagado. Cables coaxiales que salían de la parte trasera serpenteaban hacia la red de altavoces repartidos por el jardín. Reparó en que Terry había apagado la alimentación del amplificador. También vio que el control de volumen del amplificador y todos los diales del ecualizador gráfico estaban subidos al máximo. Difícilmente era la magia sonora que esperaría de un DJ profesional, por barato que fuera.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando localizó otro portátil en la silla libre metida bajo la mesa. La tapa estaba entreabierta, emitiendo el resplandor de la pantalla que había llamado su atención. Se arrodilló y levantó la pantalla. Un programa llamado Firemaster estaba abierto. Parecía bastante complicado, pero el único mensaje que sí comprendió fue la ventana parpadeante que decía ANULACIÓN DE CONTROL.

Judith utilizó una servilleta limpia de la mesa más cercana para borrar sus huellas dactilares de donde había tocado el ordenador y lo volvió a colocar en su sitio bajo la mesa. Luego se apresuró a seguir al sargento de la Policía Nacional Raymond Collins. Había vivido toda una vida de aparentes coincidencias que le habían enseñado que tales cosas no existían. Y la caída de Robert Hardman por la ventana desde luego no era ningún accidente.

7

El amplio salón estaba abarrotado de gente. Terry Hardman estaba sentado en un gran sofá. A su izquierda había una mujer de unos treinta y tantos años, con el cabello castaño y ondulado recogido en una coleta descuidada y los ojos enrojecidos de tanto llorar. Judith supuso que era la hermana, Rebecca. En el lado opuesto estaba Stephen. Con casi cincuenta años, su delgado cuerpo se había replegado en la curva del sofá, con los pies levantados sobre el cojín. Su piel era pálida, pero el parecido con su hermano mayor era inconfundible. Eso sí, si Terry hubiera pesado varios kilos menos y hubiera hecho ejercicio regularmente. En estado de shock, Stephen miraba fijamente el suelo sin pestañear. Terry estaba sentado en el extremo del sofá, con la cabeza hundida entre las manos y los dedos masajeando su cabello húmedo. Los invitados se distribuían a su alrededor, trayendo a la mente de Judith un antiguo anfiteatro romano. Los dos detectives estaban de pie en el centro, con un par de agentes uniformados apostados en una amplia escalera de roble curvada que rodeaba la pared del fondo.

El sargento Raymond Collins estaba en pleno discurso cuando Judith entró, abriéndose paso entre los familiares como un rompehielos. Hizo una pausa y le lanzó una mirada de pocos amigos. Judith reparó en que Maggie estaba encajada en un rincón,

protegida por una mujer pelirroja bastante atractiva y aferrada a un plato de canapés del que iba comiendo lentamente.

—Como iba diciendo —dijo Raymond, volviéndose de nuevo hacia la multitud—, los agentes de la puerta comprobarán que tenemos todos sus datos y nos pondremos en contacto con ustedes. Si alguien desea hablar con nosotros, por favor quédese o llámeme en cualquier momento. Perder a un ser querido es siempre una tragedia, y si se encontrara en necesidad, no dude en buscar asesoramiento psicológico a través de su médico de cabecera. —Vaciló cuando alguien se rió entre dientes ante la idea de conseguir cita con el médico—. ¿Alguna pregunta?

Una mujer levantó una mano temblorosa entre un coro de suspiros exasperados de sus familiares.

—¿Qué le ocurrió exactamente al querido Robert?

—Eso está por determinar. Por ahora, estamos contemplando un terrible accidente.

Desde el otro lado de la sala, Judith vio a Gwen fruncir el ceño mientras miraba de reojo a Terry Hardman. Era una reacción fugaz, de las que se pierden si uno parpadea, pero desentonaba con las expresiones de los rostros que la rodeaban.

Raymond se frotó las manos, un tic nervioso que tenía cuando hablaba ante grupos numerosos. —El tiempo está empeorando y las carreteras por aquí dejan mucho que desear en el mejor de los casos. Conduzcan con cuidado.

Y den gracias de que no les hagan soplar, pensó Judith al recordarles abalanzándose sobre los cócteles.

Los dos agentes uniformados se abrieron paso entre la multitud y salieron por una puerta al fondo que daba a un espacioso recibidor. La multitud fue desfilando en silencio como escolares amonestados, dejando sus datos de contacto al hacerlo. Maggie hizo un gesto hacia la puerta, pero se detuvo al notar que Judith no se había movido. Estaba observando a los detectives acercarse a los tres Hardman en el sofá y hablar en voz baja. Pasados unos instantes, Terry levantó de repente la vista y localizó a Judith.

—¿Y usted quién demonios es? —dijo, poniéndose de pie bruscamente.

Judith miró a su alrededor para confirmar que era el objeto de su ira.

Terry miró al sargento Collins y a Judith. —Pensé que era del catering, pero parece que tenemos una intrusa.

—Le aseguro que sus verjas están intactas. Soy Judith Spears, y les doy mi más sentido pésame a todos.

—¿Fue usted la primera en acudir al lado de papá? —dijo Rebecca en voz baja.

Judith vaciló, preguntándose si aquella voz suave era la misma que había oído al otro lado de la puerta cerrada del salón hablando con Terry Hardman. No podía estar segura.

—Sí, lo fui. Pobrecillo —añadió, buscando algunas declaraciones de hechos neutras—. No había nada que pudiera hacer. ¿Alguien le vio caer?

—Nadie vio nada —dijo Rebecca, enjugándose los ojos.

—Todo el maldito gentío estaba preguntándose por qué estaba pasando el Apocalipsis Now ahí fuera —gruñó Terry—. Y quién sabe quién más andaba pululando por la casa. —Había más que un atisbo de acusación en su tono.

Stephen habló por primera vez. —Terry...

Terry tomó aire bruscamente y metió la mano en el ajustado bolsillo de sus vaqueros para sacar un arrugado paquete de cigarrillos y un mechero verde. Tuvo que darle varias veces para conseguir llama, y dio una calada profunda al cigarrillo, ignorando la tos del sargento Collins, que se fue apartando poco a poco de la columna de humo que se formaba alrededor del presentador de televisión. La nicotina pareció calmarle un poco, pero le temblaba la mano.

—Ya sé que debería usar el vaporizador —murmuró.

—Quizás debería hablar con el DJ sobre eso —dijo Judith—. Me refiero al asalto audiovisual, no a su hábito de nicotina. ¿No era él quien controlaba el espectáculo?

Stephen le lanzó una mirada a su hermano mayor. —¿Recortando gastos otra vez? Dijiste que sería una empresa profesional.

—No empieces —siseó Terry. Apuntó con el dedo hacia Judith mientras se dirigía al sargento Collins—. Tiene razón en eso. El tío

no estaba en su puesto cuando llegué allí. Pensándolo bien, no le he visto desde entonces.

—Había mucho jaleo —dijo Rebecca en voz baja.

La agente Eastly pasó las páginas de su libreta. —Tenemos a un tal señor Mercer que dijo estar al cargo.

Terry agitó la brasa encendida del cigarrillo en su dirección. —Ese es el tío.

—Se marchó con los demás. Dijo que mandaría a alguien a recoger su equipo cuando la Científica hubiera terminado con él.

—¡Metió la pata con los fuegos artificiales, con el sonido, con todo! —afirmó Terry—. En el estado en que estaba papá, habría sido como un conejo deslumbrado por los faros. Confundido y fuera de sí.

Judith asintió. —Exactamente, el donepezilo puede tener ese efecto en una persona. —Cuando el rostro de Terry se contrajo con varias arrugas de confusión, añadió—: Como señaló su tía Gwen. —Había tenido ocasión de buscar el medicamento en Google y descubierto su uso para controlar el Alzheimer. Mediante una simple asociación de nombre, Judith había sorteado el hecho de que Terry aún no supiera quién era ella. Que te den, Derren Brown, pensó.

—Deberían traer a Mercer de vuelta aquí —insistió Terry.

—¿Es el hombre que contrató usted? —dijo Stephen con mordacidad.

El sargento Collins levantó una mano para atajar la incipiente discusión familiar.

—Por favor. Todos han pasado por mucho. Seguiremos cada línea de investigación, pero por ahora todo el mundo necesita serenarse. Tenemos que esperar a que llegue la Científica, así que mientras tanto quizás una buena taza de té ayude a todo el mundo.

Terry se paseó hasta la ventana, lanzando otra nube de humo por la nariz como un dragón furioso. —Ya saben dónde está la cocina.

El sargento Collins arqueó una ceja, pero aceptó que tendría que prepararse él mismo su bebida.

—Bien. Judith, venga conmigo, por favor. —Salió de la habitación a paso marcado.

Judith le siguió el paso, y Maggie y la agente Eastly las siguieron. Judith captó que Terry Hardman hacía una doble toma al darse cuenta de que Maggie seguía en la habitación con ellos. Tanto Stephen como Rebecca estaban hablando en voz baja entre sí y no levantaron la vista.

Solo cuando estuvieron en la cocina volvió a hablar el sargento Collins.

—¿Por qué estaban ustedes aquí exactamente? —Su ceño se frunció aún más cuando entró Maggie—. Las dos.

Maggie levantó ambas manos para esquivar la pregunta. —Yo voy poniendo el hervidor, cariño. —Se puso manos a la obra, lo que desconcertó aún más al sargento Collins sobre si era una invitada, personal de servicio o una intrusa.

—Maggie es mi clienta —explicó Judith con paciencia.

—¿Clienta? —dijo la agente Eastly, que tomaba notas en su libreta.

—Sí. Y haría bien en hacerle caso al señor Hardman sobre ese DJ. Parece que tiene algo que ocultar.

—Parece que usted está esquivando mi pregunta.

—Estoy buscando justicia para Maggie. Su banda ancha es un desastre.

La boca del sargento Collins se abrió y cerró varias veces antes de que pudiera articular las palabras. —¿Banda ancha?

—Sí. Se niega a dar acceso a su caja. —Cuando el detective puso cara de perplejidad, aclaró—: Hay una caja que necesita mantenimiento en la finca del señor Hardman, y él se niega a dar acceso a ella.

El sargento Raymond Collins miró alternativamente a Judith y a la agente Eastly, buscando todavía alguna parte de la historia que se le había escapado.

—¿Azúcar? —intervino Maggie.

—¿Eh? Ah, uno. —El sargento Collins había perdido el hilo—. Perdón. ¿Por qué están aquí de nuevo?

Maggie golpeó el hervidor contra el fuego de la cocina de leña y se puso a abrir armarios en secuencia mientras buscaba tazas.

Judith lanzó un suspiro teatral y agitó la mano en el aire.

—Detective, me parece que la fiesta de fuera era una distracción.

—¿Una que confundió al fallecido? —preguntó la agente Eastly.

El sargento Collins le señaló con el dedo. —No. No la anime, Eastly.

—¡Era una distracción para cometer un asesinato! —dijo Judith con solemnidad.

El sargento Collins se pellizcó el puente de la nariz mientras un dolor de cabeza retumbaba detrás de sus ojos. A estas alturas ya debería haber estado en casa viendo reposiciones de Aquí no hay quien viva para quitarse de la cabeza un día de perros. Quizás, como capricho, pediría una pizza de la pizzería local. No eran pizzas especialmente buenas, pero le recordaban que los platos preparados del Mercadona que solía comprar no eran tan sosos como pensaba.

—Judith, tenga en cuenta que cuando un grupo de policías se reúne, no significa necesariamente que haya habido un crimen.

—Pasamos dos días buscando una vaca desaparecida la semana pasada —ofreció la agente Eastly. Rápidamente apartó la vista bajo la mirada fulminante de su sargento.

Judith se balanceó sobre las puntas de los pies, un hábito que conservaba de su juventud. —En ese caso, querido Detective, si no hay ningún crimen no hay razón para que nos quedemos por aquí. A menos que la Policía Nacional desee involucrarse en una disputa de banda ancha. Entre usted y yo, sería una cosa maravillosa para mejorar la imagen del cuerpo. Afecta a todo el pueblo.

El sargento Collins soltó una retahíla de sílabas inconexas, que fueron puntuadas por el silbido estridente del hervidor llegando a ebullición.

8

Tras la emoción de la fiesta en el jardín de Terry Hardman, los dos días siguientes trajeron un aguacero constante que anegó los campos e hizo crecer el río, lo que provocó que las pocas carreteras que permitían escapar de Little Pickton se volvieran intransitables, a menos que se dispusiera de un robusto todoterreno o una canoa.

Judith dejó a Maggie en casa prometiéndole que su calvario con la banda ancha estaba lejos de terminar, y luego regresó a su casita en el extremo norte del pueblo. Estaba apartada de la carretera, detrás de un gran seto que era casi tan alto como el propio edificio, lo que hacía fácil pasarla por alto para quienes no buscaran con suficiente atención el par de pilares de ladrillo gris claro, sin verja, que marcaban el corto camino de grava. La primera tarea de Judith, aparte de renovar la cocina y repintar el salón, había sido quitar la placa de piedra atornillada al pilar de la entrada. Seguía siendo conocida localmente como The Brambles, como habían insistido en llamarla los dos propietarios anteriores, pero Judith decidió llamar a su nuevo hogar The Unnamed, así que colocó en su lugar una placa de piedra en blanco. Se había mudado a Little Pickton para llevar una vida tranquila, así que el anonimato ocupaba un lugar prioritario en su agenda.

Por supuesto, rebautizar su casa con un nombre en blanco se convirtió rápidamente en comidilla del pueblo, y la inserción de Judith en la vida local hizo que todo el mundo supiera pronto quién era. Eso le venía de perlas. Al establecer rápidamente su identidad, los cotilleos pasaron a otras cosas, saltándose los tradicionales elementos de quién era ella.

Rara vez invitaba a gente a casa y, como hizo ese fin de semana, disfrutaba estando rodeada de recuerdos de todo el mundo, todos cuidadosamente recopilados en sus viajes. En su mayoría eran baratijas más que souvenirs caros y antigüedades, pero significaban algo para ella.

Recientemente había comprado una docena de puzzles en Amazon y había conseguido montar dos de ellos antes de perder las ganas de vivir y abandonar los demás. Servirían como premios en la Feria de Navidad. Debería haber ido al supermercado local a comprar algunas cosas frescas para el fin de semana, pero una combinación de la lluvia y la investigación diligente sobre Terry Hardman había devorado las horas. Los días, en realidad. Estaba a punto de salir a pie al pueblo, a pesar de la lluvia persistente, cuando oyó el crujido de la grava fuera. Asomándose por las cortinas, vio un sucio BMW berlina azul aparcando junto al pequeño estanque de carpas koi, con su cascada burbujeante que era el elemento central de su jardín delantero. El sargento Raymond Collins estaba al volante. Le observó comprobar su peinado en el retrovisor, alisándoselo antes de salir del coche. A juzgar por la antigüedad y el estado del vehículo, dedujo que había sido un regalo que se había hecho a sí mismo para sobrellevar una crisis de mediana edad.

Abrió la puerta justo cuando él estaba llegando al timbre-cámara. Se sobresaltó de sorpresa.

—Ah, Judith. Buenos días.

—Buenos días, Detective. ¿O hoy es Raymond?

La lluvia repicoteaba sobre los coches del camino de entrada. Cuando Judith no añadió nada más, Raymond señaló hacia el interior con la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—¿Por qué? ¿Es importante?

—Bueno, es importante no mojarme. No quiero coger otro resfriado.

—Iba de camino a la compra.

—Ah.

—Así que tendrá que ser rápido. —Abrió la puerta un poco más para que pudiera entrar.

En el poco tiempo que había estado de pie fuera, su chaqueta goteaba y su cabello estaba aplastado. Se formaron charcos de agua a sus pies. Por suerte, el suelo de baldosas de terracota podía con ello.

—Cocina —indicó Judith.

Raymond siguió el gesto de su dedo y no pudo resistirse a curiosear por el salón, que estaba lleno de estanterías, su portátil, el televisor y un surtido de revistas. Los recuerdos de viaje se aferraban a cada centímetro de espacio en las estanterías. Casi chocando con él, Judith condujo al detective hacia la cocina. Pareció sorprendido al descubrir que era ultramoderna, con armarios integrados y una placa de cocción que se fundía con las encimeras de mármol negro.

—No sabía que cocinabas.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Estuvo a punto de añadir que entre ellas estaba el hecho de que no sabía cocinar ni para salvar su vida, pero llevaba tiempo con la intención de practicar.

—¿Café?

—Un té si tienes.

Seleccionó dos tazas de un soporte y encendió el dispensador de agua caliente.

—¿Y bien, qué le trae por aquí? ¿Ha resuelto mi enigma de la banda ancha?

Estaba a punto de recordarle que no era un asunto policial, pero en cambio observó cómo ella echaba café instantáneo en un par de tazas mientras el agua humeante salía ruidosamente. Esperó hasta que hubo preparado ambas tazas y se sentó a la mesa de la cocina antes de volver a hablar.

—Gracias. Mi tipo de té favorito.

—Con un terrón de azúcar. Lo recuerdo de mis funciones de camarera la otra noche.

—Fue Maggie quien preparó el té. En fin, eso es lo que me trae aquí.

—¿Estaba tan bueno su té?

—¿Qué le hizo sugerir que había juego sucio en la muerte de Robert Hardman?

—Mi mágico sexto sentido.

—Permítame recordarle que ocultar información a la policía es un delito grave.

—Ah, ¿así que hoy es «detective»? ¿Y de repente esto es ahora un caso serio? ¿Quizás un caso de ya-se-lo-dije? Me intriga.

El sargento Raymond Collins había elaborado una estrategia sobre cómo sonsacarle información a Judith, pero ella acababa de echar por tierra su plan.

—El informe del forense llegó esta mañana, y recalco que lo que estoy a punto de contarle es confidencial, pero parece que hay muchas preguntas en torno a la muerte de Robert Hardman.

—Si es tan confidencial, ¿por qué me lo está contando?

Buena pregunta. En los encuentros ocasionales que había tenido con Judith Spears, había llegado a saber que poseía habilidades que no debían pasarse por alto.

—Piénselo como algo tan confidencial que Terry Hardman ha demandado a gente por cosas menos difamatorias.

—Entonces no lo escribiré. ¿A no ser que quisiera decir calumnioso?

—Voy a ignorar la pedantería.

—Estaba siendo didáctica. Aunque reconozco que ahora estoy siendo pedante. —Sopló sobre su café para enfriarlo.

Raymond tomó aire profundamente. Ya había sido un día muy largo, y aún no eran las once.

—Había una alta concentración de levodopa en su organismo. Dentro de los niveles aceptables, pero quizás no acorde con el nivel de su enfermedad.

—¿Era eso su tratamiento para el Alzheimer?

—Le habían diagnosticado Parkinson, no Alzheimer. Hay algunas dolencias que se solapan, y la levodopa se usa en ambos casos.

Durante el fin de semana, la investigación en línea de Judith ya había revelado esto, pero quería ver cuánto estaba dispuesto a compartir el sargento Collins. Había pasado una tarde leyendo artículos sobre la enfermedad de Parkinson. Piezas médicas deprimentes que normalmente habría evitado. Entre ellas, había localizado una noticia de hacía dos años sobre el diagnóstico del padre de Terry Hardman. Cuando eres tan famoso como Terry, el resto de la familia no se define por sus nombres, sino por su relación con él. Se preguntó por qué Gwen había diagnosticado erróneamente a su propio hermano. También había anotado los efectos secundarios del medicamento.

—Puede afectar al equilibrio. Provocar mareos. Y con la música tan alta y los fuegos artificiales, bueno, es posible que se asustara.

—En efecto. Lo que lleva a un terrible accidente.

—Pero...

—Pero había ligeras contusiones en las muñecas, como si alguien las hubiera sujetado con fuerza. Y otra en la espalda, entre los omóplatos.

—El punto perfecto para darle a alguien un empujón.

Raymond asintió y sorbió su café mientras observaba a Judith procesar la información.

—Bueno, tiene muchos testigos.

—Cuando se les preguntó aquella noche, nadie vio nada. ¿Qué haría usted?

—¿Yo? ¿Por qué me lo pregunta a mí?

El sargento Raymond Collins no pudo evitar sonreír. —¿Por qué no? La busqué. Parece que tiene un historial bastante intrigante.

—Yo no tengo ningún historial, detective.

—Que es exactamente lo que encuentro intrigante.

La uña de Judith golpeteó el lateral de la taza mientras le observaba pensativamente.

—Lo más obvio sería averiguar quién estaba en la casa cuando cayó.

—Ahí está el quid. Es como arrear gatos, pero bastante menos cooperativo. Tengo setenta y dos posibles sospechosos que se avalan mutuamente.

—Maggie estaba fuera. Y una mujer llamada Gwen.

—Gwen Meadows. La tía de Terry.

—Esa misma.

—Y estaba usted.

—Yo estaba en la cocina. También añadiría el detalle menor de que debería fijarse en las personas que tienen un móvil.

El sargento Collins se frotó la vena palpitante de la sien. —Gracias por eso, Judith. Creo que esa es la primera lección que nos enseñan en la Academia de Policía.

—Justo después de aprender a escribir correctamente el nombre y el número de placa. Lo que quería decir es que quizás sea mejor enfocar las cosas desde otro ángulo.

—¿Cómo cuál?

—¿Quién no estaba allí?

—Esa es una lista larga. Yo no estaba allí.

—Me refiero a quién no estaba donde se suponía que debía estar.

—¿Se refiere al tal DJ? —Pensó un momento—. Gary Mercer.

—Ese es el individuo. ¿O debería decir el delincuente?

El detective no pudo evitar que sus cejas se movieran. —Sí, hablaremos con él para conocer su versión de los hechos, y...

—Me gustaría estar presente cuando lo haga.

El sargento Collins se recostó en su asiento. —Judith, esto es una investigación en curso...

—¿Pero todavía no es una investigación por homicidio?

—Bueno, no, pero...

—Entonces no veo ninguna razón para que se niegue.

—Aparte del hecho de que esto es un asunto policial y usted es tan sospechosa como cualquier otra persona.

—Yo estaba en la cocina, como atestiguará el camarero con el que choqué. Terry y su... bueno, una mujer, también estaban en la casa.

—¿Su hermana?

—No le vi la cara. Solo la oí hablar.

—¿Sobre qué?

Judith fingió tener dificultades para recordar. Raymond soltó una risa seca.

—Está olvidando que sé que tiene una memoria prodigiosa, Judith.

—Creo que estaban hablando del señor Hardman fallecido. Sobre que era terco y que las cosas tenían que cambiar.

—Los testigos dicen que Terry estaba fuera en ese momento. Fue él quien paró la música.

—Cierto. Pero eso depende de cuándo cayó su padre. ¿Habíamos salido de la casa y pasado directamente junto al cuerpo? Dudo que le hubiera oído caer porque la música estaba muy alta. Sin embargo, ellos iban delante de mí, así que ninguno de nosotros podría haber empujado a nadie por una ventana del ático. ¿Tiene una hora exacta de la muerte? —El detective sacudió la cabeza—. Ya veo. ¿Y no hay testigos que le vieran caer? —Otro movimiento negativo de cabeza —. Como ya dije, estoy bastante segura de que no estaba allí cuando entré en la casa, pero eso deja aún una ventana de tres o cuatro minutos antes de que volviera a salir. Durante ese tiempo estallaron los fuegos artificiales y Terry salió a paso rápido. ¿Y no fue él quien organizó todo el evento?

—¿Está sugiriendo que él podría ser el responsable?

—¡En absoluto! Aparte de que semejante acusación pública le pintaría automáticamente a usted y a su investigación bajo una luz muy desfavorable, atraería la atención de la prensa mundial hasta su puerta para que cada movimiento que hiciera fuera analizado y criticado. Semejante especulación sería calumniosa. —Volvió a golpetear el dedo sobre la taza—. Pero es una noción bastante intrigante, ¿verdad que sí?

9

Gary Mercer vivía a poco más de cincuenta kilómetros de Little Pickton, en las afueras de la ciudad, lo que seguía considerándose local según los estándares de Little Pickton, especialmente si querías ver una película en el cine en una pantalla más grande que tu propio televisor.

Gary vivía en un bloque de pisos que en otro tiempo habría sido una zona conflictiva pero que ahora estaba en pleno proceso de gentrificación. Incluso había un nuevo local de falafel frente a la entrada. El barrio iba a más, al igual que el piso de Gary en el quinto, que contaba tanto con calefacción como con doble acristalamiento.

Judith y el sargento Collins estaban sentados en un desgastado sofá de Ikea que tenía un nombre que sonaba algo así como blötcharse. Mesas de mezclas, altavoces y otros equipos de sonido llenaban cada espacio disponible. La cocina estaba llena de envases de comida para llevar apilados sobre el cubo de la basura, y un aparador tenía su cartera, las llaves, un peine, un pequeño bote de gomina y un frasco pequeño de aftershave Hugo Boss que sugería que de vez en cuando hacía un esfuerzo por arreglarse un poco. Gary estaba sentado en una silla alta de bar, mirándoles desde arriba como un pingüino emperador.

—¿Cuándo me devolverán el equipo? Tengo otro evento la semana que viene.

—Con suerte no tardará mucho —murmuró Collins vagamente—. Cuando cerremos el asunto. Solo estamos rellenando algunos detalles. ¿Quién le contrató para el evento?

Se detuvo a pensar. —Sería Teza.

—¿Teza?

—Terry Hardman.

—¿Son amigos?

—No exactamente. Pero nos entendíamos bien, ¿sabes? Especialmente cuando me ofrecí a rebajar mi precio.

—¿Por qué haría eso? El hombre es rico.

Gary se encogió de hombros. —Quería el trabajo. Queda genial en las redes. Pinchando para Terry Hardman.

Judith se inclinó hacia Collins, que estaba tomando notas en su libreta. —Se refiere a las redes sociales.

El bolígrafo del detective hizo una pausa irritada antes de continuar garabateando sobre el papel.

—¿Y también era usted el responsable del espectáculo de fuegos artificiales?

—Ah, bueno. En cierto modo. —Gary se removió en su asiento, con su generoso estómago asomando por el hueco entre sus vaqueros y su desgastada polo roja, el ombligo mirando a Judith como un cíclope—. Su hombre original no pudo venir, pero ya había comprado todos los fuegos artificiales. Tenía un colega que tenía el software de control.

—Firemaster —dijo Judith, haciendo que el sargento Collins la mirara con sorpresa.

Gary asintió con entusiasmo. —Sí. Es facilísimo. Tiene un montón de ajustes predefinidos y solo tienes que programar los tiempos. Te muestra en pantalla lo que va a pasar.

—¿Entonces el tema apocalíptico era intencionado? —preguntó Judith, antes de que el sargento Collins pudiera abrir la boca.

—No. Se suponía que duraría cuatro minutos. Una subida progresiva que quedaba guay. Él quería un poco de Jean-Michel

Jarre de los clásicos. Algo salió mal. Salí pitando a ver qué había pasado.

—¿No podría haber simplemente parado el ordenador?

Gary sacudió la cabeza. —Tenía un mensaje de error y no hacía nada.

—¿Lo habían anulado? —dijo Judith, ignorando la mirada de reojo que recibió del detective. Gary asintió—. ¿Por qué empezó antes de tiempo? ¿No tenía el señor Hardman un horario establecido?

—Se suponía que a las siete, pero llegaba tarde. Se suponía que me iba a mandar un mensaje, pero no me llegó ninguno. Fui a buscarle y entonces todo se fue al garete. —Se rascó la nariz—. No quiero ser maleducado, pero ¿podemos ir terminando? Tengo un turno en el hospital.

—Ah, es usted médico —dijo Collins con cara de palo.

Gary sacudió la cabeza. —Auxiliar de enfermería. Hay que pagar las facturas hasta que la música empiece a dar dinero.

—Claro. ¿Tiene idea de por qué le diría que empezara antes de que la fiesta estuviera en pleno apogeo?

Gary se encogió de hombros y volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

—Curioso —dijo Judith mientras regresaban a Little Pickton.

—¿Curioso por lo que dijo, o curioso porque le dejé convencerme para venir? —dijo el sargento Raymond Collins mientras tomaba una carretera nacional.

—No me importa hacer de pararrayos. Necesita un amortiguador si va a adentrarse por el resbaladizo camino de acusar a un famoso de un crimen.

Collins no estaba tan seguro, pero Judith había sonado convincente cuando estaban en su casita.

—Eso no significa que puedas hacer las preguntas tú.

—Entonces no debería titubear tanto.

El silencio indignado de Raymond fue roto únicamente por el zumbido de las ruedas sobre la carretera. Raymond extendió la

mano hacia la radio pero se detuvo cuando Judith volvió a hablar.

—¿Por qué no ha traído a esa encantadora agente con usted?

—¿Eastly? Está detrás de un escritorio, haciendo llamadas y siguiendo pistas.

—Impresionante. Es una mujer joven y segura de sí misma. ¿He detectado cierto frisson entre ustedes dos?

Raymond la miró tan bruscamente que su BMW se desvió al carril contrario, y solo lo corrigió cuando un coche en su ángulo muerto le tocó el claxon.

—¡Eso es del todo inapropiado! —bramó.

—Quiero decir que es bastante atractiva, y usted es un hombre de éxito con una mandíbula bien definida y una crisis de mediana edad. —Le dio una palmadita al salpicadero.

—Me refería a que es una compañera y yo soy su superior. Y soy lo bastante mayor como para ser su padre. Bueno. Si hubiera empezado pronto...

—Solo estoy haciendo conversación. Me han dicho que tengo buen ojo para las personas. Sabe Dios por qué está usted soltero. A menos que sea un asesino en serie secreto, o que esta irritable fachada no sea realmente una pantalla.

—No sabe nada de mí.

—Pensaba que nos estábamos conociendo.

El sargento Collins intentó responder pero no pudo. En cambio, se mordió el labio e intentó de nuevo.

—¿Cómo sabe lo de Firemaster?

Judith miró con indiferencia por la ventana. —Pensé que era obvio. Si Gary no es tan torpe como aparenta, entonces suena a sabotaje, ¿no?

—¿Alguien le ha dicho alguna vez que es usted una persona muy dramática?

—¿Qué sabe sobre el hermano y la hermana?

—¿Stephen y Rebecca? Muy poco.

—Stephen ha tenido una brillante carrera como actor fracasado y empresario fracasado. Nunca se llevó bien con su hermano, siempre discutían, y se sentía constantemente postergado cuando se trataba de oportunidades.

—¿Cómo sabe esto?

—Pasé el fin de semana investigando nuestro caso.

—No había ningún caso hasta esta mañana. De hecho, todavía no lo hay. Y no hay ningún «nuestro» en esta ecuación. Lo que estamos haciendo es pura diligencia debida.

—Me gusta anticiparme. Su hermana es otra cuestión. Hay menos sobre ella en los periódicos.

—Sé que la agente Eastly estará indagando en...

—Era profesora de lengua en un instituto de Leeds. Lo dejó para cuidar a su padre. En algún momento, Terry sugirió que ambos vinieran a vivir a Beaconsfield, así que ella abandonó su vida allí y se mudó aquí. Estaba prometida, pero eso se fue al traste y desde que se mudó ha perdido el contacto con los amigos que tenía allí. Una había escapado a Londres, y ella a menudo pensaba en mudarse allí. Creo que su vida es una de remordimientos. —Miró con melancolía el tráfico que tenían delante—. De sueños frustrados. No es que tuviera grandes ambiciones como sus hermanos. Ella quería una vida normal y un gato. —Lanzó un suspiro prolongado—. Y su pobre gato murió antes de que se mudara. Lleva una espina clavada, y ahora no tiene a nadie más a quien culpar por cómo se va a perfilar el resto de su vida.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que Raymond Collins le estaba lanzando miradas entre intento e intento de mantener los ojos en la carretera.

—¿Qué? —dijo ella con inocencia—. A la gente le gusta publicar sus tonterías en Facebook. A menudo es lo que no se dice lo que habla por sí mismo. Y había mucho que no se decía.

—¿Y Stephen?

—Tuvo un escarceo con Twitter. Sobre todo tonterías políticas. Husmeando donde pensaba que estaba la opinión pública más que ninguna convicción genuina y firme. Apuesto a que estaba pensando en meterse en política, pero no consiguió ser lo suficientemente entretenido o polémico como para tener muchos seguidores, a diferencia de su hermano. Otro fracaso en su haber.

Raymond hinchó los mofletes. Estaba impresionado pero le repugnaba demostrarlo. Él y la agente Eastly habían pasado el fin de

semana investigando a la familia, por si acaso, pero solo habían obtenido un perfil muy escueto. El único trozo de investigación que tenían era el historial policial de Terry Hardman. Consistía en algunas acusaciones de acoso de su ex mujer, que se habían resuelto extrajudicialmente. Había perdido una docena de juicios por difamación, tenía numerosas multas de aparcamiento y tenía una condena de seis meses en suspenso por agredir a un productor de televisión cuando le habían despedido de la presentación de un concurso.

—¿Algo sobre el padre?

—Perdió a su mujer hace doce años y nunca se recuperó de eso. El bicho malo, pobrecillo. Robert trabajó como manitas la mayor parte de su vida. Cuando Terry hizo algo de dinero, corrieron rumores de que le había prestado algo para varios negocios, pero ninguno tuvo éxito. Encontré dos empresas que aún tenían páginas web registradas a su nombre, pero no se habían actualizado en años.

Una vez más, el sargento Collins guardó silencio. Era una cantidad ingente de información, bastante más de lo que él o Eastly habían descubierto. Pensó en la primera vez que había conocido a Judith Spears y se recordó a sí mismo que debía hacer lo que se había propuesto hacer entonces: indagar un poco más a fondo...

10

Con la mayor parte del día ya consumido, y siendo consciente de que todavía no había ni una miga de comida en los armarios, Judith le pidió al sargento Collins que la dejara en la plaza del pueblo. Se despidieron de manera agradable, o más bien cordial, ya que la última hora había sido de charla intrascendente tensa en la que Raymond esquivaba las preguntas sobre su vida personal. Las contraatacó con preguntas de sondeo nada sutiles sobre la Judith anterior a Little Pickton, lo que ella disfrutó frustrándole bailando alrededor de las respuestas.

Seguía lloviendo con fuerza, y no había traído el paraguas, pero su abrigo tenía una capucha sensata que la mantuvo lo suficientemente seca como para entrar a toda prisa en el Mercadona local a abastecerse. Más por el tiempo que por la hora, la tienda estaba bastante vacía, así que Judith consiguió lo que necesitaba en cuestión de minutos. Intercambió algunas palabras con Beth en la caja, quien confirmó que el incidente en la finca de Hardman seguía siendo la moneda corriente del cotilleo del día, y luego se puso en camino, caminando a paso vivo a casa con dos bolsas de plástico biodegradable repletas a reventar. Estaba convencida de que la lluvia estaba disolviendo activamente las bolsas con cada paso y dudaba de que llegaran intactas a su casita.

Dos coches la adelantaron en la calle principal, y alguien con un paraguas negro pasó rápidamente por el lado opuesto de la calle. Aparte de eso, estaba sola con sus pensamientos y la lluvia repiqueteando mientras subía la suave cuesta hacia el cruce en T y giraba a la izquierda en dirección a casa.

Lo que hacía aún más fácil notar el coche que la seguía. Especialmente porque su acechador lo estaba haciendo de manera bastante chapucera.

No estaba especialmente oscuro, pero lo suficiente como para justificar encender los faros, lo que hacía llamativo que el conductor no lo hubiera hecho. Era un vehículo eléctrico, así que avanzaba en un silencio sepulcral unos pocos metros, luego se detenía. Luego volvía a rodar hacia delante, como un torpe gato acechando a un ratón.

Finalmente, a causa de la lluvia, sus frenos emitían un chirrido largo y grave cada vez que se detenía. Después del quinto chirrido sigiloso, Judith se paró en seco. Puso los ojos en blanco. Luego se giró lentamente para encararse al coche.

Estaba a unos cien metros detrás de ella, inmóvil en la parada del autobús. Los limpiaparabrisas apartaban la lluvia a un lado, y vio la silueta del conductor, que debió de darse cuenta de que le estaba mirando fijamente porque hizo un intento sin convicción de agacharse por debajo del salpicadero.

Judith levantó una bolsa de la compra en un torpe saludo. El pánico del ocupante aumentó y, para su sorpresa, el coche comenzó a retroceder lentamente por donde había venido. El conductor no intentó acelerar. Era simplemente una retirada prolongada, como si esperara que Judith no se diera cuenta de lo que estaba pasando. Se pasó del cruce que bajaba la cuesta hacia el Mercadona. Se detuvo, y luego avanzó suavemente, descendiendo la cuesta con apenas un susurro de los neumáticos sobre el asfalto mojado.

Quince minutos más tarde estaba en casa justo cuando la lluvia empezaba a calar a través de su chaqueta. Consideró llamar al sargento Collins para informarle, pero pensó mejor en ello. Al fin y al cabo, no había pasado nada realmente. Todavía, al menos.

Cuando el sargento Collins no se puso en contacto con ella al día siguiente, la emoción que Judith había estado experimentando, la de ser parte de la investigación, pronto fue menguando. Ser testigo no tenía mucha gracia si para empezar no habías presenciado nada. Puede que hubiera sido la primera en llegar al cuerpo y hubiera escuchado a escondidas una vaga conversación que sugería que tanto Terry como Rebecca Hardman eran inocentes en lo de empujar al anciano por la ventana, pero todo era discutible y no le servía de nada a nadie. Para colmo, Maggie la había llamado para quejarse de que su banda ancha seguía fallando. Judith sintió un pinchazo de arrepentimiento por haberse ofrecido a ayudar, pero sabía que se habría avergonzado de no haberlo hecho. Intentó ser diplomática al decirle que quizás ahora no era el mejor momento para plantearle a un hombre que acababa de perder a su padre el asunto del acceso a una caja de empalmes.

Aun así, era una picazón que no podía rascarse del todo, y había demasiados cabos sueltos molestos en torno a la noche de la muerte de Robert Hardman. El hecho de no haber sido del todo sincera con el sargento Collins también le resultaba fastidioso. Algunas cosas era mejor no decirlas, pero cuando se trataba de un posible asesinato, el silencio diplomático no era la mejor opción.

Se preparó un té y consideró rehacer un puzzle de mil piezas de Un domingo de verano en la isla de La Grande Jatte, que había completado con tanta regularidad que ya no necesitaba la imagen de la caja como referencia. De hecho, había terminado el puzzle con tanta frecuencia que hacerlo se sentía como una penitencia, pero ese era precisamente el punto. Cuando Judith no estaba ocupada, se ponía ansiosa, preocupada por estar malgastando su vida, y la obra maestra puntillista de Georges Seurat era tan buena analogía para esto como cualquier otra.

Incluso se aventuró de vuelta al salón para bajar la caja de la alta estantería donde estaba colocada cuando vislumbró un sobre negro en el felpudo del recibidor. El detector de movimiento de la puerta principal debería haberla avisado, a menos que la batería se hubiera agotado, aunque eso era poco probable.

Se asomó por la ventana delantera, pero ya estaba demasiado oscuro para ver más allá del estrecho charco de luz que se derramaba desde la ventana y cruzaba el estanque de las carpas koi. Moviéndose hacia el recibidor, Judith se agachó para recoger el sobre. Era de papel negro, sin marcas ni escritura. Encendió la luz del recibidor y abrió la puerta principal, proyectando luz sobre su Clio y por el camino de entrada por lo demás vacío.

Llovía con más fuerza y no había un alma alrededor.

Revisar el timbre-cámara reveló que alguien había tapado la cámara con barro. Habría significado entrar al jardín delantero por otra ruta y deslizarse de lado alrededor de la casa para no ser detectado. Era mucho esfuerzo cuando simplemente podrían haberse puesto la capucha y mantenido la cabeza gacha para permanecer en el anonimato.

Limpió el barro de la cámara y se apresuró de vuelta a casa. Inclinó el sobre hacia la luz por si había alguna pista grabada en el papel, pero no había nada.

El agua del dispensador de agua caliente aún estaba llenando su taza cuando deslizó un dedo en la esquina del solapa del sobre y lo abrió.

11

—No sé cómo funciona este cacharro.

—Creo que se mete ahí y se le da un buen tirón —sugirió Judith.

—A George Clooney no se le ve tener ningún problema metiéndolo en el agujero.

—Déjeme a mí.

Judith le apartó a un lado y tomó la pequeña cápsula. Una rápida comprobación reveló que solo podía entrar en el orificio de la máquina de una manera. La metió, luego empujó la palanca plateada para atrapar la cápsula en su interior como algún dispositivo de tortura medieval. Con solo dos botones entre los que elegir, seleccionó el que mostraba la taza más grande. Segundos después la máquina Nespresso cobró vida con un zumbido, dejando caer café hirviendo en una taza que esperaba lista.

—Pensaba que estas cafeteras de lujo podían hacer mucho más. —Miró alternativamente la taza y a Terry Hardman, que estaba apoyado contra la mesa de la cocina, con los brazos cruzados defensivamente sobre el pecho. Llevaba una camisa de leñador azul oscuro con las mangas subidas hasta los codos dejando al descubierto unos brazos peludos, y unos vaqueros que eran demasiado ajustados para la comodidad de él, y también de Judith.

Las ojeras le parecían más oscuras que nunca, y Judith se preguntó si habría dormido desde la última vez que le había visto.

—Me la dieron gratis en algún acto de premios. —Se encogió de hombros, como si eso lo explicara todo.

—¿Le regalan cafeteras? —Judith estaba impresionada.

Terry señaló alrededor de la cocina. —No tuve que comprar ni la mitad de los trastos de esta casa. Hay una regla inversamente proporcional. Cuanto más famoso te vuelves, menos tienes que gastar en gilipolleces.

—Bueno, si alguna vez necesita deshacerse de alguno de estos trastos... —dijo Judith con intención.

—Hablaremos de sus honorarios más tarde —dijo Terry, devolviendo la conversación de un golpe al asunto que les ocupaba. Judith archivó la palabra honorarios para su posterior examen.

—Su carta fue inesperada y ambigua.

Judith había extraído del sobre una sola tarjeta postal blanca con un mensaje garabateado en pequeñas letras mayúsculas en tinta negra:

20.00 H - BEACONSFIELD MANOR

Terry se rascó suavemente los antebrazos, más por distracción que por necesidad. —Para ser sincero, no sabía muy bien qué hacer. He contratado investigadores privados antes. —Miró de reojo y registró el ceño fruncido de Judith—. Cuando las ex mujeres empiezan a quejarse de liquidaciones de divorcio excesivas y alguna mujer un poco loca afirma que tenemos un affaire.

—Leí que eso realmente ocurrió.

Terry levantó las manos en un gesto de mea culpa. —Bueno, ese fue real, pero te encuentras con algunas locas y con otras que les gusta aprovecharse...

—Y preferiría que eso no saliera en los periódicos.

Terry le apuntó con el dedo en un silencioso ¡exacto!

Cuando la Nespresso terminó de gorjear, Judith le entregó la taza a Terry.

—No se saca mucho en una taza, ¿verdad?

Añadió un chorrito de leche UHT de un pequeño cartón de plástico que había sobre la mesa de la cocina. —Apuesto a que

Clooney cobra comisión por cada cápsula. Por eso está forrado.

Judith se preparó otra taza y luego siguió a Terry al salón. No dijo ni una palabra mientras se desplomaba en el sofá, donde había estado sentado la última vez que le vio, y sacaba un cigarrillo. Abstraído, lo hizo rodar entre los dedos y observó cómo el extremo sin encender subía y bajaba.

Judith recorrió la habitación, tomando nota por primera vez de la lujosamente gruesa moqueta y los acabados modernos que se integraban en el estilo de una antigua casa solariega. Había media docena de altavoces empotrados en el techo, distribuidos entre la iluminación embutida. A primera vista, lo que parecían armarios antiguos resultaron ser acabados modernos deliberadamente envejecidos, y había un televisor del tamaño de una piscina montado en la pared. Parecía haber algún ingenioso mecanismo que lo sostenía en su lugar y lo desplazaba hacia un hueco oculto. Varios cuadros enmarcados mostraban a Terry en lugares exóticos, a menudo con sus copresentadores de sus diversos programas. Había una llamativa ausencia de otros miembros de la familia.

Se dio la vuelta justo cuando Terry volvió a guardar el cigarrillo en el paquete y se dejó caer en el sofá con un suspiro jadeante.

—Debería dejarlo de verdad. Quizás empezar a vapear. ¿No es eso lo que hacen todos los jóvenes hoy en día?

—No sabría decirle.

Terry finalmente levantó la vista como si registrara la presencia de Judith por primera vez.

—He oído que es usted toda una investigadora privada aficionada.

Ah, pensó Judith. A ver adónde lleva esto.

Terry continuó. —He preguntado por ahí. Bueno, no yo, evidentemente. Tengo gente que le pregunta a otra gente.

Judith asintió. —Seis grados de separación.

—Y resulta que es usted una especie de arma secreta.

—¿Lo soy? Bueno, quizás una aficionada a resolver misterios. Puede que haya encontrado algún gato y algún perro en el pueblo.

El entrecejo de Terry se frunció, con sus cejas de oruga casi ocultando sus ojos. —Como quiera plantearlo. Pero sé que ha estado

colaborando con el sargento Collins en lo que ocurrió.

Judith se sentó en un sillón enfrente y sostuvo su taza de café con ambas manos. Con toda la riqueza que había a la vista, Terry Hardman era ciertamente frugal cuando se trataba de mantener la calefacción encendida. Evidentemente, el señor Mercer había estado en contacto después de que se marcharan. Quizás inocentemente preguntando cuándo le devolverían el equipo que tanto necesitaba. Quizás. Judith le dedicó simplemente una de sus inconfundibles sonrisas fáciles. Una cargada de sutileza que irradiaba una confianza en que sabía lo que estaba haciendo. Eso no era del todo cierto, pero era mejor que estar constantemente corrigiendo los malentendidos de la gente.

—Mi más sentido pésame para usted y su familia.

La cabeza de Terry hizo un movimiento que sugería que en este momento no necesitaba condolencias.

—Obviamente, la prensa se hizo eco de la historia hoy. —Judith asintió con conocimiento de causa, aunque no había pensado en mirar ni un solo periódico en todo el día—. Y es solo cuestión de tiempo antes de que transformen «accidente» en algo más turbio.

Judith tomó un sorbo de café. No estaba segura de cuánto había compartido el sargento Collins con Terry Hardman. Probablemente nada si esto se convierte en una investigación por homicidio en toda regla.

Terry no registró su silencio. —Y ahí es cuando las cosas se pondrán incómodas. Si acudo a un investigador privado de verdad y se corre la voz... bueno, ¿cómo cree que quedaría eso ante los paparazzi?

—Entonces, ¿qué es lo que necesita de mí? —preguntó Judith, ignorando la palabra verdad.

Terry se removió en su asiento. Sus ojos se desviaron hacia las puertas y la escalera antes de hablar. Esta vez su voz era baja, y Judith se preguntó cuántas otras personas habría en la casa.

—Descubra quién lo hizo.

Judith se tensó, pero su sonrisa permaneció en su lugar.

—¿Cree que fue un asesinato? —Los ojos de Terry recorrieron la habitación y se encogió de hombros—. ¿Lo ha compartido con la

policía?

—¿Me toma por tonto? Claro que no. Necesito llevar ventaja en esto, si es verdad, claro está. Cuando esto... cuando esto salga a la luz, ¿cómo cree que afectará a mi carrera?

Resopló, como si la respuesta apocalíptica fuera obvia. El hombre acababa de perder a su padre y lo único en lo que podía pensar era en el impacto sobre su carrera. ¿Era tan insensible, o incluso un sociópata? ¿O había algo más?

—¿Quién cree que haría algo así?

Terry levantó ambas manos a los lados en un gesto expansivo. —¿Quién no lo haría? Aparte de mí, evidentemente.

—Evidentemente.

Los ojos de Terry se dispararon hacia la escalera mientras hablaba. —Stephen es demasiado frágil para manejar acusaciones de ese tipo. Y demasiado temperamental. Papá tenía el don de poner a toda la familia en su contra. Éramos polos opuestos.

Judith intentó imaginarse lo contrario de Terry Hardman. Lo único que le vino a la mente fue un dócil panda gigante, lo cual no era de gran ayuda. Le dejó continuar.

—Era despreciable con prácticamente todo el mundo. Quiero decir, durante los últimos dos años, su Parkinson había empeorado y su mente no estaba lúcida. Con bastante frecuencia empezaba a olvidar quién era yo. ¡Yo!

—Inimaginable.

—Exacto. Y había dejado un nudo de... problemas financieros.

—¿Como cuáles?

Terry no parpadeó al encontrar su mirada. —Cosas privadas. Ya sabe cómo es. Pero creo que había alguien en la fiesta a quien yo no había invitado. Aparte de usted... —La sonrisa de Judith se ensanchó un poco más. Era una respuesta perfecta—. Clive Wilson. —La miró expectante—. ¿Conoce...?

—¿Yo? ¿Es futbolista...?

—Es un crítico. Trabajó para el ABC y otros periódicos de cierta entidad antes de hacerse freelance y extender su veneno por todas partes.

—Ah, no es precisamente un admirador suyo, ¿verdad?

—Diría que su máximo logro sería destruirme.

—Pero matar a su padre es, me atrevo a decir, un tanto extremo.

Hardman soltó una risa brusca. —¿Él? El imbécil no tiene agallas para eso. Pero alguien como Wilson podría manipular las cosas y tenderme una trampa por asesinato. Y no es el único. —Podía ver que le temblaban las manos—. Creo que mucha gente que estaba allí aquella noche querría tenderme una trampa por algo que no hice.

La taza de café de Judith se detuvo a medio camino de sus labios. La bajó lentamente mientras las palabras calaban. Terry estaba en modo de autopreservación. La pérdida de su padre era mínima comparada con su propio aprieto.

—¿Cree que le están tendiendo una trampa por la muerte de su padre?

Terry asintió enfáticamente.

—Eso es... —quería decir extremo, pero se detuvo al tener en cuenta el ego del hombre que tenía delante. Terry Hardman había construido una carrera multimillonaria basándose únicamente en su personalidad. No poseía ninguna habilidad singular, ningún conocimiento privilegiado impresionante sobre ningún tema. Podía decir que era un hombre inteligente por las pocas frases que había dejado caer en la conversación. Quizás también era hábil para los negocios. Pero ascender a la fama basándose en nada más que la fuerza de voluntad requería un ego igualmente proporcional. Cambió de táctica conversacional—. ¿Por qué cree que le están tendiendo una trampa a usted? ¿Y no a sus hermanos?

—Porque son don nadies —dijo desdeñosamente—. ¿Qué titular funciona mejor? Piénselo.

—¿Y qué motivo concebible tendría usted para el parricidio?

Terry Hardman no pudo ocultar el brillo en sus ojos. Fue fugaz, pero Judith estaba segura de haberlo captado, y estaba bastante segura de que no era porque hubiera usado una palabra rebuscada.

—Ahora nos estamos adentrando en aguas nebulosas. —Terry se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Parecía más alerta, como si disfrutara de la intriga que estaba añadiendo—. Dígame de una familia que no tenga razones para mandarse

mutuamente al otro barrio. Va a escuchar unas cuantas, pero espero que las vea por lo que son: distracciones.

Judith dejó su taza de café sobre la mesa y se puso de pie. Recorrió lentamente la habitación, fijándose en las fotos de la pared. Notó los ojos de Terry Hardman siguiéndola.

—Entonces, si lo entiendo bien, me está contratando para averiguar quién mató a su padre, si es que alguien lo hizo, antes de que alguien de la fiesta pueda tenderle una trampa en la investigación policial oficial.

—Exacto. Puede ir y venir aquí cuanto quiera. Hablar con Stephen y Rebecca. Si es que quieren hablar con usted. Hablar con quien sea si están dispuestos, que lo dudo. Pero necesito resultados rápido. No sé cuánto tiempo tengo. Ah, y le pagaré diez mil euros.

Judith no pudo reprimir su media sonrisa. Era una de desdén. El dinero no era una preocupación para ella, pero Terry lo interpretó mal.

—¡Bien, veinte!

Judith se giró sobre sus talones y puso las manos a la espalda como había visto hacer a tantos detectives de televisión.

—Ya le diré cuáles son mis honorarios a su debido tiempo. Pero por ahora, acepto el caso.

Terry Hardman se relajó visiblemente y se recostó contra el sofá. Parecía genuinamente aliviado.

Judith no pudo evitar preguntarse exactamente qué historias sobre ella había oído.

—Le diré una cosa que lubricaría los engranajes de mi investigación —añadió—. Siempre he tenido ganas de tener una máquina Nespresso.

12

La señorita Marple nunca tuvo que sufrir estos problemas, pensó Judith mientras extraía otra galleta de jengibre del paquete. Cuando aquella desorientada investigadora tenía un misterio que resolver, todos los sospechosos estaban convenientemente en la misma casa, o en el peor de los casos, en el mismo pueblo. O al menos eso suponía. No había leído ninguno de los libros y solo tenía fugaces recuerdos de las numerosas adaptaciones televisivas. Judith se hizo mentalmente la nota de ampliar su pila de lecturas y hacerse con algunos de los clásicos. Sin embargo, estaba segura de que Madame Marple no tenía que coger varios trenes para llegar de la manera más indirecta posible a Leeds con el único fin de entrevistar a un testigo.

La tía Gwen, o Gwen Meadows, era la hermana de Richard Hardman. O la hermana distanciada, según Terry. Judith recordó que la mujer parecía estar en estado de shock tras los acontecimientos, pero lo mismo les pasaba a la mayoría de las personas reunidas aquella noche. La pregunta era, ¿era suficiente estado de shock? Judith reflexionó mientras el tren entraba en la imaginativamente llamada Estación Central de Leeds.

Tras visitar todas las cafeterías de la estación para quedar, pero descubrir que las mesas, las sillas o cualquier nivel de comodidad no habían llegado del todo a la estación de Leeds, Judith le mandó un

mensaje a Gwen para quedar en un Costa a la vuelta de la esquina. Pagó dos capuchinos medianos, que eran casi del tamaño de su cara, y un sándwich de atún fundido que le quemó el paladar en el primer mordisco. El ticket fue cuidadosamente doblado para que su nuevo cliente se lo reembolsara.

Gwen sujetaba su café con ambas manos como si se estuviera preparando para zambullirse de cabeza en la espuma. Llevaba unos vaqueros, una chaqueta acolchada verde y una bufanda negra esponjosa para ahuyentar el frío. No tenía el aire de alguien que acabara de perder a un hermano.

—Siempre fue difícil —dijo Gwen sin preámbulos—. Desde niños, Dick era del tipo dominante. Un bocazas. De ahí lo heredan sus hijos. Bueno, Terry al menos.

—¿Así que no hablaba mucho con él?

Gwen resopló. —A veces pasaban cinco años sin que se supiera nada de él, o sin que una tarjeta de Navidad cayera en el felpudo. Aunque las tarjetas fluían con más libertad cuando Rebecca empezó a cuidarle.

—¿Por su enfermedad? —Cuando Gwen asintió, Judith presionó más—. ¿Qué cree que tenía?

Gwen tomó aliento lentamente mientras consideraba su respuesta. —Richard y yo éramos los únicos hijos que tuvieron nuestros padres. Siempre habíamos tenido una relación espinosa. Ya sabe cómo son los niños. Cuando formó su familia, prácticamente nunca nos hablamos. Cuando falleció su mujer, me acerqué a él, pero su respuesta fue fría. Tenía las manos atadas criando a esos tres. ¿Para qué iba a querer a alguien como yo de vuelta en su vida? —Dio un sorbo a su bebida y miró al infinito—. Cuando se fue mi marido, me sorprendió que se presentara en el funeral. ¿Quizás sentía que sabía lo que yo estaba pasando y sintió compasión? Todo aquello me dejó destrozada. Me pusieron antidepresivos. Todavía los necesito —añadió con una sonrisa tenue.

—En fin, no hablamos de lo que había pasado, pero nos mantuvimos en contacto un poco más. Fue entonces cuando me contó su gran miedo. Creía que tenía Alzheimer. Solo pequeñas cosas al principio, pero estaba aterrorizado. Fue por esa época

cuando Rebecca empezó a cuidarle y le diagnosticaron oficialmente Parkinson. Ese diagnóstico no le hizo sentir mejor, y los asesores de Terry sacaron partido con los medios. Estaba en la televisión todos los días hablando de ello. Exprimiéndolo para cobrar por las apariciones. El contacto se fue haciendo menos frecuente. No sé si era él o ella. Rebecca nunca me cogió simpatía. Sospecho que le dijeron que yo era la tía despreocupada que nunca venía a visitarle. ¿Quién sabe? Las pocas veces que estuve con él fueron cálidas. Tenía la sensación de que había arrepentimiento por haberme alejado. Seguía sin estar convencido de que fuera Parkinson, y me preguntaba si Terry pensaba en él heredando el Alzheimer y en cómo afectaría eso a su carrera. —Levantó una mano—. Solo estoy especulando en ese sentido. —Cayó en un breve silencio—. Después de eso no tuve muchas más ocasiones de hablar con él. Rebecca se convirtió en su guardiana a tiempo completo y luego se mudó a la finca porque Terry pensó que podía proporcionarle mejores cuidados. Bueno, Beaconsfield Manor es mucho más bonito que la casa de protección oficial en la que vivía. —Se quedó mirando la espuma de su café.

Cuando Judith se había puesto en contacto para hablar con ella, Gwen había sido bastante amable y no había preguntado en qué calidad Judith estaba metiendo las narices. Se daba por sentado que si estaba dispuesta a viajar desde el otro extremo del país, entonces Judith debía ser algo más que una metometodo profesional. Por su parte, Judith había considerado que una videollamada habría sido más fácil, pero quedar en persona era más útil. Sabía por experiencia que en línea era más fácil disimular y ocultar las pistas del lenguaje corporal. Las microexpresiones se perdían en el vídeo granulado, por lo que las mentiras y las maniobras de distracción eran mucho más fáciles de conseguir. Pero incluso en persona, Gwen parecía tranquila y triste.

Judith giró el dedo rápidamente en círculos. —Volvamos atrás. Si la comunicación con su hermano se había vuelto escasa de nuevo, ¿por qué estaba en su fiesta de cumpleaños?

Mientras Gwen consideraba la pregunta, hizo girar la taza en sus manos trescientos sesenta grados completos antes de responder.

Cuando lo hizo, su mirada siguió una isla de chocolate que se balanceaba en su taza.

—Terry se había empeñado en invitar a todo el mundo porque creo que estaba claro que quizás no habría otra. Su estado era mucho peor que la última vez que le vi. —Los músculos de su mandíbula se tensaron, pero no dijo nada más.

—¿Le invitó él?

—¿Quién? ¿Dick? Ni siquiera creo que supiera que yo estaba allí. Por lo que oí, no me sorprendería que ni siquiera supiera que era su cumpleaños.

Judith hizo rodar entre los dedos un sobre de azúcar sin abrir. Le resultaba terapéutico frotar suavemente los gránulos, y más barato que un spinner. —¿Así que no le vio?

—No. A nadie se le permitía verle antes de que empezara la fiesta.

—¿Quién lo dijo?

—Stephen.

—¿Dijo por qué?

Gwen sacudió la cabeza. —Solo recibí la invitación. Yo. Ninguno de los niños. Creo que Terry se ha olvidado de que tiene primos.

—¿Entonces quién la mandó? ¿Terry?

Gwen volvió a detenerse mientras daba un largo sorbo. Estaba absorta en sus pensamientos, con el ceño fruncido mientras su mirada se perdía en el vacío. Judith no consideró que fuera el momento adecuado para llamar la atención sobre el pegote de leche espumosa que se había adherido a la punta de la nariz de Gwen.

—La verdad es que no lo sé bien. Stephen, supongo. Quiero decir, Terry se acuerda de Navidad y manda algún que otro mensaje, pero no es que seamos tan cercanos. Y Rebecca es una señoritinga de cuidado. Nació sin iniciativa, esa. Por eso su madre tuvo que hacerse una cesárea. Si no, se habría perdido de camino a la salida.

Judith intentó no mirar fijamente la nariz de Gwen mientras la leche empezaba a coalescer lentamente y formaba una gota. —Pero si Terry estaba organizando la fiesta, ¿por qué no la habría invitado él?

—Buena pregunta. Supongo que Terry disfruta poniendo su nombre en cualquier cosa en la que no está involucrado. Le hace parecer importante. Ha construido una carrera entera con eso.

Judith archivó la información tranquilamente. Terry Hardman irradiaba una actitud confiada y de puedo-con-todo, pero evidentemente era una fachada. El hecho de que la hubiera contratado porque creía que le estaban tendiendo una trampa lo confirmaba. Y las palabras de la tía Gwen apoyaban sus sospechas.

—¿Crees que fue Stephen quien organizó la fiesta? ¿Es el tipo de cosa que haría normalmente?

—Ah... —Gwen no respaldó eso con ninguna palabra. Se quedó mirando su bebida, perdida en sus pensamientos.

—¿Ah...? —repitió Judith. Cuando quedó claro que Gwen no estaba dispuesta a elaborar, Judith colocó su taza sobre el platillo con un poco más de fuerza de la necesaria, sacando a Gwen de su ensoñación. Sus ojos se alzaron rápidamente para encontrarse con los de Judith.

—Creo que está hablando de la herencia.

—Sí, efectivamente —improvisó Judith con firmeza, preguntándose por qué Terry no había mencionado esto.

—Bueno, corría el rumor de que Dick cambió su testamento justo después de ponerse enfermo. Legando una suma considerable a su hermana.

—¿Esa es usted?

Gwen asintió y arqueó las cejas. —Puede imaginarse lo que estaban pensando los demás.

—De un manitas que vivía en una casa de protección oficial, me preguntaría qué había que heredar.

—Terry le compró la casa al principio y oí que le había prestado dinero para ayudarle con sus ideas de negocio. No es algo de lo que habláramos. No hace falta decir que los hijos se enfadaron, justo cuando Dick y yo volvíamos a llevarnos bien, pasó esto.

—Me lo imagino.

—Lo curioso es que Dick no me contó nada de esto. Fue Stephen quien lo sacó a relucir. Estaba furioso. Dijo que le estaba recortando su herencia.

—Supongo que sus hijos recibirían cada uno una parte.

Gwen se encogió de hombros. —Así se pensaría, pero Dick era un hombre imprevisible. Terry está forrado, así que no es que necesite un céntimo. Rebecca nunca tuvo mucho tiempo para su padre cuando era joven. Le guardaba rencor desde que murió su madre. —Bajó la voz hasta un susurro—. Creo que solo estaba haciendo el papel de hija devota y cuidadora para ganarse de nuevo su favor. No es que tuviera mucho favor que ganarse. —Como si le leyera el pensamiento a Judith, Gwen se incorporó bruscamente, inclinó la cabeza con imperiosa determinación y recuperó su tono normal de voz—. Pero por supuesto todo esto no está comprobado, y si mi hermano puso esto en un testamento, su notario nunca me lo comunicó oficialmente, ¿o son abogados ahora? En fin, nadie ha venido llamando a la puerta con noticias de semejante golpe de suerte.

Judith sonrió con calidez y tomó un sorbo de su bebida, ajustando su actitud a una de suprema comprensión. —Naturalmente. Quiero decir, una ruta tan directa de la A a la B hacia la herencia la situaría firmemente como la sospechosa número uno.

—Exactamente. —Gwen asintió, aunque su seguridad estaba un poco desestabilizada. Removió el café, con los ojos pegados a las burbujas de espuma que giraban alrededor de la taza—. Por supuesto eso es una absoluta tontería. De todas formas —añadió como pensamiento tardío—, tengo una coartada. —Captó la mirada interrogativa de Judith—. Usted. Estaba hablando con usted antes de que se metiera dentro. Dejándome fuera —añadió con firmeza.

Judith reflexionó sobre eso. Gwen no podía haber entrado en la casa sin pasar por delante de ella, ¿verdad? Luego recordó que había dos escaleras. Como mínimo. ¿Había una tercera? No sería descabellado en una casa tan grande.

Gwen soltó una risa seca. —Por lo que sé, podría haber sido usted quien empujó al pobre Richard por la ventana.

Judith forzó una sonrisa al darse cuenta de repente de lo endeble que era su propia coartada ante las buenas gentes de la policía. Archivó eso para un escrutinio posterior y se aclaró la garganta.

—Solo una cosa más. Con tantas rencillas familiares, ¿qué hay de los demás invitados a la fiesta? ¿Podría alguno de ellos haber tenido motivos para ver a Richard muerto?

Gwen ladeó pensativamente la cabeza de un lado a otro. —Muy probablemente, pero así de repente no se me ocurre nada. No he visto a la mitad de ellos en bastante tiempo. Somos el tipo de familia que solo se reúne para bodas y entierros.

—Y ahora, por lo visto, para asesinatos. —Judith levantó su taza en un brindis silencioso y apuró el resto del café.

En ese momento, el móvil de Gwen sonó con un número desconocido. Lo respondió con cautela para encontrarse con los dulces tonos del sargento Collins. Un rápido «ahora mismo estoy hablando con su colega» levantó el ceño cuando el bueno del sargento quiso saber quién era esa colega. Judith no podía oír ese lado de la conversación pero lo dedujo. Le dio una palmadita en el brazo a Gwen y se marchó a toda prisa, murmurando algo sobre necesitar tiempo para correr a coger su tren.

Durante el viaje a casa en tren, ignoró varias llamadas del sargento Collins y, por una vez, agradeció el pésimo servicio de móvil por el que le pagaba el privilegio a su operadora. Le dio tiempo para reflexionar sobre las acusaciones de Gwen. Evidentemente no había ningún afecto hacia su sobrina y sobrinos, pero tampoco había ninguna pena obvia por perder a su hermano. El dinero podía hacer cosas extrañas a la gente. Más dinero significaba que la gente corría mayores riesgos.

Solo necesitaba saber cuánto estaba realmente en juego.

13

Maggie masticó la cobertura de chocolate de un caramelo de lima con toda la frustración que podía transmitirse en el silencioso recinto de la biblioteca pública. Biblioteca era un término generoso para el pequeño anexo junto a la oficina de correos, pero tenía estantes repletos de libros que la gente podía tomar prestados y una fila de seis ordenadores nuevos a los que los vecinos podían acceder. Los jueves era también el lugar donde se reunía el Club de Lectura, que a menudo se animaba bastante y había dado lugar a violencia física en al menos dos ocasiones. Una de las cuales fue sin lugar a dudas culpa de Richard Osman.

Fue la intervención de Judith la que mantuvo abierta la biblioteca. El ayuntamiento había votado por suprimirla en la última ronda de recortes de gasto. Alegaban que la población era demasiado pequeña para justificar un servicio tan costoso. El pueblo había montado en cólera, y Judith se había tomado la molestia de tener unas palabras con los concejales en cuestión. A nadie le dijo lo que se había dicho, pero la biblioteca fue discretamente retirada de la lista de recortes y, aún más sorprendentemente, se había encontrado dinero detrás del sofá de alguien para comprar los ordenadores y la conexión a internet. Eso había contribuido a consolidar la reputación de Judith como una persona que hace las cosas.

—Podría estar haciendo esto en casa —refunfuñó Maggie—, si hubieras solucionado mi problema de internet.

—Estoy trabajando en ello. Pero por ahora, este es el mejor lugar para hacer un poco de rastreo. —Judith se estremeció de frío. Si bien aparentemente había obrado milagros con el propio servicio de biblioteca, reparar la calefacción estaba más allá de sus poderes.

—¿Qué hay de tu casa? Tienes calefacción, ¿no?

Judith había considerado más prudente no dejar sus huellas digitales en la información que buscaba, pero pensó que era mejor no abrumar a Maggie con tecnicismos. Los caramelos de lima habían sido el factor decisivo para Maggie. Era su talón de Aquiles y, en su opinión, la cumbre de la gastronomía británica.

Maggie había estado de mal humor desde que Judith fue a verla la noche anterior, al regresar de Leeds, y le pidió un favor inmediatamente después de haber pasado varias horas siendo interrogada por la agente Sarah Eastly sobre por qué estaba en la fiesta. Al parecer, arreglar una conexión de banda ancha no era una excusa realista para colarse en el sarao de un famoso. Judith le aseguró que hablaría con los policías. La joven agente probablemente solo estaba intentando dejar su huella en el caso con un poco más de celo del necesario.

Maggie dio un golpecito en la pantalla con su uña pintada de verde. —No puedo acceder a la cuenta fiscal de Richard Hardman desde aquí. Eso es privado, como la tuya y la mía. —Judith intentó ocultar su decepción. Maggie había trabajado para la Agencia Tributaria durante varios años, especializándose en detección de fraudes, antes de jubilarse anticipadamente, así que Judith había esperado tener una vía directa para ver cuánto podría haber acumulado el fallecido.

—Entonces es un callejón sin salida.

Maggie tarareó pensativamente. —Quizás no. Todavía conozco a algunas personas en la oficina. Pero por ahora, podemos rodear el asunto. Ver si hay algo que pueda indicar el tamaño del montón del señor Hardman. Como esto. —Volvió a dar un golpecito en la pantalla.

—¿El Registro Mercantil?

—Todas las sociedades limitadas deben presentar documentación aquí, incluidos los datos fiscales. ¿No dijiste que era empresario? —Escribió el nombre de Richard en el buscador y apareció una lista de empresas. Varios eran personas con el mismo nombre de distintas partes del país, pero desplazarse hacia abajo por la página pronto reveló un nido de empresas registradas a nombre de Richard Hardman—. Tenía un negocio de decoración. Brush That Limited. —Con unos pocos clics del ratón aparecieron los ingresos declarados. Maggie soltó un silbido largo—. Me he equivocado de profesión. O me habría equivocado si siguiera trabajando.

—¿Un millón trescientos mil euros? —El ceño de Judith se frunció aún más—. ¿Qué estaba pintando? ¿El Viaducto de Millau? ¿Qué tipo de pintor gana tanto?

—Y eso era solo ese año.

—Cuando estaba muy enfermo.

—Volvamos atrás. —Otro caramelo de lima fue masticado mientras Maggie retrocedía en el tiempo con su búsqueda—. Otro millón el año anterior. Y antes de eso… pérdidas de ingresos.

Desde que Brush That Limited había comenzado, había obtenido unos ingresos modestos que Judith esperaría de un manitas. Luego, una repentina lluvia de dinero durante dos años consecutivos. Otra empresa, llamada críticamente Manifest Ltd, seguía funcionando, pero no había declarado ningún ingreso en los tres años que llevaba abierta. Otras dos empresas, una de las cuales parecía ser un servicio de limpieza de ventanas, habían cerrado en años anteriores.

—Es mucho dinero flotando por ahí —dijo Judith pensativamente —. Supongo que podría haber sido un regalo de su hijo.

Maggie sacudió la cabeza. —Los regalos personales tributan de forma diferente, no como parte de una sociedad limitada. Quizás una inyección de capital, ya sabes, como hacen en Shark Tank.

—¿En una empresa de pintura? De nuevo, ¿qué están pintando con tanto dinero?

—En mi experiencia, ya no estará ahí. Apuesto a que el dinero fue sacado de la cuenta y gastado en cientos de facturas inrastreables.

—Eso suena sospechosamente a blanqueo de dinero.

Los ojos de Maggie se abrieron de par en par de sorpresa. —¿Y tú qué sabes de eso?

—He visto suficiente televisión para hacerme una idea. —Antes de que Maggie pudiera interrumpirla, Judith continuó—. Por favor, pídeles a tus ex colegas que indaguen un poco, aunque dudo que el dinero haya llegado a su cuenta corriente. La pregunta es: ¿venía de Terry? ¿Y dónde está ahora?

El sargento Raymond Collins estaba furioso. No en menor medida porque se sentía responsable de haber desatado al monstruo llamado Judith Spears. Por alguna razón, el hecho de que apareciera sin invitación en el evento de Terry Hardman no había sido gran sorpresa. En el poco tiempo que la conocía, esperaba que de repente apareciera en la escena de cualquier cosa de interés, como por arte de magia. Especialmente en el lugar de un asesinato. Parecía el tipo de persona que atraía los problemas y el misterio. Pero eso era cuando llegabas a conocerla un poco. A primera vista, daba la impresión de ser un dechado de virtudes. Una ayuda para todos.

Y eso ponía a Raymond nervioso.

Ahora estaba recorriendo el país para entrevistar a posibles sospechosos, lo que significaba que él le había metido en la cabeza la equivocada idea de que estaban trabajando juntos. ¿Por qué la había llevado a ver al DJ? En su momento le había parecido una buena idea. Pero ahora…

—¿No crees que será una distracción? —dijo Sarah Eastly desde el otro lado del escritorio que compartían. Hacía girar un bolígrafo entre los dedos. Era un hábito adolescente que le ayudaba a concentrar sus pensamientos—. No es que estemos nadando en recursos.

Raymond levantó la vista del informe que había estado leyendo a medias con ojos desenfocados.

—Debemos cubrir a todo el mundo sin excepción.

—Lo sé, pero...

—Y todo el que estaba allí es sospechoso hasta que podamos descartarlo. —Sarah asintió y abrió la boca para responder, pero su sargento siguió adelante—. Y, por supuesto, ya sabes que el término «descartado de nuestras investigaciones» es una solemne patraña.

Las cejas de Sarah se dispararon hacia arriba en una elaborada muestra de sorpresa.

—¿Patraña? ¿Esa palabra se sigue usando en este siglo?

—Yo la uso constantemente. Bueno, quizás no constantemente. Solo cuando parece pertinente. Y en este caso, es de lo más pertinente. Está interfiriendo en nuestra investigación.

Eastly emitió un murmullo exageradamente largo. —¿Lo está? Quiero decir, no hay ninguna ley que impida a los testigos hablar entre sí.

Raymond se cruzó de brazos tercamente. —Pues debería haberla.

—Y hasta donde yo puedo ver, está firmemente en el bando de los que «no pudieron haberlo hecho». Quiero decir, los tiempos, su paradero, etcétera.

Esta vez Raymond arqueó una ceja inquisitiva. —La gente de tu generación no dice etcétera, a menos que seas el rey de Siam. —Se rió entre dientes pero se detuvo cuando Eastly pareció vagamente desconcertada. Agitó a un lado su pregunta sin formular—. Quizás. Pero me gustaría saber un poco más sobre ella.

Eastly tomó una ligera bocanada de aire que se convirtió en un suspiro. —De acuerdo. —Golpeó la pantalla del ordenador con el lápiz—. Pero yo he elaborado mi propia lista de posibles sospechosos si quieres repasarla primero.

Raymond se puso de pie y se quitó el abrigo del respaldo de la silla como si fuera un matador.

—Después. Ahora mismo tengo que meterme de lleno en el centro de la tormenta antes de que lo haga otro.

—¿Vuelves a la casa?

—Sí. Hay un pequeño asunto con la señorita Hardman del que me gustaría hablar.

Por primera vez en mucho tiempo, el sargento Raymond Collins tenía un resorte en el paso. Era maravilloso tener por fin un caso al

que hincarle el diente intelectualmente. Un caso en el que podía marcar la diferencia.

Iba un paso por delante.

O eso creía.

14

—Si pudiera retroceder un poco, señorita Hardman. No termino de entender por qué su padre pasó de la sanidad privada a que usted se convirtiera en su cuidadora.

Rebecca abrió la boca para responder pero se contuvo. Miró sutilmente de reojo a Judith, que estaba sentada en un sillón de orejas en el rincón del espacioso salón. El gesto no fue lo suficientemente sutil como para pasar desapercibido al sargento Collins. No pudo evitar que escapara de sus labios un gemido de frustración.

—Señorita Hardman, permítame recordarle que esta mujer no es su abogada, su tutora ni su maldita astróloga.

—Las dos somos Libra, por si eso ayuda —dijo Judith con afán de colaborar.

Collins se negó a encontrar su mirada. —No ayuda.

Rebecca sacudió la cabeza. —No conozco a esta mujer. Aparte de que mi hermano me dijo que entraría y saldría de la casa.

—Si prefiere tener esta conversación en privado... —dijo Collins con esperanza.

Rebecca soltó una risa hueca. —Oh, no. Es agradable poder hablar de verdad por una vez. Como puede imaginar, con mis hermanos rara vez tengo esa oportunidad. —Se removió en la silla y sujetó su taza de café con ambas manos, mirando el líquido sin

leche como si buscara respuestas, lo que obligó al sargento Collins a animarla de nuevo.

—Así que cuénteme cómo se convirtió en la cuidadora de su padre.

—Nunca estuvo contento con la ayuda que le mandaban los servicios sociales. Manos ásperas, decía. Y era yo quien siempre recibía las quejas. Terry siempre estaba fuera rodando algo o gritándole a alguien, así que nunca reconoció realmente la gravedad de las quejas de papá.

Judith intervino desde el otro lado de la habitación. —¿Y su otro hermano? —Se cerró la boca cuando el sargento Collins le lanzó una mirada. Un reproche se formó en sus labios, pero Rebecca continuó antes de que pudiera emitirlo.

—Stephen siempre decía que papá andaba buscando un problema del que quejarse. Papá podía ser un poquito —pronunció la palabra sin voz— «obstinado». Especialmente cuando se trataba de los —de nuevo pronunció sin voz— «polacos».

Collins se tensó. El señor Hardman padre era claramente el tipo de persona con el que no disfrutaba estar, pero era lo suficientemente profesional como para morderse la lengua.

—Creo que era por la guerra —añadió Rebecca antes de sorber su café.

—Nunca estuvimos en guerra contra los polacos. Les estábamos ayudando. Y su padre era demasiado joven para haber combatido en la guerra.

Judith se encogió de hombros afablemente. —Yo no me meto en política.

—Ni en historia, según parece —gruñó Collins antes de presionarla sobre el asunto—. ¿Así que por qué no eligió otra empresa privada?

—Lo estaba considerando. Pero sabía que yo andaba algo justa de dinero y el trabajo era insoportable. —Se interrumpió y dejó la taza suavemente sobre una mesilla. Ambas manos cayeron ordenadamente sobre sus piernas, e inspiró profundamente mientras encontraba la mirada del sargento Collins—. Le agradezco que esté investigando todo esto, pero en mi opinión fue un terrible accidente.

Mi padre estaba reaccionando mal a su nueva medicación, y por supuesto Terry quería que todos fuéramos discretos. Estaba aterrorizado ante la perspectiva de que la prensa se lanzara sobre una historia tan personal.

—Pensé que a su hermano le encantaba la atención mediática.

—No cuando es de tipo personal negativo. Ha tenido demasiada mala publicidad últimamente, con lo de que le cancelaron su último programa y sus comentarios sobre... ya sabe. Ella.

Judith ocultó su sonrisa detrás de su taza de té cuando captó la mirada perpleja de Collins.

—Creo que se refiere al escándalo con la famosa de hace un par de meses. —La pista de Judith no le ayudó—. Salió en todos los noticiarios. —Collins se encogió de hombros—. Da igual.

Rebecca asintió vigorosamente. No había reparado en la ignorancia del detective. —Exactamente. Mi hermano nunca ha sido de los que esquivan la polémica. No puede imaginarse lo vergonzoso que eso es para mí. Me alegra mucho más cuando la gente no sabe que somos parientes. —Dio un sorbido enérgico antes de continuar —. Pero cuando la controversia le golpea en el bolsillo, entonces de repente no es bienvenida.

—Sorprende que no lo hayan hecho ya —caviló Collins.

—Esta mañana había algunos periodistas husmeando por aquí, pero siguen tratándolo como un accidente. —Se encogió de hombros —. Supongo que no es del interés de la familia airear demasiados trapos sucios. Probablemente tienen demasiado miedo de que se señalen sus propios asuntos.

—Siempre hay algunos esqueletos en el armario familiar, ¿verdad? —preguntó Judith despreocupadamente antes de darse cuenta de que le había robado precisamente la frase que el detective estaba considerando.

—Bueno... las familias son las familias —murmuró Rebecca, con las mejillas poniéndosele de un rojo encendido.

Collins se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas de una manera que pensaba era urgente y apremiante, pero que debido a sus larguiruchos antebrazos le hacía parecer incómodo. —Si

su hermano se opone tanto a la mala prensa, ¿qué les trajo a usted y a su padre a vivir aquí?

—Bueno, supongo que para empezar quedaría fatal que no se lo ofreciera. Quiero decir, mi piso no era nada del otro mundo y papá llevaba décadas viviendo en la misma casa de siempre.

Un ceño de incomprensión apareció en el rostro de Judith.

—¿Su padre no tenía dinero? Creía que tenía su propio negocio.

—Destacaba en los negocios. Cada oportunidad fracasó de manera espectacular de una forma u otra. No tenía instinto para los negocios. El éxito era casi una alergia para él.

El detective asintió con simpatía, pero la mente de Judith estaba haciendo malabarismos con teorías y tejiendo conexiones.

—Vivía al día —dijo el sargento Collins con más de un atisbo de simpatía que delataba sus raíces de clase trabajadora.

Rebecca asintió. —No es agradable, especialmente cuando tu hermano está forrado.

Las cejas de Collins se elevaron como las de un Basset Hound. —¿Así que se compadeció de usted?

—Tiene muy buena opinión de la madurez emocional de mi hermano. —Rebecca forzó una sonrisa tensa.

—¿Y qué hay de Stephen? —preguntó Judith, rompiendo el momento de silencio cómplice que parecía haberse instalado en lo que de repente tenía la sensación de un coqueteo entre el detective y la sospechosa—. ¿Tenía alguna idea sobre cómo ayudar?

—Stephen era un hermano menor resentido. Él y papá no solían ver las cosas del mismo modo.

—Pensaba que los hermanos menores eran siempre los hijos predilectos.

—No en nuestra familia —respondió Rebecca secamente. Se quedó seca, sin querer decir más. A medida que el silencio se hacía más pronunciado, ladeó la cabeza y miró fijamente al sargento Collins. —Ninguno de nosotros quiere que esto se prolongue. Fue claramente un accidente. Los otros dos puede que actúen de manera muy —formó comillas con los dedos con desdén— «alfa». Pero en el fondo son unos cobardes.

Sin nada más que decir, el sargento Collins dio por terminada la conversación y se puso de pie para marcharse. Cuando Rebecca estaba mirando hacia otro lado, ladeó la cabeza hacia Judith en un claro edicto de tenemos que hablar. Pero Judith no era del tipo al que se le daban órdenes. Se levantó y señaló la escalera.

—Me llama la atención que esta vieja casa tenga una cantidad impresionante de escaleras. Esta es la segunda o tercera que veo.

Rebecca asintió con cansancio. —Cuatro. Esta solo lleva al primer piso. La principal está en el recibidor —señaló hacia la puerta por la que Judith había salido la última vez—. Y hay un par de crujientes escaleras antiguas de servicio en cada ala de la casa. No es que tengamos servicio. Solo la limpiadora, que no ha venido en semanas. Todo data de la época de Downton Abbey. Lo de arriba y lo de abajo. Ese tipo de cosas.

El sargento Collins hizo ademán de marcharse, pero Judith se mantuvo firme.

—Se me ocurre que no he visto la habitación de su padre.

—Eso es una escena del crimen —intervino Collins.

—Bueno, técnicamente no. Usted mismo dijo que probablemente no era un crimen y sus técnicos de la Científica ya han rastreado todo en busca de fibras y demás.

Rebecca asintió. —Nos dijeron que la habitación podía usarse. —Miró a Judith—. Es libre de echar un vistazo si ayuda. Terry fue muy claro en que puede entrar y salir cuando quiera.

Judith le lanzó una sonrisa tensa a Collins. —¡Entonces sería una descortesía no hacerlo!

Para cuando subieron los dos tramos de la escalera de servicio hasta el dormitorio de Richard en el segundo piso, Raymond Collins ya estaba sin aliento. La habitación no tenía nada de especial, con muebles y cachivaches de otras habitaciones supliendo cualquier carencia de diseño. La cama estaba sin sábanas, pero las escasas pertenencias personales de Richard seguían sobre las superficies expuestas: un reloj de aspecto elegante con un logotipo irreconocible, un frasco a medias de aftershave de los chinos, una gorra de béisbol desgastada del Leeds FC y un libro de Andy McNab muy manoseado.

Sobre la mesilla de noche había un bote de pastillas de plástico y dos cajas de píldoras. Judith tomó nota mentalmente de las recetas de donepezilo y memantina antes de moverse hacia la ventana y tropezar con un par de zapatillas dejadas en medio de la habitación. La mano del sargento Collins se disparó para agarrarla, pero ella era ágil de pies y evitó correr la misma suerte que Richard apoyándose en el alféizar de la ventana. Un par de puertas de madera blanca ofrecían una vista con doble acristalamiento sobre la parte trasera de la propiedad y el ondulado paisaje arbolado más allá. Un par de manillas de latón curvadas estaban sujetas con un simple pestillo, y unos cerrojos en la parte superior e inferior bloqueaban la puerta firmemente en su sitio. Judith agitó las manillas.

—Está bastante firme.

—Quizás alguien la abrió para dejar entrar un poco de aire. —Rebecca se quedó en la puerta, negándose a entrar en la habitación.

—¿No la abrió usted? —Rebecca sacudió la cabeza—. La última vez que estuvo aquí, ¿recuerda si estaban abiertas? —De nuevo, Rebecca sacudió la cabeza—. Y recuérdeme, ¿quién fue la última persona en entrar aquí?

—Creo que fue Stephen despertándole para la fiesta.

Judith pegó la cabeza al cristal y miró hacia abajo. Las puertas daban a un pequeño balcón tipo julieta con la barandilla llegándole justo por debajo de la cintura. Le dio a la puerta otro golpe experimental, y se mantuvo firme. Mirando hacia abajo, notó una raída alfombra de unos noventa por sesenta centímetros a sus pies. La edad había desvanecido el estampado de motas blancas, azules y rojas y había curvado hacia arriba los bordes deshilachados.

Emitió un breve mmm, luego le lanzó una sonrisa a Rebecca.

—Todo en orden por aquí.

—Señora Spears...

—Señorita, técnicamente.

Oyó al sargento Raymond Collins detenerse con un crujido de grava y tomar un aliento irritado. Ella se paró y se giró y le dedicó una ceja interrogativa levantada.

—Creo que un hombre de su categoría requiere precisión.

La boca de Raymond se abrió y cerró como un balancín antes de que su cara se retorciera en una expresión forzada de contrición.

—Por supuesto. Pero debo informarle de las repercusiones de interferir en una investigación policial.

—Me lo imagino.

—No quiero que se lo imagine, señorita Spears. Quiero que...

—Judith. Creo que ya hemos superado los formalismos, Raymond.

—...quiero que lo comprenda —insistió.

Judith extendió los dedos sobre el pecho y ladeó la cabeza en un gesto noble. —No soy más que una curiosa ciudadana ansiosa por colaborar con sus investigaciones.

—Eso no le da derecho a recorrer medio país para entrevistar a la hermana del fallecido.

Judith se transformó en la imagen del desconcierto de una manera digna de un Premio Goya. —¿Verdad que sí? Simplemente estaba consolando a la pobre mujer.

—Y luego aparece aquí...

—Me lo pidieron. —Le había pillado desprevenido y no pudo ocultar su sonrisa—. Terry me invitó específicamente. Está naturalmente preocupado por lo que pasó. Y creo que habiéndome permitido tan amablemente entrevistar al DJ...

—¡Yo no permití eso! —intervino Raymond bruscamente, pero se detuvo cuando la ceja de ella volvió a subir. Estaba empezando a resentir las cejas ninja de Judith.

—Mi querido detective, todos sabemos que el cuerpo anda escaso de recursos, y estoy más que dispuesta a cumplir con mi deber cívico.

El sargento Collins se apretó el puente de la nariz y pareció desinflarse como si hubiera encontrado una válvula física de alivio del estrés. Las primeras sílabas de una contraofensiva cayeron de sus labios antes de que las reabsorbiera e intentara mostrarse más afable.

—Señorita... Judith. No podemos permitirnos tenerla entre los pies. Un presunto asesinato es una cosa, pero encontrar pruebas de

tal crimen debe ser sólido e imparcial.

—Le aseguro que no soy de las que se dejan pisotear. Y estoy segura de que voy unos pasos por detrás de usted. Por ejemplo, la sugerencia de asesinato en la habitación de Richard.

Una vez más, Raymond pasó por varias respuestas antes de animarla a continuar con un solo asentimiento.

—La puerta del balcón estaba firmemente cerrada desde dentro. No puede abrirse accidentalmente por el viento.

—Entonces debe de haber estado abierta de antemano.

—Pues no lo estaba. ¿La vio alguien? Yo no. Fue una noche bastante fresca para una fiesta al aire libre, si no recuerdo mal. La gente se agolpaba alrededor de los calefactores de lámpara para calentarse. Y luego está esa alfombra...

—Exactamente. Un peligro para tropezar.

—Uno evidente. Demasiado evidente. La alfombra había sido movida de debajo de la ventana. Estoy segura de que usted reparó en la decoloración más pálida de la moqueta que delimitaba dónde había estado durante varios años antes de ser convenientemente desplazada hacia las puertas francesas.

Raymond asintió fascinado, antes de recordar que debía recomponerse y adoptar un semblante severo.

—Pero aun así...

—Y está la cuestión de la herencia.

—¿Qué cuestión es esa?

—Seguramente habrá estado examinando los móviles.

Él asintió, esperando que la agente Eastly hubiera señalado algo antes que esta entrometida.

—Bien. —Judith lanzó una sonrisa y se cerró en banda. Podía decir que el sargento quería que continuara, pero su orgullo se lo impedía—. Bueno, si eso es todo, me voy. Tengo infinidad de cosas que hacer propias de una joven jubilada. —Caminó hacia su coche.

—De señora a señorita. Así que está divorciada.

Judith se paró en seco. Sus hombros se recolocaron antes de que se girara lentamente, con la sonrisa aún en su lugar.

—Mi divorcio fue la época más feliz de mi vida, se lo puedo asegurar.

—El único registro que encontré parece un poco turbio en lo que respecta a su nombre de soltera.

—¿De verdad? Qué curioso. —Se encogió de hombros—. No fue mi primera boda, por desgracia, así que el papeleo es de hace mucho tiempo. ¿Debo entender que también soy parte de su investigación?

—Hasta que podamos descartarla. Procedimiento estándar.

—Por supuesto. Entonces, como posible sospechosa, me confinaré en el grupo de otros posibles sospechosos, como usted solicita.

—No es eso lo que quería decir —dijo Raymond bruscamente. Odiaba que tergiversara sus palabras—. Solo me preguntaba por qué los registros de su pasado son vagos.

Judith puso los ojos en blanco. —Los peligros de haber nacido antes de la informatización. Una vez tuve que buscar mi partida de nacimiento para el pasaporte. ¡Fue un follón enorme! Le aseguro, detective, que soy un libro abierto.

Le hizo un alegre saludo con las llaves del coche y continuó hacia su Clio. El sargento Collins la observó, preguntándose exactamente qué libro tenía en mente.

15

Stephen Hardman caminaba por las calles con la impunidad de alguien que no sería reconocido ni aunque llevara su nombre estampado en el pecho en neón parpadeante. Incluso sus parientes más cercanos tardarían unos segundos en reconocerle.

Judith le seguía a varios metros de distancia. La capucha de su chaqueta estaba subida para protegerse de la fina llovizna, y había metido las manos en los bolsillos para entrar en calor. En ese momento fingía interés en el escaparate de una tienda de segunda mano, mientras mantenía medio ojo puesto en su objetivo.

Hasta ahora, Stephen había conducido hasta el Mercadona local y aparcado allí sin entrar en el supermercado. Su ligera chaqueta era completamente inadecuada para el tiempo, pero aun así continuó decidido hacia la oficina de correos. A cada dos pasos, seguía mirando su iPhone que sujetaba con un grip de tornillo. Judith mantuvo a varias personas entre ella y Stephen, lo suficientemente lejos como para poder escuchar a escondidas la cola. Tarea nada fácil, ya que las dos ancianas que había entre ellos hablaban a voz en grito sobre el color del jersey de su Paquito. Judith estaba segura de que su conversación tenía mucha más profundidad, pero su atención estaba en Stephen. Empujó un fajo de billetes de veinte libras por la ventanilla del mostrador y pidió que se los cambiaran por dólares estadounidenses. La cajera, una mujer a quien Judith

sabía que no vivía en el pueblo, explicó que no tenían suficiente divisa en existencias, y que con mucho gusto podía encargarla si podía esperar cinco días. Eso pareció presentar un problema para Stephen, quien regateó el plazo hasta un máximo de dos días. Tras otro tenso intercambio, finalmente se acordó que Stephen podría esperar cinco días y estaría disponible a algún momento de la tarde.

Durante todo el intercambio, el móvil de Stephen estaba apoyado boca arriba en el mostrador donde podía ver cualquier mensaje entrante, pero se quedó en blanco. Luego recorrió la calle a paso airado, mirando a cada transeúnte con sospecha y con la esperanza de que le reconocieran para poder justificar esa sospecha. Pero nadie le prestó una segunda mirada. Llevaba cuatro meses viviendo en la finca, pero a pesar de ser el hermano de un personaje mediático de primer orden, de algún modo había permanecido en el anonimato. Llamativamente, los medios aún no habían aprovechado del todo la historia de la muerte de su padre, algo que había hecho sonar las alarmas de Judith. Si bien el cotilleo era el sustento de Little Pickton, el pueblo no tenía ningún deseo de acoger un circo mediático, y ninguno de los miembros de la familia Hardman parecía estar buscando beneficiarse de la tragedia. ¿Era porque buscaban privacidad o estaban esperando beneficiarse de una herencia todavía no declarada?

¿O había algo más? ¿Tenía miedo la familia del odioso pero bien pagado famoso entre sus filas?

Observar el camino serpenteante de Stephen arriba y abajo por la calle mayor le indicó a Judith que Stephen estaba quemando el tiempo, esperando una llamada que no podía, o no quería, recibir en casa. Extraño para un hombre que aparentemente se había mantenido en un perfil bajo. ¿Era esa una decisión consciente porque estaba cuidando a su padre? Judith lo dudaba, basándose en su narcisista deseo de ser reconocido.

De repente se detuvo frente a la carnicería, obligando a Judith a adelantarle. Se maldijo a sí misma por no haber prestado atención. Mantener la distancia le daba una cobertura completa de sus andanzas, pero ahora que él estaba detrás de ella, estaba ciega. Pasó a escasos centímetros mientras él volvía a mirar el teléfono.

Ahora estaba lo suficientemente cerca para ver que estaba pasando por una lista con el pulgar, pero era incapaz de distinguir ninguna de las entradas. Si la había mirado, no la había reconocido.

Era imperativo que volviera a colocarse detrás de él, así que Judith cruzó la calle rápidamente, sin perder en ningún momento de vista el reflejo de Stephen en el escaparate oscurecido de una agencia inmobiliaria. Acababa de bajar de nuevo a la acera cuando él respondió al teléfono, inclinando la cabeza en señal de que aquella era una llamada muy privada. Se reprendió a sí misma por haber actuado con prisas. Si hubiera esperado, quizás habría podido escuchar a escondidas. Ahora, observándole dar varios pasos en una dirección y luego en otra, solo podía especular. Pero los movimientos corporales eran un lenguaje en sí mismos, y uno con el que ella había incursionado durante las muchas vidas de Judith Spears.

Primero llegó el enderezamiento de la espalda cuando Stephen recibió noticias desagradables. Aunque estaba hablando por teléfono, era el impulso natural hacerse parecer más alto y más amenazador. Luego su mano izquierda libre gesticuló, cortando el aire para enfatizar sus puntos. Fueran cuales fueran. Su voz subió, audible incluso al otro lado de la calle, aunque no del todo coherente. Su ira estaba efervesciendo, acumulándose con gestos hacia el camino por donde había venido, hacia la casa, antes de que clavara el dedo en la pantalla para colgar.

Aunque faltaban los detalles, el subtexto era más que suficiente. Stephen estaba planeando una partida apresurada y sigilosa de Little Pickton, y alguien le había fallado, o las circunstancias habían cambiado, o alguien le había traicionado.

Fuera lo que fuera, Stephen Hardman acababa de ascender a lo más alto de la lista de sospechosos de Judith.

JUDITH SE ENORGULLECÍA de tener un olfato fino para detectar irregularidades y problemas, así que estaba molesta consigo misma por haber dejado que el sospechoso más evidente se le escapara de la atención: Clive Wilson, el periodista freelance que podría haber estado en la fiesta.

Desde que había regresado a su casita, había construido en su mente una cronología de los acontecimientos. Había despejado la mesa de la cocina para proporcionar un ayudamemoria visual utilizando objetos de la cocina. El primero, un bote de alubias con tomate, representaba el envío de las invitaciones a la fiesta. Junto a él había una cebolla, que consideraba como las motivaciones de múltiples capas de la familia Hardman. Eso estaba rodeado de varias uvas que representaban a la policía, a Mercer el DJ, a la tía Gwen y a Clive Wilson. Era una gran creyente en visualizar situaciones complicadas, pero todo lo que ahora tenía sobre la mesa parecía la consecuencia de un derrame de la compra. Ahora no estaba segura de qué uva representaba a quién, y había una mandarina a un lado que estaba bastante segura de que simbolizaba algo importante, pero no acababa de dar con qué.

Terry Hardman había decidido sobre la fiesta y la había organizado. Su padre tenía participaciones sustanciales en sus empresas privadas, el tipo de dinero que ganaba su famoso hijo. Sin embargo, no había usado ese dinero para su propio cuidado paliativo, y en cambio había contratado a su hija, que estaba en las últimas. Hardman y su hermana habían estado en la planta baja cuando los fuegos artificiales fueron saboteados y su padre cayó por la ventana. Lo que dejaba a Stephen, el hermano que estaba haciendo planes para marcharse rápidamente, como el único que había pasado tiempo a solas con el fallecido. Y, como hermano menor, había expresado abiertamente su furia por perder una parte sustancial de su herencia a favor de su tía. Un caso claro y sencillo, sin duda.

Se imaginaba que esa era la vía que el querido sargento estaba persiguiendo vigorosamente. Pero eso dejaba un cabo suelto ondeando al viento que exigía respuesta. Clive Wilson. El ex crítico del ABC que había aparecido, sin invitación, en la fiesta, aunque nada sobre el incidente había llegado a la prensa, lo cual era milagroso. ¿Por qué iba un periodista, que ahora se aferraba al trabajo por encargo aunque en su día había sido de primer nivel, a guardarse una historia potencialmente explosiva? En particular una cuya finalidad declarada era arruinar la carrera de su enemigo.

Esto le planteaba dos preguntas. ¿Quién le había invitado aquella noche, y por qué se estaba guardando una historia tan jugosa que le habría reportado una buena suma de cualquier periódico?

Sabía que la respuesta era la más simple y evidente. La navaja de Ockham, como la llamaban los científicos. Clive Wilson estaba esperando el momento adecuado para atacar, para causar el máximo daño a Terry Hardman. Lo que, para el afinado sentido del mischief de Judith, indicaba que sabía muchísimo sobre las raíces del asesinato.

16

La luz destellaba desde la hoja del cuchillo en rápido movimiento mientras transformaba la cebolla en finas láminas a una velocidad tremenda. Judith observaba desde lejos, con los ojos entrecerrados por las lágrimas que le escocían. Estaba impresionada con las habilidades culinarias de Stephen Hardman, aunque solo estuviera preparando un sándwich de queso.

—Aquí cada uno se las arregla como puede —gruñó Stephen mientras raspaba las cebollas en un cuenco y luego espolvoreaba un adorno sobre el queso rallado que reposaba sobre una cama de pan de masa madre—. Si fuera por mi hermano, todos moriríamos de hambre o nos veríamos obligados a comer en el McDonald's.

Judith había hecho una visita improvisada a la casa. En parte porque Maggie había seguido quejándose de su conexión de banda ancha, pero principalmente porque estaba disfrutando de su papel de investigadora aficionada y Stephen era el único hermano con el que aún no había hablado.

Cuando llegó, él alegó que acababa de despertar. Eran las once de la mañana, pero su cabello revuelto lo corroboraba, y su ropa arrugada insinuaba que se había quedado dormido completamente vestido.

—¿Recibiste formación culinaria profesional? —dijo ella, sujetando el dedal de café instantáneo que Stephen había preparado

a regañadientes. Estaba irritado porque la máquina Nespresso había desaparecido.

Él asintió. —Dos años en la cocina. —Tras una larga pausa en la que coronó el sándwich con otra rebanada de pan, una rebanada integral Judith observó, ¿qué tipo de mago de la cocina mezclaba los tipos de pan?, y luego lo deslizó en una sartén chisporroteante, añadió—: Era una furgoneta de hamburguesas en un área de descanso de la A24.

—Ah. ¿Tu propio negocio?

Stephen sacudió la cabeza. —Cuando estás sin un duro, coges lo que puedes. Y hay mucha gente a la que no le cae bien mi hermano, así que cuando descubren que somos parientes, la vida se complica. Suelen ser los que están en los puestos mejor pagados. —Murmuró mientras daba la vuelta al sándwich ligeramente tostado y lo presionaba con una espátula.

—¿Por qué lo dejaste?

Con destreza extrajo el sándwich de la sartén y lo depositó sobre una tabla de madera para cortar. De un solo golpe lo partió en dos. El interior fundido de cheddar rezumó tentadoramente.

—¿Por qué dejé dos años en una furgoneta de hamburguesas en un área de descanso? ¡Lo odiaba! Mi vida se iba escurriendo mientras veía a mi hermano recorrer el mundo en televisión. —Se contuvo, luego señaló hacia el cuchillo—. Y perdí mucha sangre antes de aprender a manejar estas cosas correctamente. —Lanzó la hoja al fregadero—. A los clientes no les hacía mucha gracia mis fluidos corporales como condimento.

—La gente puede ser muy quisquillosa.

Stephen tomó una mitad y le dio un mordisco sin reaccionar al calor volcánico en su boca. —¿Por qué le interesa tanto a mi hermano que andes husmeando? —Preguntó con la boca llena, escupiendo migas.

—Está preocupado por su familia.

Stephen resopló. —Tonterías. Está preocupado por él mismo. Rebecca y yo somos simplemente daños colaterales que pueden acarrearle mala prensa. De eso es de lo que le preocupa. Pero ¿por

qué tú? Tiene una publicista que normalmente se encarga de este tipo de cosas. Además le paga un riñón.

—Porque soy local —replicó Judith con más autoridad de la que sentía. Era una buena pregunta, y una que su ego no había considerado plantearse—. Y estaba en el proceso de examinar la finca a causa de un... problema de banda ancha que está afectando al pueblo. —A la luz de la muerte de un padre, se dio cuenta de lo raquítico que sonaba eso, así que se sorprendió cuando la ceja de Stephen se arqueó.

—Ah. ¿La caja de empalmes? Está en el extremo más alejado de la finca. Es la parte más remota. ¿Quieres que te la enseñe?

Los ojos de Judith se dispararon hacia el cuchillo en el fregadero, y de repente se sintió incómoda. Un escalofrío la recorrió mientras se recomponía y asintió.

Stephen se tragó el segundo sándwich de queso fundido mientras la llevaba fuera de la casa y hasta el lado protegido por la sombra. Allí había aparcado un rechoncho vehículo todoterreno marrón Tuatara. Le recordó a Judith un carrito de golf militar con neumáticos grandes de todo terreno. Los dos asientos estaban encerrados en una jaula antivuelco abierta y la parte trasera era una plataforma plana, cubierta de barro. Estaba aparcado entre lonas, estructuras metálicas oxidadas y otros detritos propios de una finca deteriorada. Stephen se limpió los dedos grasienta en los vaqueros mientras subía a bordo. Judith le siguió, observando que la llave ya estaba en el contacto. En poco tiempo estaban dando botes por el césped, con Judith, sin cinturón de seguridad, aferrándose a la jaula de acero por su vida.

—¿Disfrutas viviendo aquí? —Preguntó, las palabras saliendo entrecortadas mientras abandonaban el césped relativamente cuidado, pasando sobre una rejilla ganadera hacia un campo arado.

—¿Atrapado en el quinto pino? Por Dios, si no me muero de aburrimiento sería un milagro. Sé que no tenía gran cosa de vida y tenía plena intención de tenerla. Y será un puñado de civilización para mí. Londres, creo.

—La conozco bien. Aunque es un sitio muy caro. Por eso me mudé aquí.

—¿A quién le importa eso? La vida es para vivirla. Ya es hora de que disfrute un poco.

—Supongo que después de esta tragedia, tu padre quizás te haya dejado algo para ayudar. —Stephen resopló y la miró de reojo. Judith continuó—. Mi tía Maite me dejó dos mil euros cuando era joven. Me cambió la vida.

Una risa sardónica de una sola sílaba escapó de los labios de Stephen.

—El viejo tacaño. —Se contuvo—. Bueno, me sorprendería. Terry le daba todos sus consejos financieros, que es probablemente la razón por la que murió sin un duro.

Judith intentó estudiar su cara en busca de algún signo de que estaba mintiendo. Una tarea difícil en un vehículo que se bamboleaba. La lengua de Stephen estaba trabajando sus muelas traseras para desalojar trozos de queso atrapados.

—Supongo que todas las familias tienen sus conflictos. Me imagino que tener un hermano como Terry sería interesante.

Stephen no mordió el anzuelo mientras chapoteaban a través de una sección encharcada del campo antes de llegar a un tramo de terreno rocoso. Su silencio era suficientemente elocuente.

Stephen giró el ATV en un giro cerrado y apagó el motor. —Ya hemos llegado. —Señaló hacia delante.

Aparcaron al pie de un tramo rocoso inclinado que desembocaba en un río de corriente rápida de unos diez metros de ancho, del color del café con leche más fino. Evidentemente estaba crecido por los recientes aguaceros. Judith vio marcas negras de quemaduras entre las piedras causadas por una hoguera intensa que no había dejado más que algunos fragmentos de escombros y montones de carbón. La tierra chamuscada llevaba hasta una oxidada caja de empalmes verde, idéntica a la que el técnico de BT había estado toqueteando. Un extremo del armario metálico estaba chamuscado y abombado. Cuando Judith bajó del vehículo, sus pies se hundieron un par de centímetros en el terreno encharcado.

—¿Qué pasó aquí?

—Terry tuvo la idea de construir un embarcadero para su barca. Típico de él. No tiene ni idea de cómo construir absolutamente nada.

Judith inspeccionó el paisaje. Los campos todos se arqueaban hacia abajo para encontrarse con el río, con árboles coronando las diversas colinas. Era un lugar bien oculto lejos de miradas indiscretas.

—Sitio tonto donde poner cables.

Stephen asintió. —El río se ha desbordado dos veces desde que compró la casa. Fastidió las líneas del pueblo, pero el río era la mitad de tamaño antes de eso. La nueva urbanización de Avesbury causó esto. Está empeorando.

—¿Y qué hay de esto? —señaló los restos de la hoguera.

—Terry baja aquí a pescar. Creo que una de sus hogueras se descontroló y dañó la caja. Sigue funcionando. Es el daño por agua lo que sigue provocando cortocircuitos. Pero quizás no quiere que BT vea el daño que ha causado. Podría quedar mal.

Fue en ese momento cuando reparó en el mango de un machete asomando por debajo del asiento de Stephen. Su destreza en la cocina acudió firmemente a su mente, y se preguntó qué demonios se había incinerado allí junto al río.

—¿Es esto lo que buscabas? —preguntó Stephen. ¿Estaba su voz cargada de sospecha? ¿O Judith estaba interpretando completamente mal la situación cuando movió el pie y rozó el mango del machete?

—Bueno, el acceso para que el técnico lo arregle sería lo ideal. Podría mantener contento al pueblo.

—Eso es decisión de Terry. No le gusta que la gente husmee en su terreno.

—No es precisamente husmear. Es un servicio público que necesita atención.

—Como ya he dicho, mi hermano tiene sus maneras. No deja que cualquiera entre en su finca. —Judith detectó el matiz de duda en su voz mientras la escudriñaba—. Así que, como pregunté, ¿por qué es que te deja fisgonear? ¿Qué tienes contra él?

Judith dejó que la última frase resonara por los distintos centros de habilidades de su cerebro. La mente de Stephen había saltado instantáneamente al chantaje, lo que era un indicio de que Judith estaba dando completamente las vibraciones equivocadas como

practicante de las artes oscuras, o de que Terry Hardman había sido víctima de algo así en el pasado, lo que indicaba que podía tener algo que ocultar. Tomó nota cuando su pie rozó de nuevo el mango del machete. ¿Estaba intentando intimidarla de manera bastante poco sutil? ¿O era realmente un maestro de la torpeza involuntaria?

Intentó dar otro paso. El barro succionaba sus pies, frenando sus movimientos. Se tambaleó precariamente, recuperando el equilibrio en el último momento, salvándose de caer de bruces en el barro. Calculó que estaban al menos a kilómetro y medio de la casa y más lejos aún de una carretera pública. Cualquier grito solo lo escucharían los cuervos del campo o alguna vaca que pasara por allí. Era un lugar remoto perfecto para hacer el mal. También sabía que se había demorado demasiado en responder a la pregunta cargada de Stephen.

Judith se giró y volvió a subir al Tuatara, lanzándole lo que esperaba fuera una sonrisa desarmante a Stephen.

—¿Qué tenemos unos contra otros? —dijo crípticamente. Se sentó, disfrutando del silencio preocupado en el asiento del conductor. Había tocado una fibra sensible de verdad—. Gracias por enseñarme esto. Hablaré con tu hermano. Ahora puedes llevarme de vuelta.

Lanzó lo último como una orden más que como una petición. Stephen obedeció sin decir una palabra. Los neumáticos grandes rociaron barro mientras el ATV arrancaba hacia delante. Judith mantuvo el foco recto hacia adelante y resistió una segunda mirada a algo que había visto entre el negro del carbón de la hoguera. Varios frascos pequeños de cristal, similares a la medicación del cuarto de Richard Hardman. Lo que planteaba la pregunta de por qué alguien habría intentado deshacerse de ellos en un lugar tan apartado.

17

—¿Jefe?

—¿Mmm? —El sargento Raymond Collins no levantó los ojos del sudoku de la revista. No se atrevía. El puzzle le ayudaba a concentrar la mente y el tono de la agente Eastly contenía todas las frecuencias del desastre inminente.

—Han surgido un par de cosas.

—¿De verdad? ¿Quizás un poco de acidez? —Se rió entre dientes pero se detuvo cuando sus ojos encontraron la cara pétrea de Eastly. Ya se estaba arrepintiendo de lo que podría oír.

—Bueno, he seguido diligentemente la línea de investigación que me ordenó. —Sarah Eastly tenía el don de convertir el sarcasmo en un acento regional propio—. La señorita Judith Spears tiene un pasado bastante aburrido. Sin alertas en los informes de crédito. Sin huella en internet. Es casi como si fuera una mujer normal de mediana edad que vivió la vida sin llamar la atención.

—Eso suena sospechoso —respondió Raymond con lo que esperaba fuera un sarcasmo más afilado—. Y estaba casada.

—No según el registro. Al menos no en este país. Y nunca ha tenido pasaporte. Así que...

El sargento Raymond se recostó en su silla, que emitió un fuerte chirrido al hacerlo. —¿Cambio de nombre legal?

Sarah sacudió la cabeza. —Que yo haya encontrado, no. La verdad es que no me molesté en comprobarlo, porque entrevisté a Maggie Tawia, a Gwen Meadows y al guardia de seguridad contratado para el evento. Todos corroboraron su paradero y la hora de llegada a la fiesta.

—Pero seguía sin estar localizada cuando el fallecido falleció.

—No, el camarero con el que chocó la recuerda. Así que fue una pérdida total de mi tiempo.

—Descartándola de nuestra investigación... —murmuró Raymond, tirando el sudoku a un lado ahora que su concentración estaba destrozada. Sabía con certeza que no debía tener dos nueves en la misma línea.

—Pero reveló un detalle útil. Un par de testigos recuerdan a nuestro DJ favorito teniendo una acalorada conversación, barra, altercado, con alguien poco antes de que las cosas se torcieran.

—¿Quién era?

—No estoy segura. Era un hombre que no encaja con ninguna descripción de los asistentes que hemos procesado.

Raymond tuvo la sensación de haber sido golpeado de lado. —Quizás se había marchado antes de que llegáramos. Terry Hardman dijo que había pedido a todo el mundo que se quedara, y el guardia de seguridad afirmó que nadie se fue antes de tiempo.

Sarah asintió. —Tenemos a un hombre misterioso husmeando alrededor de los controles de los fuegos artificiales. He dejado recado a Gary Mercer para que se ponga en contacto y ver si puede identificarle.

Raymond asintió y alargó la mano hacia su taza. Escupió el té tibio de vuelta. —¡Puaj! ¡Está horrible! —Se puso de pie y cogió el abrigo del respaldo de su silla.

—¿Adónde vas?

—¡A tomarme una taza de té en condiciones!

Time For Tea era considerado terreno neutral, al menos en el libro del sargento Collins. Judith había aceptado quedar allí con la condición de que él pagara el té con bollos. Era una petición sencilla,

de la que se arrepintió cuando vio cuánto cobraba el dueño, Timothy, por semejante conjunto.

—No sabía que los bollos con nata fueran un artículo de lujo —refunfuñó mientras observaba a Judith embadurnar media cucharada de nata sobre medio bollo—. No me acuerdo. ¿Eres más de la tradición de Cornualles o de Devon, señora Spears?

—Los de Devon ponen primero la nata y luego la mermelada. Yo no soy ni lo uno ni lo otro. Esta mitad es una base de nata. La siguiente será de mermelada y nunca se mezclarán los dos.

—Eso es indecente —dijo él, cortando su propio bollo limpiamente por la mitad y decorándolo con el arte de Cornualles.

—Y es señorita —dijo Judith de manera refleja.

—Ah, ya recuerdo. ¿Pero era señora?

Judith levantó su mitad de bollo. —Salud. ¿Y hay alguna razón por la que me estés sobornando con un té de crema?

Ante la palabra «soborno», el sargento Collins casi se atragantó con las migas. Tosió y se ahogó hasta que tragó un buen sorbo de té reconfortantemente caliente.

—¡Difícilmente es un soborno!

—Un lapsus del vernáculo. —Judith sonrió—. Entonces, ¿cómo progresa nuestra investigación?

El detective resistió el impulso de corregir su posesividad.

—No sería apropiado que yo lo discutiera. Al fin y al cabo, estás trabajando para uno de los posibles... —titubeó intentando evitar la palabra sospechosos.

—Terry no puede ser sospechoso. Tiene coartada. Yo.

—Eso no es tan sólido como puede imaginar. Y debería indicarle lo que puedo y no puedo contarle. —Se estremeció de placer al dar otro mordisco al bollo. Era lo único que había comido desde el desayuno y el subidón de azúcar era exquisito—. ¿Qué has descubierto?

Judith le lanzó una mirada astuta mientras mordisqueaba su bollo. —No es una buena señal si me estás pidiendo que te informe de los avances. —Había reflexionado sobre si revelar su descubrimiento de los frascos de pastillas junto al río, pero pensándolo bien, no sabía si eran frascos de medicamentos o

simplemente tenían la misma forma. Terry Hardman le pagaba porque tenía miedo de que le tendieran una trampa, y una pista tan evidente estaba haciendo sonar las alarmas. El hecho de que Stephen la hubiera llevado allí añadía aún más leña al fuego de sus sospechas de que tramaba algo. Seguía siendo el único sin coartada, y sospechaba que el bueno del sargento también lo sabía.

Tomó un sorbo perezoso de su taza antes de responder. —Ambos deberíamos enfrentarnos al hecho de que Stephen Hardman es un sujeto de interés.

El sargento Collins arqueó una ceja inquisitiva. —Estaba por la parte delantera, buscando algo en su coche.

Eso era una novedad para Judith. —¿De verdad? ¿Y quién lo confirmó? —La vacilación del detective era todo lo que necesitaba—. Ya veo. Todavía intentando confirmar eso, ¿eh? Bueno, veré qué puedo hacer.

—Yo no quería decir exactamente...

Judith le ahuyentó con un gesto desdeñoso de la mano. —No hay problema. Y desde luego me ayudará a averiguar con quién estaba hablando por teléfono. —Se lanzó a relatar su encuentro con Stephen en la calle mayor. Su voz se redujo a un susurro—. ¿Puedes conseguir sus registros telefónicos?

—No es tan sencillo. Esto no es CSI: Little Pickton. Tendríamos que arrestarle antes de poder siquiera empezar ese papeleo con la operadora telefónica.

—¿No podrías simplemente confiscarlo?

—¿Bajo qué motivo? La curiosidad no es un precedente legal.

—Pues debería serlo. En ese caso, quizás lo consiga yo.

La brusca bocanada de aire del sargento Collins contenía un sermón sobre cómo Judith Spears no estaba por encima de la ley, y que él de ninguna manera podía aprobar que birara el teléfono y lo revisara, y que semejante flagrante desprecio por los procesos legales era escandaloso. En cambio, salió como un ligeramente agudo:

—Bueno, supongo que tú podrías...

—Mmm. —Judith removió su té—. Aunque no estamos seguros de si realmente tuvo lugar un crimen. —Le lanzó otra mirada astuta.

Más astuta, si tal cosa era posible.

El sargento Collins se lamió los labios. —Bueno, los hematomas en la espalda del señor Hardman, del fallecido, apuntan a que fue empujado. Pero toda la familia ha mencionado que Richard se caía con frecuencia debido a su enfermedad. A veces le sujetaban, otras veces no podían. Eso explicaría los hematomas, en cuyo caso, después de que se abriera la ventana, nadie necesitaba estar presente para darle un empujón. El forense no puede precisar la hora de la muerte. Pero tampoco descarta que pudiera haber sido empujado, aunque eso no cumple con el estándar de «duda razonable» que necesitamos. Del mismo modo, tenía dosis elevadas de medicación en su organismo, pero podría habérsela administrado él mismo. Así que todo sigue reduciéndose a la falta de móvil.

—¿Y si los hermanos fueran a heredar una gran suma de dinero de su padre?

—¿Ah sí? ¿Y qué has averiguado?

Sin mencionar a Maggie, Judith orientó al detective hacia las cuentas empresariales de Richard Hardman. Por su expresión, esto era claramente una novedad para él.

—Así que tanto Rebecca como Stephen podrían estar a punto de heredar una suma que les cambiaría la vida. Probablemente apenas sea una idea de última hora para tu cliente. —Añadió.

Judith sintió cierta satisfacción por estar ayudando a proteger a Terry del dedo de la sospecha. Al menos se estaba ganando sus escandalosos honorarios. Solo estaba esperando un trozo sustancial de información para presentarle que le permitiera justificar inflar su oferta propuesta. Sospechaba dónde podría encontrar esa información, pero su plan original de sacar el tema con el detective ahora no le parecía tan prudente como cuando él la había llamado.

Su conversación le había conducido a donde podría encontrarse el proverbial arma humeante. Solo necesitaba ejecutar su plan. Y eso significaría una noche sin dormir... y jugar sucio.

18

El estruendoso bostezo de Terry Hardman daba la impresión de una exageración diseñada para poner fin a conversaciones aburridas, como había ocurrido infamosamente cuando conoció a la Infanta Elena, cuando en realidad era una reacción completamente natural. La mirada al Rolex, sin embargo, era deliberada. E igualmente ignorada de manera deliberada por Judith mientras le servía otro whisky. Terry levantó una mano.

—Ya he tenido bastante. Mañana me espera un madrugón.

—¡Tonterías! —Judith levantó su propia copa—. Por tu querido difunto.

Terry suspiró y entrechocó su copa, luego la volvió a dejar sin dar un sorbo. Miró el reloj de nuevo.

—¿Llamo a un taxi?

Judith chasqueó la lengua. —Tu sofá es más que cómodo. Conseguir un taxi hasta aquí a estas horas es prácticamente imposible. Me quedaré aquí. —Le dio una palmada al cojín de al lado y notó que las cejas de Terry subían casi hasta la línea del cabello. Antes de que pudiera insistir en echarla a la noche, añadió rápidamente—: Y cuando te vayas por la mañana, puedes llevarme a casa de camino.

Terry no encontraba nada con que contrarrestar la incesante actitud jovial de Judith. Había aparecido inesperadamente en su casa

en un taxi, alegando problemas con su propio coche. Se había abierto paso hasta el interior con el pretexto de ponerle al día sobre su investigación. No de todo, por supuesto. De hecho, le interesaba más interrogar a Terry que proporcionarle ninguna información. De repente se le había ocurrido que era el único de los hermanos al que aún no había sometido a su propio estilo gordiano de interrogatorio.

Terry, que normalmente nunca se quedaba sin palabras. —Yo...

—¡Exacto! ¿Qué emocionantes aventuras te esperan mañana? —Terry abrió la boca para responder, pero ella se le adelantó con la pregunta que hasta ahora había evitado contestar—. ¡Oh! ¿Es para la lectura del testamento?

Terry le dio un golpecito pensativo al borde de su vaso antes de responder. La claridad del tintinco a través del silencioso salón declaraba que era el mejor cristal.

—Normalmente se espera al funeral antes de que eso ocurra. La policía aún no ha liberado al viejo. —Sonaba cansado. ¿O decepcionado? Le dio otro golpecito al borde de su copa y escuchó el fino tono, luego le lanzó a Judith una mirada cargada de significado. ¿Qué había oído ella?

Judith tomó un sorbo de su bebida, recordándose a sí misma que no debía hacer una mueca al sabor. Odiaba el whisky y había estado vaciando artísticamente su copa en otro sitio cuando Terry no miraba. Necesitaba que él tuviera la lengua suelta, no al contrario.

—El detective me mencionó que todavía están repasando las declaraciones de la gente. Ya sabe cómo es. El papeleo avanza más despacio que una cola en correos. —Se rió entre dientes, luego se preguntó cuándo fue la última vez que Terry Hardman había pisado una oficina de correos.

—Sospechan que hubo juego sucio. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Son la policía. Es su primer recurso, de lo contrario se quedarían sin trabajo. —Tras la más breve de las pausas, añadió—: ¿Y no es por eso por lo que me contrataste?

Terry apuró su copa de un trago. Era la tercera, y su discurso estaba empezando a bailotear con el concepto de la ebriedad. —

Bueno, mi nombre no sale en los periódicos, así que algo estás haciendo bien.

Judith sonrió tensamente. —No es poca cosa con Clive Wilson habiendo estado aquí aquella noche.

Terry Hardman le lanzó una mirada severa. —Yo no le vi. No le invité. Alguien más mencionó que estaba aquí. Dudo que tuviera los arrestos de presentarse.

Judith se encogió de hombros ligeramente. —Aparentemente estuvo aquí y se fue antes de que llegara la policía.

—¿Están seguros de que era él?

A pesar de no haber visto nunca una foto del hombre, Judith asintió con firmeza. —Sin lugar a dudas. Si no fuiste tú, quizás fue tu hermano. —Echó una mirada hacia arriba—. ¿Quizás deberíamos subir a preguntarle?

Terry emitió un resoplido ambiguo y apuró su copa antes de posarla con fuerza sobre la mesa de café. —Es lo suficientemente rencoroso como para hacer precisamente eso. Cuanto antes se vayan los dos de aquí, mejor, ahora que ya no tienen razón para quedarse. —Se puso de pie—. Me voy a la cama. Mañana estaré todo el día en Londres. Si te empeñas en quedarte en el sofá, hay mantas en el armario de la ropa blanca al final de las escaleras. —Señaló con el dedo hacia la escalera más cercana—. Me voy a las seis, así que estate lista. —Indicó la escalera y puso la mano en la barandilla antes de vacilar antes de subir. Miró a Judith desde debajo de unas cejas que necesitaban urgentemente un recorte—. ¿Crees que alguien empujó de verdad al viejo por la ventana?

—Nunca me dijiste por qué crees que alguien puede estar intentando tenderte una trampa.

Terry tamborileó pensativamente los dedos sobre la barandilla.

—Papá y yo nunca nos llevamos especialmente bien. De niños, nunca tuvimos mucho, y él iba de un trabajo mal pagado al siguiente. Perdimos a mamá cuando yo tenía quince años y esperaba que me quedara y ayudara a criar a los otros dos. Eso no iba a pasar. En cuanto tuve edad suficiente, me fui a Londres. Conseguí trabajo como periodista y nunca miré atrás. Puso a los otros dos en

mi contra. Me echaban la culpa de sus miserables vidas. Creó una buena familia disfuncional a la antigua usanza.

—Bueno, parece que al final intentaste compensar a todos. Ofreciéndoles un hogar a todos.

—Idea de mi padre. Yo quería meterle en una residencia. —Captó su mirada agria—. No quiero decir que fuera a meterle en algún sitio de mala muerte. Quiero decir una de las mejores que el dinero puede comprar. Un sitio donde pudiera hacer amigos y tener la mejor atención disponible. En cambio, quería que Rebecca estuviera a su disposición. —Sacudió la cabeza y bajó la voz—. Fue entonces cuando su estado empeoró. Seguía llamando al médico que seguía alterando su medicación, pero nunca parecía la adecuada.

—¿No podía permitirse su propio cuidado? —preguntó Judith inocentemente.

—Mi padre y el dinero... —Terry sacudió la cabeza.

—¿Stephen no se involucró en ayudarle?

—¡Ja! Lo único que hacían era pelearse. Especialmente cuando yo no estaba. Recibía una llamada de Rebecca. Estaría llorando porque no paraban de lanzarse improperios el uno al otro. No es que ella fuera a admitirlo jamás. No es de las que agitan las aguas.

—¿Sobre qué discutían?

—Papá estaba molesto con Stephen rondando por ahí. Decía que era como tener un buitre vigilándole. Yo tampoco le quería aquí, pero difícilmente podía echarle cuando no tenía dónde vivir.

—¿Por qué haría eso Stephen si no esperaba nada de su padre?

—Ahí es donde las cosas se complican. Verás, cuando gané algo de dinero por primera vez, compré la casa de papá para él. Era donde crecimos y no quería dejarla por algún sitio más agradable. Pero al menos tenía dónde vivir. Para simplificar las cosas, se puso a mi nombre.

—Ah. Así que la casa revierte a ti.

—Está a mi nombre en el papel, al menos. Yo no quiero el maldito sitio. Pero Stephen, los dos, tienen sus propias ideas al respecto.

—Pero eso no forma parte de ninguna herencia si está a tu nombre.

—Ellos creen que debería estarlo.

Motivación de algún tipo, caviló Judith.

Tras una larga pausa introspectiva, Terry continuó. —¿Estás segura de que Wilson estuvo aquí? —Judith asintió. Terry se pasó una mano por la boca y sacudió la cabeza—. Muy extraño...

Subió las escaleras, con los cansados pies golpeando y la madera crujiendo con cada paso. Judith rastreó sus movimientos encima hasta que los pasos fueron absorbidos por la casa.

Interesante, pensó. Terry Hardman es un mentiroso pésimo. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Una vez más, había un rasguño en el fondo de sus pensamientos. Una idea que estaba fermentando, pero que todavía no estaba lista para presentarse. Cuanto más aprendía sobre el clan Hardman, más segura estaba de que el juego sucio era rampante. Pero era un juego bien disimulado. Podía ver indicios y sugerencias de intriga y trama. El único problema era que, como una novela de Arturo Pérez-Reverte, no podía ver cómo se unía todo.

Le dio cuarenta minutos para que Terry se acomodara, luego subió sigilosamente los escalones, asegurándose de distribuir uniformemente su peso para que la madera no crujiera. Era una técnica en la que era bastante hábil, habiéndola visto en un episodio de El agente de CIPOL. Una de las muchas habilidades vitales útiles que había aprendido de pasar una infancia frente al televisor. Años absorbiendo aparentes tonterías sin sentido, y convirtiéndolas en una vida verdaderamente maravillosa...

Se detuvo fuera del armario de la ropa blanca y escuchó atentamente. El sordo zumbido de la caldera era el único sonido que permeaba la casa. Eran las dos y cuarenta y tres minutos de la madrugada y los Hardman estaban todos en sus nidos. Había tomado un Red Bull, que probablemente estaba librando una guerra con sus pastillas para la tensión, pero la mantendría despierta el resto de la noche. Abrió la puerta del armario y encontró varias mantas apiladas en un estante. Se colocó una bajo el brazo, cerró la puerta, luego apagó la luz del pasillo. Cerrando los ojos, hizo una pausa de nuevo para escuchar cualquier movimiento. Cuando los abrió, se habían acostumbrado a la oscuridad.

Sostuvo el móvil en una mano, el pulgar listo sobre el botón de la linterna, pero lo mantuvo apagado mientras avanzaba hacia la habitación de Stephen. Haciendo una pausa para comprobar que su modo sigilo seguía funcionando, echó un vistazo hacia el extremo del pasillo donde otro tramo de escaleras conducía hasta la habitación de Richard en el piso de arriba. Se le ocurrió que la escalera central de la casa, y la que llevaba cerca de la cocina, solo cubrían la planta baja y el primer piso. Era solo la más cercana a la puerta principal la que se extendía los tres pisos completos. La ruta de escape perfecta para un potencial asesino. Directamente hasta el camino de entrada.

Llegó a la puerta de la habitación de Stephen. Estaba cerrada, y no podía detectar ninguna luz filtrándose desde dentro. Presionó suavemente la oreja contra la madera y escuchó. Llegó un suave ronquido entrecortado desde dentro. Judith sintió un mareo. Esto era demasiado fácil, o quizás era la bebida energética que estaba haciendo su efecto.

Sus dedos se envolvieron alrededor del pomo, y lo giró suavemente. La suerte estaba de su lado. Alguien se había asegurado de que las antiguas bisagras estuvieran bien engrasadas, y la puerta se abrió sin un sonido. La abrió lo justo para poder entrar.

La luz de una luna parcial se filtraba a través de los visillos, acariciando un nido de ropa arrugada, cajas de pizza y una maleta abierta en el suelo que estaba medio hecha. Stephen estaba tumbado boca abajo en su cama, roncando suavemente. Su teléfono estaba sobre la mesilla de noche. Judith se dirigió directamente hacia él, pero el suelo crujió bajo sus pies.

Se quedó paralizada cuando Stephen gruñó en respuesta. Se maldijo en silencio mientras él se acomodaba de nuevo, luego avanzó con cuidado tan cerca como se atrevió, estirándose el resto de la distancia para levantar delicadamente el teléfono de la mesilla. Estaba sintiéndose satisfecha consigo misma cuando escuchó movimiento fuera de la puerta.

Alguien se estaba acercando.

19

Judith pensó que Fermín Cachono le ganaba en nada. Con puro instinto olímpico, cayó de rodillas, posiblemente haciéndose daño en ellas, y se arrastró para refugiarse al pie de la cama de Stephen, justo cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par.

—¡Oye! ¿Estás despierto? —siseó Rebecca desde la oscuridad.

El corazón de Judith se le subió a la garganta mientras se encogía, aferrando con fuerza el teléfono robado. Sus movimientos habían activado la pantalla, revelando que estaba bloqueado. Había una notificación de mensaje de texto en la pantalla, pero sin desbloquearlo, el teléfono se negaba a revelar de quién era.

Rebecca siseó más fuerte. —¡Stephen!

—Mmm... —llegó la adormilada respuesta—. ¿Qué hora es?

—Casi la una.

—Vete a la cama.

Judith oyó cómo los muelles de la cama crujían mientras Stephen se recolocaba. Apretó la pantalla contra el pecho para que la luz no la delatara.

—Terry se va a Londres mañana.

—Ya lo sé. —Las palabras fueron pronunciadas en el velo del sueño.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Has estado encerrada en tu habitación, lamentándote. Vuelve a la cama.

—El detective me dejó un mensaje. Quiere que vaya mañana para algunas preguntas de seguimiento. —Sonaba preocupada.

—¿Y qué?

—Y la tía Gwen dejó un mensaje...

Esta vez Stephen exhaló un largo suspiro. Su voz sonó de repente más alerta. —¿Y?

—Y nada. Dijo que venía. Que necesitábamos hablar.

—¿Y qué dijiste tú?

—Todavía no he respondido. Pero...

La cama se bamboleó cuando Stephen se movió de nuevo. —No hagas nada. Hablemos de esto en el desayuno. ¿Qué hay del notario?

—Eso es lo que creo que tiene que ver.

Un silencio preñado de significado llenó la habitación.

—Estoy demasiado cansado para pensar —dijo Stephen finalmente—. Mañana. Al menos él no estará aquí.

Rebecca pareció quedarse un momento antes de suspirar y retirarse de la habitación, cerrando la puerta detrás de ella, pero afortunadamente sin cerrarla del todo. Judith escuchó cómo sus pasos se alejaban y Stephen volvía a dormirse.

Durante diez minutos enteros, no se atrevió a moverse. El calambre se fue apoderando de su pantorrilla derecha, y fue todo lo que pudo hacer para no aullar de dolor mientras masajeaba rápidamente el músculo agarrotado. Los hombros le dolían, recordándole que se estaba quedando demasiado mayor para andar sigilosamente de un lado para otro.

Mientras su zona lumbar protestaba, oyó cómo la respiración de Stephen volvía a caer en un ritmo lento. Arriesgándose a asomar la vista por encima del borde de la cama, casi le dio un ataque al corazón, ya que la cara de Stephen estaba a escasos centímetros de la suya. Incluso a la tenue luz de la luna podía ver la baba en la comisura de su boca. Estaba a punto de ponerse de pie y devolver el teléfono a la mesa cuando le asaltó un pensamiento. Apuntó la cámara delantera del teléfono hacia la cara dormida y pulsó la

pantalla. El teléfono reconoció a Stephen y se desbloqueó. Encantada, Judith se puso de pie y abrió el mensaje de texto mientras rodeaba la cama. No había ningún nombre, solo un número de móvil que memorizó, seguido de un breve mensaje:

TODO LISTO PARA MAÑANA. MÁS TE VALE CUMPLIR.

Buscó rápidamente entre sus mensajes, pero si había alguno más, habían sido eliminados, igual que su lista de llamadas anteriores y correos electrónicos. Stephen se había tomado grandes molestias para no dejar ninguna miga de pan digital en su móvil. Judith sabía que eso era la marca de un hombre culpable de algo.

Devolvió delicadamente el teléfono a la mesilla de noche, recuperó su manta y salió de puntillas de la habitación. Asegurándose de comprobar que Rebecca no seguía por allí, se deslizó escaleras abajo hasta el salón. Solo entonces soltó un largo aliento de tensión acumulada. Los hombros y la espalda le protestaban, y lo único que quería era tumbarse. Pero el Red Bull seguía circulando por su organismo, y aún le quedaba una segunda parte de su misión por ejecutar.

Moviéndose con el mayor sigilo posible, se dirigió más allá de la cocina, hasta la puerta trasera, y recuperó las botas de agua con las que había llegado. Jadeando mientras se agachaba para ponérselas, cogió luego el chubasquero del perchero que había detrás de la puerta y salió a la fría oscuridad.

EL BARRO CHUPABA COMO una aspiradora las botas de Judith. A los pocos minutos de ponerse en marcha, ya se estaba arrepintiendo de atravesar la finca a pie en plena madrugada, en medio de otra feroz tormenta. Sabía que el pronóstico anunciaba lluvia, pero desde que llegó a Beaconsfield Manor se había convertido en un monzón, una tempestad, un diluvio. El viento arreció angulando las gruesas gotas de lluvia casi horizontalmente mientras la golpeaban. Centraba la atención en el barro, lamentando haber confiado en la linterna del móvil en lugar de traer algo más potente.

Recorrió la ruta que Stephen había conducido hasta el río, lo que implicó cruzar un par de rejillas ganaderas en la húmeda oscuridad y

caminar durante cuarenta minutos por el campo en una oscuridad absoluta. Judith no era de las que se asustaban fácilmente, pero estaba agradecida de que la lluvia repiqueteando en su capucha ahogara cualquier cosa que acechara en la oscuridad. Tres veces resbaló en el barro y apenas mantuvo el equilibrio. Irradiaba confianza en compañía de otros, pero era demasiado consciente de sus años medianos como para no saber que una caída en un campo oscuro podía tener consecuencias para los huesos. Sin embargo, en el mundo de Judith Spears, la curiosidad conquistaba el miedo siempre. Por eso se metía constantemente en problemas.

Había calculado treinta minutos para llegar a la caja de banda ancha y diez minutos para husmear. Poco más de una hora en la que esperaba que Terry Hardman no bajara a la cocina y notara que no estaba durmiendo en el sofá. Sin embargo, el frente meteorológico y el viento creciente dificultaron el avance.

Judith se detuvo para recuperar el aliento y se volvió de espaldas al viento brutal que hacía que los árboles silueteados al borde del campo azotaran con furia. Tomó nota mentalmente de su posición, lo cual era difícil con la tenue luz de la linterna. Sería muy fácil confundirse y deambular en la dirección equivocada. Se recordó a sí misma que solo tenía que ir cuesta abajo hacia el río.

Cincuenta y dos minutos después, oyó el rugido del agua antes de acercarse lo suficiente para captar el turbulento río al borde de la luz de su linterna. Estaba en plena crecida y peor que antes mientras se adentraba en el campo. El agua que avanzaba amenazaba con barrer la hoguera que había venido a investigar. Ya el agua estaba a solo treinta centímetros de la hoguera donde habían sido arrojados los frascos de medicamentos. Apresurándose, rodeó la caja de empalmes, que estaba peligrosamente cerca de ser inundada.

Las rocas ofrecieron un agradable alivio del terreno embarrado. Se arrodilló al borde de la hoguera, con las rodillas crujiendo como ramitas. La lluvia había empapado las mangas de su chaqueta, haciéndola temblar, lo que hacía que la luz oscilara en su fría mano. Había dos frascos de medicamento marrones en el fuego. Del estilo antiguo, hechos de cristal marrón en lugar del barato plástico que se usa hoy en día. Con la mano libre, sacó una bolsa de sandwich de

plástico de cocina del bolsillo y deslizó los entumecidos dedos en su interior. Manteniendo el plástico entre los dedos y los frascos, los recuperó a ambos y le dio la vuelta a la bolsa para que los frascos quedaran dentro, lejos de sus propias huellas dactilares. Se guardó el botín en el bolsillo de la chaqueta.

Hurgó entre los restos negros de carbón de la hoguera, observando que varios trozos de papel no se habían quemado del todo, pero estaban húmedos, chamuscados e ilegibles. Si usaba la imaginación, podría ser los restos de una lista. Una ráfaga de viento se los arrebató de la mano y los llevó hasta el río. Tenía la espalda vuelta hacia el agua, así que se alarmó al ver que estaba a escasos centímetros de su pie, subiendo a un ritmo tal que tendría que apresurarse hacia tierra más elevada o arriesgarse a ser arrastrada.

Judith volvió a ponerse de pie con no poca dificultad mientras las piedras bajo sus pies se desplazaban. La luz de su linterna reveló que las huellas de sus pies ya estaban llenas de agua. Recordó un mapa local en su mente. Había un lago de pesca a cinco kilómetros río arriba, la dirección de la que se aproximaba la tormenta. Recordó que los vecinos habían tenido que vadear la carretera unos días antes a causa de las inundaciones: este nuevo diluvio estaba aprovechando eso.

Se giró para marcharse, solo entonces reparando en algo más abajo en la orilla del agua. Había varias tiras de plástico blanco. Frunció el ceño y las recogió, viendo que estaban ligeramente chamuscadas. Su primer pensamiento fue que eran tiras de test de Covid. Objetos extraños para quemar, y sin embargo alguien había considerado conveniente deshacerse de ellas en lugar de tirarlas a la basura.

Algo que nadie quiere que otros vean, ronroneó el gato curioso interior de Judith. Era una voz que tanto admiraba, odiaba y no podía ignorar.

El agua estaba ahora visiblemente reptando por el terreno rocoso, consumiendo centímetros en cuestión de segundos. Salió disparada hacia delante, tropezando en su prisa por llegar a las tiras de plástico antes que el agua. Mientras se agachaba y recogía

varias, notó que las piedras encharcadas bajo su pie derecho se desplazaban y su tobillo se torció.

Sin tiempo ni siquiera para gritar a la oscuridad, Judith Spears perdió el equilibrio y se precipitó a las aguas de rápida corriente.

20

El gélido abrazo del río habría sido una conmoción para el organismo si Judith no hubiera estado ya completamente entumecida. Le molestó bastante que el primer pensamiento que cruzara su mente, aparte de recriminarse su propia estupidez, fuera la cara sonriente del hombre de hielo holandés Wim Hof, asintiendo y riendo entre dientes a su manera carismática. Judith había visto sus programas de televisión durante las noches de insomnio. Ahora, bajo su mirada burlona, el aliento se le cortó en la garganta mientras el mundo se agitaba a su alrededor.

Las piedras lisas del río le golpeaban la espalda mientras la corriente la arrastraba. No desperdició energía luchando contra el flujo. En cambio, exhaló de manera sostenida en un chorro de lentas burbujas, lo que le confirmó que estaba sumergida, aunque no podía sentir nada contra su cara. Dejó de moverse, conservando el precioso aire, pero al menos no estaba entrando en pánico. Su espalda golpeó dolorosamente otro canto rodado, lo que le indicó que estaba en el fondo del río. Incluso con la ropa empapada, no era lo suficientemente pesada como para hundirse. Flotaba de manera natural. Durante las clases de buceo en vacaciones, el cinturón de metal alrededor de su cintura no había sido suficiente para arrastrarla hacia abajo. Dedujo rápidamente que el río no podía ser tan profundo.

Calma..., se dijo a sí misma. Entrar en pánico era siempre la clave del desastre.

Usando toda su fuerza, Judith se dio la vuelta para quedar boca abajo y poder usar ambas manos para empujar con fuerza contra el lecho del río. Su cuerpo salió disparado hacia arriba, con las rodillas girando y chocando contra las rocas. Con una reserva de equilibrio perfeccionada durante años de tai chi, Judith recogió las piernas y proyectó los pies rectos hacia abajo.

Inmediatamente salió disparada hacia arriba, su cabeza rompiendo la superficie donde pudo aspirar una bocanada de aire gélido. A su alrededor todo era oscuridad, pero podía notar que estaba de pie en agua hasta el pecho. Luchó contra la atracción de la corriente, tropezó y fue arrastrada de inmediato de vuelta bajo la superficie. Esta vez, fue capaz de recuperar su posición y se empujó en dirección a la orilla. Momentos después fue recompensada cuando su rodilla chocó contra otro pequeño canto rodado y pudo ponerse de pie, esta vez con el agua hasta la cintura. Con los brazos girando como aspas, se tambaleó hacia delante y salió del agua. Se desplomó sobre la hierba húmeda y recuperó el aliento.

La adrenalina, combinada con los efectos continuos del Red Bull, mantuvo los temblores a raya, pero sabía que eso era solo un bálsamo temporal. Tenía que volver a la casa y secarse. La lluvia seguía cayendo a cántaros y en la más tenue de las luces podía ver el borde del agua reptando hacia ella. Le desanimó pensar que su teléfono y las tiras de plástico que había estado persiguiendo debían de estar ya camino del pueblo siguiente. Ni siquiera podía calcular cuánto tiempo había estado en el agua. ¿La habría llevado la corriente más allá de los límites de la finca Beaconsfield?

Las preguntas chocaban entre sí en su mente pero fueron repentinamente silenciadas por un tenue resplandor a unos veinte metros río arriba. Si hubiera habido un atisbo de luz lunar, dudaba que lo hubiera notado, pero en la oscuridad estígia, era un faro. Se incorporó con esfuerzo, sintiéndose casi el doble de pesada con la ropa empapada. Antes de poder dar ni un paso, Judith se apoyó contra una roca y se sacudió la bota de agua izquierda del pie, junto con casi un litro de agua. Se la volvió a poner y repitió la operación

con la otra bota. Ahora podía caminar hacia la luz. Como esperaba, era su teléfono. Por fortuna, había sido lanzado a la orilla y aterrizó con la pantalla hacia abajo. Esta estaba ahora agrietada, pero la linterna trasera seguía funcionando perfectamente. Un minuto más y el río habría sido el orgulloso propietario de su iPhone. Su buena suerte continuó cuando vio tres de las tiras de plástico blanco tumbadas a unos treinta centímetros de distancia. Ahora que podía examinarlas, claramente no eran tests de Covid. Eran tests de embarazo, deformados por el fuego pero todavía reconocibles. Las sujetó con fuerza, suponiendo que meterlas en un bolsillo mojado haría más mal que bien, y luego emprendió el camino de vuelta a la casa mientras el río seguía subiendo a sus espaldas.

Si era posible, la lluvia caía con más fuerza mientras caminaba cuesta arriba por los resbaladizos campos. Cada paso era un reto, agravado por el peso de su ropa empapada. El subidón de adrenalina se estaba disipando, y se estremeció. Aun así, no se detuvo. Si se sentaba, dudaba de que pudiera volver a levantarse.

Tardó casi noventa minutos en llegar de vuelta a la casa, y sintió alivio al comprobar que nadie estaba despierto. La primera tarea era secar de algún modo su ropa antes de la mañana. Había una lavadora-secadora en el cuarto de servicio, pero eso despertaría a todo el mundo, incluso en una casa tan grande como esta. En cambio, recuperó la manta que había dejado sobre el sofá y se envolvió en ella mientras se desvestía en la cocina. Sonrió pensando que si alguien bajaba y la encontraba desnuda, al menos podría alegar que estaba teniendo un momento de senilidad.

Con la costa aún despejada, colocó las botas boca abajo en el fregadero y metió la ropa en la cocina de leña, acordándose de retirar la bolsa de plástico que contenía los frascos de pastillas, las tiras del test de embarazo y su teléfono. Se preparó una taza de té y luego montó guardia para asegurarse de que la ropa no ardiera espontáneamente. El nailon de su chubasquero se derritió un poco, pero pronto quedó satisfecha cuando la ropa se secó. Estaba chamuscada y había encogido una o dos tallas, pero era una delicia haber escapado de la muerte y luego ponerse un par de calcetines de lana volcánicamente calientes.

Con solo dos horas antes de que Terry tuviera previsto despertarla y llevarla a casa, Judith se había secado y yacía bajo la manta, habiéndola cambiado por una seca del armario de la ropa blanca. Reflexionó sobre sus próximos pasos y sobre cuánto debía contarle al sargento Raymond Collins.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, o más bien a la tarde, para cuando Terry Hardman la dejó en casa, se había sentado en el baño donde se había quedado dormida dos veces, solo para irse a la cama y dormir hasta las doce y media. Se despertó con la nariz goteando tanto que amenazaba con inundar su casita. Si el inevitable catarro no fuera suficiente, internet estaba caído. Judith supuso que era por las inundaciones. Tenía el efecto de retrotraer a Little Pickton a los sombríos días de un tétrico domingo de los años setenta. Aislada, y sin ningún medio de entretenimiento. O, en el caso de Judith, de investigación.

Ordenó sus pensamientos. No cabía duda de que algo turbio estaba detrás de la muerte de Richard Hardman, y debía estar vinculado a la herencia de la que nadie parecía querer hablar.

Stephen era quien más tenía que ganar y había estado actuando de manera sospechosa; estaba naturalmente en lo más alto de su lista de sospechosos. Y eso le crispaba los nervios. No tenía una opinión elevada de su inteligencia, pero si era culpable, no había borrado muy bien sus huellas, y eso no encajaba con su carácter.

Judith no pudo reunir la motivación para vestirse con otra cosa que no fuera su bata más esponjosa y subió la calefacción a temperatura subtropical. Seguía lloviendo fuera, aunque ahora era más bien un suave repiqueteo. Las noticias de la radio local informaban sobre inundaciones en toda la comarca, servicios de tren suspendidos y todos los peligros habituales de la vida en un pueblo rural inglés.

Repasando los acontecimientos en su mente, estaba segura de que el sargento Collins estaba bajo presión para avanzar o cerrar la investigación antes de que atrajera la atención de los medios, y sospechaba que eso llegaría cuando se anunciara el funeral.

Entonces Terry Hardman estaría evaluando su utilidad. El problema era que no podía sacudirse la sensación de que algo estaba a punto de estallar muy pronto.

En un post-it, anotó el número de teléfono que había sacado del móvil de Stephen. No tenía por qué hacerlo; su memoria era muy fiable. Aunque tendía a añadir sus propios filtros de vez en cuando, pero los números habían sido una gran parte de su vida pasada, y permanecían como menhires en su memoria.

Su móvil tenía cobertura si se ponía cerca de la ventana, así que pudo buscar en Google el número con la esperanza de que estuviera registrado en línea. Sin suerte. Eso le dejaba con una sola opción, nacida del aburrimiento: llamar al maldito número.

Marcar el 141 antes del número de móvil ocultaba su propia identificación de llamante. Sonó tres veces antes de que un hombre respondiera, sonando distraído y apresurado.

—¿Sí?

Judith empleó su mejor voz telefónica, una que había heredado de su madre y que la proyectaba a los estratos de Downton Abbey.

—Hola, llamo de parte del señor Hardman.

Hubo un gruñido confuso. —¿Quién es?

—Llamo de parte del señor Stephen Hardman...

La voz bajó hasta un susurro siseante. —¡Le dije que ahora no tengo tiempo para esto!

Antes de que Judith pudiera insertar otra palabra, colgó.

—¡Qué maleducado! —exclamó en voz alta.

Antes de que pudiera darle un momento más de reflexión, pulsó rellamar. Esta vez, el teléfono fue directamente al buzón de voz. Estaba a punto de colgar cuando se dio cuenta de que el misterioso hombre había grabado su propio mensaje de salida.

—Has llamado a Clive Wilson. Deja tu nombre y número y te llamaré.

Sonó el tono, y Judith respiró pesadamente en el micrófono de manera involuntaria como un pervertido antes de colgar. Los engranajes giraban en su mente.

Clive Wilson. El crítico que tenía manía a Terry Hardman. Stephen le había invitado a la fiesta, y el paparazzo se había marchado más o

menos al mismo tiempo que el señor Hardman padre había caído por la ventana. El mismo tiempo en que Stephen afirmaba estar en el camino de entrada delantero. Al pensar en ello, recordó haber visto a Stephen en una acalorada discusión con alguien. ¿Habría sido ese Clive Wilson?

El juego sucio estaba bien y verdaderamente en marcha, y sabía que era hora de empujar a la policía para que hiciera su trabajo.

21

Sarah Eastly estaba perfectamente vestida para la ocasión. Esa ocasión siendo su día libre. El sargento Collins había contemplado su ausencia programada con un ceño tan intenso que creaba sus propios fiordos, lo cual era apropiado ya que el progreso de su investigación era glacial. Con solo ellos dos evaluando activamente las pruebas y las declaraciones de los testigos, había pensado que habían desperdiciado demasiado tiempo husmeando en los antecedentes de Gary Mercer y Judith Spears. El jefe tenía el presentimiento de que Judith estaba involucrada, un presentimiento que Sarah sospechaba nacía más de la frustración. Él odiaba la vaguedad, y para él, Judith Spears era el emblema de eso. Así que, para hacer alguna mella en la estancada investigación, Sarah había venido a la oficina vestida con una camiseta blanca, pantalones de jogging, nuevas zapatillas Adidas blancas y con el cabello recogido. Irradiaba un aire de forma deportiva, cuando en realidad había planeado pasarse el día en el sofá viendo Netflix y atiborrándose con una bolsa familiar de Cheetos. Su objetivo era hacer sentir a su jefe todo el remordimiento posible. Típicamente, él no estaba en la oficina. Para cuando llegó, se había marchado a hablar con el forense, dejando a Sarah para asegurarse de que suficientes agentes y personal a su alrededor supieran que había venido en su día libre. Su estrategia se estaba desgastando tras dos

horas catalogando notas del caso en el ordenador. Estaba tan aburrida que contestó el teléfono en el escritorio del sargento y se sorprendió al oír la voz de Judith Spears.

Cuarenta y cinco minutos después, estaba sentada a la mesa de la cocina de Judith mientras la mercurial dama preparaba cafés con su Nespresso y la observaba con ojos chispeantes.

—Han progresado poco, ¿verdad?

Sarah suspiró. —Suenas como el jefe. —Solo cuando Judith dejó el café y deslizó un cuenco de terrones de azúcar por la mesa se dio cuenta de que era una pregunta, no una afirmación.

—Bueno, hay muchos árboles en los que ladrar. —La cuchara de Judith tintineó contra la taza mientras removía la bebida y se sentaba. Sarah se encontró atraída por el acto deliberado como si la estuviera hipnotizando—. Y me atrevo a decir que habrán estado trabajando laboriosamente en los aburridos pasados de gente como yo. —Se rió, así que Sarah también se rió.

—Naturalmente. Y una vida aburrida bien llevada, eso parece. Terry parece confiar en ti, sin embargo. ¿Cuánto tiempo llevas conociéndole?

—Ooh, casi más de una semana. —Judith sonrió ante la expresión perpleja de Sarah—. Solo nos conocimos en la fiesta. Como decía mi declaración.

Sarah asintió. —Intentando arreglar un problema de banda ancha, lo recuerdo.

—Bueno, supongo que las inundaciones harán eso por mí ahora. Todos estamos ansiosos por saber cuándo será el funeral.

—Vi un mensaje de camino aquí. El cuerpo será entregado a la familia más tarde hoy.

—Oh, eso es una buena noticia. La familia puede poner las cosas en marcha y tener un tiempo adecuado para el duelo.

Sarah asintió de nuevo y tomó un sorbo de café. De repente tuvo la sensación de que Judith la estaba entrevistando a ella. Devolvió la conversación al cauce adecuado. —¿Qué era lo que tenías que contarme?

—Ah. Era sobre los avances. ¿Qué tenías sobre los niveles de medicación de Richard?

—Había un... —Sarah se contuvo—. Señora Spears...

—Señorita.

—No puede esperar que le cuente información confidencial fundamental para la investigación.

Judith fingió sorpresa. —¿No? Le pido disculpas, querida. El bueno del sargento me dijo que estaba ayudándoles con su investigación. —Antes de que los ojos de Sarah pudieran entornarse más, Judith continuó—: Después de todo, me pidió que obtuviera un número de teléfono del móvil de Stephen. Y hablamos de la levodopa elevada en su organismo.

Sarah ocultó su sorpresa de que Judith supiera tanto. Había leído el breve informe de Collins sobre las sospechas de Judith. Era un riguroso cumplidor de las normas, pero con un caso sin avanzar, no le culpaba por pedir favores. Con la esperanza de obtener algún fragmento de información para ayudar a impulsar el asunto, decidió ver hasta qué punto podía confiar en Judith. —Los niveles de levodopa parecen demasiado altos.

—Especialmente teniendo en cuenta que ya no tomaba esa medicación. —La sonrisa de Judith se ensanchó con la expresión confusa de Sarah—. La levodopa es uno de los primeros tratamientos que se administran con la aparición del Parkinson. Sin embargo, tomaba tanto donepezilo como memantina. Los dos, en lugar de uno u otro. Añada levodopa a eso, y —Judith soltó un resoplido teatral— ¡su cabeza estaría bien y verdaderamente dando vueltas por las nubes!

—¿Cómo sabe qué medicamentos...?

Judith chasqueó la lengua. —Todo está en las notas del caso. Terry dijo que el médico había seguido recetando diferentes medicamentos porque nada funcionaba.

—Eso podría explicar las toxinas. —Sarah pareció pensativa, luego captó la expresión curiosa de Judith—. Se encuentran en las setas alucinógenas. Algunos practicantes de la medicina alternativa creen que pueden ayudar con su enfermedad. Y con una finca tan grande, habría setas por algún sitio.

Judith asintió. —La pregunta es, quién había dispensado los medicamentos y a petición de quién.

—Bueno, Rebecca era su cuidadora.

—Entonces debería saberlo. Pero... —Judith se quedó pensativa, mirando al infinito mientras tomaba un sorbo de café.

—¿Pero qué?

—¿Mmm? Ah, sí, tienes razón, por supuesto, querida. Solo estaba pensando en voz alta sobre quién más aquella noche tenía acceso a medicamentos recetados.

La taza de café de Sarah golpeó la mesa cuando la dejó y se incorporó.

—¡Gary Mercer!

—¿El señor Mercer? ¿El DJ?

Sarah asintió, con los ojos recorriendo la cocina mientras encajaba las pistas. —Trabaja a tiempo parcial en el hospital como auxiliar. Tiene fácil acceso a ellos.

Judith dudó durante varios momentos antes de asentir con la cabeza. —Sí. Exactamente lo que yo pensaba. Por eso esperaba que pudieras echarle un vistazo a esto. —Sacó la bolsa de plástico que contenía los dos frascos de cristal de encima del panero y se la entregó cuidadosamente a Sarah.

—¿Qué es esto?

—Un recipiente de pastillas de los de verdad que alguien intentó quemar, quizás sin darse cuenta de que era de cristal y no de plástico. Es del tipo robusto de los antiguos. Los encontré en una hoguera al borde de la finca, junto con algunos papeles.

Sarah sostuvo la bolsa a la luz. —El culpable podría haberlo tirado fácilmente a la basura.

—Pero la recogida de basura es quincenal. Y si es el arma de un asesino, ¿por qué arriesgarse a que la evidencia esté por ahí tanto tiempo? Estaba pensando que quizás podrías sacarle algunas huellas dactilares. ¡Como hacen en la tele! —Añadió lo último con un destello de emoción que Sarah no estaba convencida de que fuera genuino.

—¿Dónde estaba esta hoguera?

—Junto al río. —Judith levantó la mano—. Y ahora arrastrada por la inundación, así que no te emociones demasiado.

Sarah terminó su café y se puso de pie. —Debo preguntar, señorita Spears. ¿Cuánto de esto le has contado a Terry?

—Llámame Judith. Casi nada. No veo por qué debería molestar a un hombre de luto con no más que las especulaciones de alguna vieja entrometida, ¿tú sí?

—Para eso te está pagando. —Solo ahora recordó Sarah que Judith no había respondido a su pregunta anterior. Eso añadía más sospecha de que Judith Spears estaba navegando deliberadamente la conversación hacia donde quería. Por unos momentos, sintió la misma sospecha que le carcomía a su jefe, pero fue rápidamente barrida por un destello de esperanza repentina de que podía conectar a Mercer con la muerte. Se guardó la bolsa de plástico en el bolsillo—. Gracias por esto. Y si se te ocurre algo más, llámame.

—Me encantaría. Las mujeres debemos apoyarnos mutuamente, ¿eh? —Sonrió una vez más—. Sé cómo es, incluso ahora. Yo también fui joven una vez, lo creas o no.

—Llevando una vida muy corriente.

—Exactamente. No me malinterpretes. Anhelaba algo más, como tú, pero así no eran las cosas entonces. Ahora son mejores, pero aun así, cada mano que ayuda...

Sarah rechazó un segundo café y salió de casa de Judith con un resorte en el paso. Pensara lo que pensara el jefe, podía ver que Judith era un activo para el caso, y si le ayudaba a ganarse algo de respeto en la oficina, también era una ayuda tremenda para su carrera.

Judith observó cómo la agente Eastly se alejaba en su coche. Había considerado entregar también las tiras de test de embarazo, pero por ahora decidió guardar silencio sobre esas sospechas. Y había debatido si contarle la conexión de Clive Wilson con Stephen, pero como ella misma no sabía exactamente cuál era, consideró mejor no mencionarlo todavía. Después de todo, la policía necesitaba hacer parte del trabajo por sí sola.

Además, Eastly había sido una fuente de información tanto si era consciente de ello como si no. Ahora sabía que el cuerpo de Richard

iba a ser liberado, lo que significaba que el reloj estaba corriendo antes de que la historia llegara a los medios principales, y Wilson pronto estaría bajo presión para publicar su historia antes de que eso ocurriera. Una historia que de algún modo implicaría a Terry. Ahora sabía que la policía no tenía un sospechoso firme en mente. Su reacción ante Gary Mercer había sido muy reveladora; más porque también era una novedad para Judith. Prácticamente había tachado a Mercer de su lista de sospechosos, pero su reentrada planteaba un problema. Terry le había contratado personalmente. Stephen incluso se había molestado en mencionar que el millonario estaba eligiendo la opción más barata. ¿Por qué sería eso?

Solo había una razón. Ofuscación. Alguien estaba creando una cortina de humo deliberada para ocultar la verdad.

La pregunta era: ¿quién?

22

Judith había pasado el resto de la tarde intentando salir de Little Pickton. Las cinco carreteras de salida estaban inundadas en diversos grados, e intransitables para el cansado Clio de Judith, no fuera a ser que saliera flotando. La lluvia había cesado, y las aguas de la inundación retrocedían visiblemente, pero tardarían días en desaparecer del todo.

Consideró llamar a Terry y pedirle prestado uno de sus todoterrenos pero desistió. Sin trenes ni autobuses en servicio, era esencialmente una prisionera de la vida rural. Su intención había sido viajar a Londres para dar con Clive Wilson. En cambio, se detuvo en Time For Tea para investigarle con el móvil. La sala de té tenía la mejor cobertura del pueblo, y esperaba que una tranquila taza de té mantuviera a raya la falta de sueño, pero eso era pensar con el deseo. También lo había sido su esperanza de que estuviera tranquilo. Esta tarde estaba abarrotado de vecinos que habían sido convocados por el poder del cotilleo. No había donde caerse muerto. Judith encontró a Charlie Walker y a Maggie conspirando en el centro de todo.

—¿Te has enterado? —jadeó Maggie a través de un bocado de migas de magdalena de chocolate. La magdalena estaba sujeta en una mano, a escasos centímetros de su cara. La otra sostenía en equilibrio una taza de café ya que no había sitio donde dejarla.

—¿Que estamos inundados? —aventuró Judith.

—No. Bueno, sí. ¡El funeral de Richard Hardman es en tres días!

—¿Tres días? Es rápido... espera, ¿cómo lo sabes?

Maggie agitó la mano dramáticamente. —¡Está en todas las noticias! Le van a enterrar en San Nicolás. —Su cabeza señaló en dirección a la iglesia local.

—¡Se cayó por una ventana de la mansión de los Hardman! —añadió Charles en un susurro que bajó el volumen del café—. ¡Dicen que le empujaron!

Judith se alarmó. Miró a Maggie, pero ella no había revelado nada. Maggie era impenetrable, un lugar donde el cotilleo iba a morir. Aunque había el habitual chismorreo del pueblo de que alguien había fallecido durante la fiesta, se había supuesto que el volcánico espectáculo de fuegos artificiales era el culpable, ya que se oyó por todo el pueblo y agitó a todas las mascotas al alcance del sonido. Afortunadamente, los detalles más escabrosos no habían circulado, ya que no era muy conocido que el padre de Terry hubiera vivido allí, ya que nunca salía.

—¿Quién dijo que le empujaron? —preguntó Judith—. ¿La BBC?

Charles se tambaleó en su bici de teorías conspirativas. —No. Pero todo el mundo lo está diciendo.

Judith estaba atónita. Aquello pertenecía al Libro Guinness de los Récords por batir el récord de velocidad del cotilleo. —Bueno, todo el mundo debería tener cuidado. Terry Hardman es notoriamente propenso a los pleitos.

La amenaza causó ondas de preocupación por el café, y el volumen bajó mientras los clientes sintonizaban la conversación de Judith. Miró a su alrededor, ahora de repente el centro de atención.

—Lo último que queremos es una manada de abogados descendiendo sobre el pueblo —dijo con un tono diseñado para disparar las alarmas. Su mente corría en todas direcciones. Fuera lo que fuera lo que Clive Wilson había estado planeando al retener información, algo estaba ya en movimiento. Ahora no tenía que salir del pueblo. Por la mañana, la prensa nacional habría descendido sobre Little Pickton y Terry Hardman sería empujado al foco de atención. Lo cual, por una vez, no era donde quería estar.

—Has estado entrando y saliendo de allí —dijo la señora Patterson con suspicacia. Había sido una de las afortunadas en encontrar mesa y había estado lamentando cómo las inundaciones habían destruido sus exhibiciones florales antes de que estuvieran listas para el concurso. En su libro, eso era un pecado más grave que la pérdida de vidas o el aislamiento del pueblo de la civilización.

Judith le lanzó a Maggie una mirada cargada de significado, una advertencia innecesaria de que no dijera ni una palabra. —En efecto, tengo que remediar los problemas de banda ancha de Maggie, y por tanto los de todos ustedes también.

Un murmullo de simpatía recorrió la sala. Todos eran víctimas. Era suficiente para que Judith tomara ventaja.

—La caja de empalmes principal está en su terreno. Así que he estado luchando con ahínco para conseguir acceso y podamos volver todos al bingo online. —Miró a un señor barbudo en el rincón—. O al Codere para usted, señor Cudgel. —El hombre levantó su taza en señal de acuerdo—. Y yo sé tan poco como todos ustedes. —Ignoró la duda retorciendo la cara de la señora Patterson, que se agriaba aún más cuando un murmullo de agradecimiento dio una vuelta de honor por la sala de té.

—¡Bien hecho! —dijo Timothy—. Y supongo que será un regalo para nuestro pequeño pueblo tener una invasión de prensa.

La señora Patterson puso los ojos en blanco. —Típico. ¡Y con la masacre de mis begonias en primera plana!

Una vez más, Judith reconoció en silencio el peso moral de la vegetación de la señora Patterson por encima del posible homicidio. Tendría que vigilar a esa.

Charlie chasqueó la lengua. —Con el maldito internet caído, no puedo poner mi habitación libre en Airbnb. —Captó la mirada de Judith—. Los periodistas no son impermeables. También necesitan un techo sobre sus cabezas. Y no hay mucho más por aquí.

—Es un punto muy bueno... —caviló Judith. Un vago plan estaba nadando por su mente. Sacó el móvil del bolsillo interior y observó que había perdido tres llamadas de Terry Hardman, que finalmente había dejado un mensaje de voz. Resistió el impulso de devolverle la llamada. Era mejor que se cociera un poco más hasta que hubiera

trazado un plan de acción en su mente. Tenía tres días antes de que las acusaciones se precipitaran sobre la familia. Sospechaba que Eastly no recibiría los análisis de huellas dactilares del frasco de pastillas antes de entonces, aunque se procesara como prioridad alta. Hasta entonces, solo tendría que guiarse por su instinto. Nunca le había fallado en el pasado.

Bueno, no demasiado a menudo, de todas formas.

JUDITH SE EXCUSÓ al salir de la sala de té y se dirigió hacia San Nicolás. Estaba refrescando, y la humedad en el aire estaba formando un velo de niebla. Escuchó el mensaje de voz. Terry sonaba inusualmente preocupado.

—Han liberado a mi padre, y tuve que fijar una fecha para el funeral. Toda la maldita familia quiere venir. Y uno de ellos puede ser un asesino. Realmente lo siento. No pudo haber sido un accidente. Mira... volveré tarde esta noche. Hablamos mañana.

A pesar de que no había coches en la carretera, Judith se había detenido en un paso de peatones para escuchar. Reprodujo el mensaje, concentrándose más en su tono que en las palabras. Definitivamente estaba estresado. ¿Por qué la liberación del cuerpo de su padre para el entierro sería más estresante que el hecho de que la policía lo retuviera en espera de una investigación por homicidio? Seguramente no podía estar preocupado por la atención de la prensa. Era precisamente el tipo de cosa con la que prosperaba. Hardman podía artísticamente extraer simpatía hacia sí mismo de las noticias más incómodas, así que eso no podía ser motivo de preocupación adicional.

¿O estaba preocupado porque la policía le sospechaba a él?

Judith guardó el teléfono y cruzó la calle mientras continuaba hacia la iglesia. Recordó el orden de los acontecimientos de aquella noche. Había oído a Terry y a Rebecca hablando en el salón. Más o menos al mismo tiempo, Clive Wilson saldría pronto por la puerta principal. Lo que indicaba que estaba en la casa con Stephen.

¿Se conocían Clive Wilson y Richard Hardman?

El DJ Gary Mercer se había alejado de sus platos porque Terry Hardman no le había dicho que empezara. Luego las cosas se habían torcido, y Richard Hardman había caído por la ventana. Posiblemente empujado o habiendo tropezado con una alfombra que desde entonces había sido movida.

Luego, Stephen tenía intención de marcharse rápidamente del país, un plan sin duda pospuesto a la espera del funeral. Un funeral que desencadenaría la lectura del testamento y revelaría el estado de la herencia que necesitaba. Y estaba en contacto con Clive Wilson, un hombre que quería hundir la carrera de Terry.

Todo se estaba acumulando contra Stephen. Excepto que Rebecca estaba en el mismo bote financiero, y era ella quien estaba a cargo de la medicación de Richard. Cuando el muro de piedra rojiza oxidada de la iglesia apareció a la vista, Judith empezó a preguntarse adónde estaba conduciendo la investigación del sargento Collins. Esperaba que al alimentar a la agente Eastly con cierta información, desencadenarían una reacción. Aunque no había tenido esa intención, se estaba volviendo cada vez más comprometida con la idea de probar la inocencia de Terry. Nunca había sido fan suya, pero se sentía atraída por su constante arremeter contra la opinión mayoritaria. No es que Judith se considerara anarquista, pero nunca había respetado a la autoridad, y apreciaba ese rasgo en Terry. Tampoco era fan de la injusticia, así que si alguien estaba realmente dispuesto a tenderle una trampa a Terry Hardman, eso le sacaba de quicio.

Caminó por el sinuoso sendero pavimentado que llevaba a la iglesia. Ninguna cantidad de recaudaciones de fondos había conseguido nunca repavimentar el traicionero camino de entrada a la iglesia. Varios tejados habían ido y venido, pero la entrada de la iglesia seguía siendo un guante que los incautos tenían que sortear para alcanzar la redención. Judith sospechaba que las lápidas cubiertas de musgo que bordeaban el sendero pertenecían a un par de víctimas que habían sufrido una caída fatal en ese mismo camino.

Un escalofrío la recorrió al cruzar el umbral. No es que fuera parte vampiro, pero había un descenso de temperatura definitivo. Nunca había sido religiosa. No tenía opiniones en ningún sentido y

siempre se había sentido fascinada por otras culturas, pero vivía bajo el concepto holístico de que la gente debería centrarse en estar viva, en lugar de preocuparse por lo que venía después.

Judith sintió un estremecimiento al entrar en la fría nave. Un par de ángeles de piedra miraban hacia abajo en lo que le habían asegurado que era una mirada benevolente, pero que ella encontraba hueca y acusadora. Aunque quizás eso no era más que un reflejo de su propia psique.

El padre Largy estaba ordenando el altar. Tenía la espalda vuelta hacia Judith y estaba inclinado. Su nombre real era el padre Patrick Largest, pronunciado idealmente con un floreo francés. Pero en algún momento, su parroquia había reducido eso a Largy, también pronunciado con una inflexión francesa porque nadie aquí era de mentalidades cerradas. El apodo no reflejaba al hombre. Era delgado, ágil, y siempre encabezaba el pelotón en los diversos eventos de atletismo que asolaban la comarca. Si acaso, había madurado a la manera de Clooney al entrar en los cincuenta y tantos.

Consciente de que caminaba con el sigilo de una pantera, Judith llamó. —Padre.

El padre Largy se irguió a su plena altura de un metro noventa, pero no se giró.

—¡Ah! ¿Podría ser esa la dulce música para los oídos de Judith Spears? —Se giró bruscamente, con una sonrisa iluminando su cara —. ¡Lo es! Has cruzado el umbral y no has ardido en llamas. ¡Qué alegría tan grande!

Judith le lanzó una mueca divertida. El buen padre era un gran fan de las viejas películas de terror de Hammer y a menudo colaba referencias en los sermones para su propio entretenimiento. Equiparaba la reticencia de Judith a asistir regularmente a los servicios con las tribulaciones del Drácula de Christopher Lee.

—Tranquilícese, Van Helsing —replicó Judith—. Espero no molestarle.

—De hecho, estaba a punto de buscar voluntarios para ayudar a arreglar el sitio un poco. —La insinuación era deliberadamente obvia.

—Buena suerte con eso. Para el funeral del famoso, supongo.

—¿Ya te has enterado?

—El pueblo está zumbando de cotilleo. Creo que tendrá que mantener a raya a los voluntarios entrometidos con horcas si no tiene cuidado. Aunque yo sugeriría que Richard Hardman difícilmente es un famoso.

—Me han advertido de que lo seguirá una enorme caravana mediática. —Su voz bajó hasta un susurro que resonó—. Empujado por una ventana, he oído.

—¿Empujado? ¿No cayó? Interesante elección de palabras.

El padre Largy rodeó el altar señalando hacia los cielos. —El todopoderoso todo lo ve.

—Entonces quizás la policía debería entrevistarle. —Largy emitió una tos incómoda, lo que llevó a Judith a cambiar de tema—. He estado ayudando a la policía a llegar al fondo de la verdad. —Captó su mirada inquisitiva—. Estaba en la fiesta cuando ocurrió. Junto con toda su familia —añadió rápidamente cuando sus cejas se dispararon hacia arriba.

—¿Qué pasó?

—Es confidencial. No hace falta decir que es importante que asista al servicio aquí.

—Solo para la familia, me temo.

Judith no dudaba de que Terry Hardman no pondría objeciones a su presencia, pero calculó que levantaría inquietudes en los otros dos, y eran ellos a quienes quería observar.

—Estoy segura de que puede hacer algo. Al fin y al cabo, esta es su jurisdicción. —Gesticuló a su alrededor.

—No exactamente la mía. No soy más que un custodio.

Judith puso los ojos en blanco. —Seguro que puede organizar algo.

Los ojos del padre Largy recorrieron la iglesia mientras le asaltaba un pensamiento. A Judith no le gustó el aspecto de la sonrisa que se extendía por su cara.

—Como ya dije, estoy buscando algo de ayuda...

Sostuvo el plumero entre el índice y el pulgar y lo balanceó frente a Judith. Con un suspiro cauteloso, ella lo tomó.

—¿Qué es exactamente lo que hay que limpiar?

La sonrisa del padre Largy se ensanchó. —Todo.

23

Los días previos al funeral estuvieron repletos de frustración y de un dolor de espalda persistente para Judith Spears. Sacrificó dos días en el altar de sacar brillo a la iglesia de San Nicolás bajo las instrucciones del padre Largy. Era más parecido a un dictadorzuelo de lo que ella habría imaginado, pero le garantizó que estaría en el funeral acomodando a los dolientes. Un papel sobre el que la familia Hardman no podría protestar.

Terry Hardman regresó a su finca pero no tuvo tiempo de hablar con Judith, lo cual fue un alivio, ya que tenía pocos avances que comunicarle. Los hermanos estaban ocupados organizando el funeral y el velatorio que tendría lugar en la casa. Rebecca fue vista en la floristería de la calle mayor encargando coronas, y Terry había hecho una visita a la iglesia. Solo Stephen Hardman brillaba notablemente por su ausencia.

Las aguas de la inundación fueron retrocediendo, y la vanguardia de periodistas fue llegando en tropel. El pueblo había estado descaradamente activo en convertirse en el mayor vórtice de alojamientos Airbnb con precios desorbitados del condado, pero se reservaron rápidamente. Judith incluso había ofrecido la habitación libre de su casita, aunque, fiel a su estilo, había sido algo más proactiva que la mayoría. No dejaría a su huésped al simple azar.

Agotada por su trabajo forzado en la iglesia, pasó las tardes preparando la habitación libre, que estaba llena de cajas de recuerdos que tuvo que apretujar en armarios, roperos y el desván. Las arañas fueron desalojadas por la fuerza, y el colchón lleno de bultos, dado la vuelta y reforzado con embalajes de cartón entre los crujientes listones. Si su huésped se atrevía a quejarse, podría señalar que había conseguido semejante lujo a la mitad del precio que el resto del pueblo estaba cobrando.

A las 20:34, buenos cincuenta minutos más tarde, la cámara del timbre alertó a Judith de que su visitante llegaba, momentos antes de que sonara el timbre.

—¡Buenas noches! —exclamó radiante, abriendo la puerta de par en par y gesticulando hacia el interior.

—¿La señorita Spears? —preguntó el hombre con gabardina. Su cara era redonda, efecto amplificado por su cabeza calva y lisa, bordeada por un seto de pelo negro sobre las orejas que se aferraba como musgo fino a la parte posterior de su cráneo. Un bigote grueso y perfectamente recortado se balanceaba en su labio superior mientras hablaba. Atraía la atención de Judith, como una serpiente encantada que se mece. Tenía todo el aspecto de lo que Judith esperaba.

—¿Clive Wilson? ¡Por favor, pase!

El periodista llevaba una bolsa para portátil en una mano y una mochila pequeña al hombro. Judith le mostró su habitación, forzando una sonrisa cuando las comisuras de sus ojos se arrugaron con desaprobación. Luego le dejó para que se aseara mientras preparaba un café y tostaba unos bollos de miel. Le recordaba de la fiesta. Había entrado con Stephen. También estaba bastante segura de haberle visto llegar en el Mini detrás de ella.

Había apuntado al periodista con correos electrónicos desde una dirección de Airbnb falsa que había creado la misma noche que había salido de la sala de té. Era fácil de hacer, y algo en lo que se había apoyado en el pasado. Al mismo tiempo, había tomado fotos de la casita y rápidamente configurado una página en el sitio web de Airbnb. Había recibido decenas de consultas gracias al bajo precio que había fijado, pero las rechazó todas. Estaba pescando a Wilson,

y picó el anzuelo. Ahora le tenía donde quería. Un huésped pagando por ser interrogado por la posadera.

—¿Así que es periodista? —preguntó, sirviéndole una taza de té de la tetera que raramente usaba. Incluso le había puesto un cubre-tetera para mayor efecto.

—Así es. Supongo que como la mayoría de los que llegan. ¿Qué sabe usted de los Hardman?

Menuda forma de entrar en materia, pensó.

—Oh, se mantienen bastante en su círculo, la verdad. Aparte del ocasional coche deportivo rugiendo por el pueblo. La explosión de vez en cuando y demás. Es agradable tener a alguien famoso viviendo aquí. ¿Para qué periódico trabaja?

Wilson untó escrupulosamente la mantequilla por su bollo de miel. —Freelance. Vendo mis historias al mejor postor.

—¡Qué fascinante! ¡Debe llevar una vida muy emocionante! —Se sentó y le miró con admiración.

—Puede ser... sí. Supongo que sí.

—Y debe tener una historia maravillosa si intenta vendérsela a periódicos que también han enviado a todos sus periodistas aquí.

Juraba que su bigote se estremeció cuando mordió el bollo y la miró de reojo.

—Muchos somos freelance ahora. Siempre buscando el ángulo, ya sabe. ¿Ha conocido a Terry?

—¿Alguien como yo? —agitó la mano de manera desdeñosa—. Una vez conocí a Carlos Herrera. Hace muchos años. ¿Le conoce usted?

Wilson sacudió la cabeza. —Carlos Herrera no era mi tipo de comunicador.

—Me refería a Terry Hardman. Debe de ser usted un gran fan para querer cubrir este momento tan bajo en su vida.

De nuevo, el bigote se contoneó como la falda de una bailarina hawaiana.

—Es un zoquete con opiniones. Cuando alguien como él tiene acceso a un público tan ignorante, debe tener cuidado con lo que dice. Terry Hardman no es un hombre cuidadoso.

—Ah, esperando bajarle los humos un poco, entonces. Me atrevería a decir que hay algunos aquí que le animarán.

—Creo que cuando haya terminado con él, todo el mundo me estará animando.

—¿Y un funeral es realmente el lugar para pillarle con las manos en la masa?

Clive usó el trozo de papel de cocina que Judith había provisto como servilleta para limpiar la grasa mantecosa de sus labios y el bigote.

—Son los lugares donde los secretos familiares tienden a escaparse. ¿Qué hay de su padre? ¿Conoció usted al fallecido?

Judith hizo una pausa para mayor efecto y para ajustar su actitud jovial a una convenientemente sombría. No dejaría que pequeñeces como los hechos se interpusieran en su camino.

—Sí. No muy bien, por supuesto. ¿Cómo podría uno conocer realmente a un hombre tan enigmático? Pero estoy segura de que usted conoce a la familia mucho mejor que yo.

La vacilación de Clive fue tan fugaz que un observador casual no la habría notado.

—No. Solo a Terry, y solo en capacidad profesional. ¿Qué puede contarme de su padre?

Los ojos de Judith recorrieron la cocina mientras pensaba en hasta qué punto podía desorientar al periodista. Independientemente de su postura sobre su cliente, y reconocía que sus puntos de vista parecían válidos, ya había decidido que era arrogante. Si bien su misión era mantener a Terry fuera del foco de atención, si Clive Wilson planeaba arrastrarle hacia él, entonces debería asegurarse de que su historia estuviera tan llena de falsedades que fuera rechazada de plano.

—El querido Richard era todo un encanto, aunque eso podría deberse todo a su medicación. Tan tranquilo y sonriente. Ah, y también muy derrochador. Aunque de dónde sacaba el dinero, nunca lo decía. Pero decía que era de su propio patrimonio.

Clive resopló y asintió. —¿De verdad? Según se rumorea, sacaba dinero de su famoso hijo. Más probablemente, Terry estaba usando a su padre para ocultar cosas de Hacienda.

—¿En serio? ¿De verdad? Eso explicaría muchas cosas, ¿verdad?

Su mente corría a toda velocidad. No le cabría en la cabeza que Terry Hardman no evitara pagar su parte justa de impuestos, y coaccionar a su padre para que entrara en el esquema sería la manera más fácil.

Clive continuó, calentando en su asesinato de reputación. —Y su divorcio fue también un asunto bastante feo. Puede que ella se llevara casi la mitad de todo, pero sospecho que era solo la mitad que se podía ver.

—¿Estaba ocultando dinero?

—¿Le dio Richard alguna indicación de que estaba bajo coacción de su hijo?

Judith de repente lamentó haber jugado al juego de las mentiras con una serpiente. Tenía que andar con cuidado.

—Estaba encantado de pasar tiempo en la casa con Terry. Supongo que... —vaciló y tomó un sorbo de té, dándole tiempo a Clive para que la animara.

—¿Sí?

—Nada en realidad. Solo que tenía la sensación de que quizás había algo ligeramente problemático con Stephen. —Le dedicó una sonrisa débil—. Es el otro hijo.

Clive asintió y abrió la boca, pero se contuvo antes de admitir que le conocía. —Ah, ¿de verdad? Terry nunca ha dicho mucho sobre sus hermanos.

—Supongo que no se mueven en sus mismos círculos sociales. —Clive asintió en señal de acuerdo y tomó un sorbo de su bebida—. Así que no tendría forma de hablar con ellos.

—Sí. Una pena, la verdad.

Judith asintió en señal de acuerdo. Su negativa cementaba el hecho de que Clive Wilson y Stephen Hardman estaban confabulados. La naturaleza de tal confabulación seguía siendo una incógnita, pero al menos podía hacer algunas deducciones sólidas. Stephen había contactado con Clive Wilson, y la única razón para hacerlo era sabotear la carrera de su hermano. Aparte de la envidia y el rencor, ¿por qué tomarse tanto esfuerzo? Si su padre había estado ocultando algunos activos de Terry al ojo del fisco y de la ex

esposa, entonces Stephen no podría beneficiarse financieramente de semejante revelación.

Tendría que reflexionar más sobre las implicaciones. El funeral era mañana, y suponía que la lectura del testamento sería días después. También debería ponerse al día con el sargento Collins para averiguar exactamente qué tenía intención de hacer.

Clive Wilson tenía razón. Los funerales eran lugares donde los secretos tendían a escaparse. Y sospechaba que a partir del día siguiente, podría empezar a correr un torrente.

24

El funeral estaba programado para la tarde, pero el pueblo estaba zumbando de actividad desde el amanecer mientras los periodistas montaban su campamento alrededor de San Nicolás. Clive Wilson hizo una salida temprana de la casita después de que Judith le preparara un desayuno frito, descubriendo solo entonces que un Airbnb era un nombre inapropiado; la última «b» nunca se servía. Aunque tampoco es que «colchón de aire» sonara bien.

Salió abruptamente, dejando el baño hecho un desastre. Judith se horrorizó al descubrir que el hombre había dejado más pelos rizados en la ducha de los que posiblemente podía tener en la cabeza. Tendría que descontaminarlo más tarde. Su prioridad ahora mismo era seguir discretamente al periodista mientras hacía sus rondas por el pueblo.

Con la calle mayor bullendo de actividad y una fila de furgonetas de noticias aparcando para cubrir el evento, no fue difícil para Judith pasar desapercibida. Le decepcionó ver que no se dirigía hacia la casa de los Hardman, sino que deambulaba por la sala de té, intercambiando reacios gestos de reconocimiento con algunos colegas periodistas. Le llamó la atención la reacción general de sorpresa con que le miraban. Claramente no esperaban verle por aquí.

Dos veces respondió al teléfono y se replegó en un rincón oscuro para mantener una acalorada conversación con quien estuviera al otro extremo. Después de la primera hora, Judith empezaba a hartarse de seguirle. Era obvio que estaba esperando su momento, y era poco probable que Stephen hiciera una aparición pública con él.

Estaba a punto de entrar en la sala de té cuando vio al sargento Collins con un sensato traje negro, y a la agente Eastly con un vestido negro que pertenecía a un bar de cócteles. Al menos tenía la humildad de parecer avergonzada por ello. Judith dio un paso hacia ellos pero giró en la otra dirección cuando vio otra cara conocida escabulléndose a través de la falange de prensa y entrando en la iglesia.

Era la tía Gwen.

Judith emitió todos los resoplidos adecuados cuando el agente Barry, el policía local uniformado que hacía las veces de fuerza del orden los días ocasionales en que pasaba por el pueblo, le cortó el paso. Iba acompañado de dos fornidos agentes de la Policía Local que se estaban tomando su trabajo de mantener a la gente fuera de la iglesia con demasiada seriedad.

—No se permite la entrada a nadie —resopló uno de ellos, que al parecer era mujer.

Judith lanzó una mirada de molestia. —Se supone que debo estar aquí, querida.

—Eso debe ser una primicia —soltó el agente Barry—. ¿Husmeando en busca de autógrafos?

—¡Oh, agente Barry, cuánto echo de menos sus bon mots!

—¿Sus bon-qué?

—En cualquier caso, el padre Largy me ha pedido que le asista en el servicio. Especialmente porque conozco a la familia Hardman y he estado ayudando al sargento Collins en su ya-sabe-qué.

Los agentes de la Policía Local intercambiaron miradas desconcertadas, pero el agente Barry había hecho la deducción. El juego sucio que rodeaba la muerte de Richard no era muy conocido fuera del pueblo, lo que significaba que Judith probablemente tenía información privilegiada. Si bien estaba más que dispuesto a frenar e irritar a Judith Spears en cualquier día normal, no le apetecía un

enfrentamiento cuando ella tenía razón sobre algo. Señaló hacia el sinuoso camino de la iglesia.

—Entonces no voy a detenerla. Y tenga cuidado con el paso.

Judith le dedicó un resoplido de superioridad ofendida y se dirigió hacia la iglesia. No se sentía superior, pero le gustaba irritar al agente en cada oportunidad que se presentaba.

La iglesia lucía espléndida, lo cual se debía en no poca medida a las horas de trabajo que Judith y un par de colaboradores más habían invertido. Los bien intencionados habían añadido un verdadero claro de bosque al evento. Encontró a Gwen hablando con el padre Largy, que tomaba notas en un pequeño bloc de espiral. Judith esperó hasta que terminaron. Gwen se dio la vuelta y la miró sorprendida.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí —dijo Gwen irónicamente.

—Para ser justa, no preguntó exactamente por qué quería hablar con usted.

Gwen levantó la mano. —No se preocupe. El detective dijo que tiene usted el hábito de entrometerse, y por Rebecca supe que ha estado rondando por la casa a petición de Terry.

—Intentando ayudarles a todos —dijo Judith con gracia.

La ceja de Gwen se agitó ligeramente. —¿De verdad? ¿Y ya ha llegado al fondo de quién está manipulando la herencia de quién?

—Ah, así que cree que hay un testamento. Lo que significa que realmente cree que Richard tenía ahorros sustanciales.

—Que dijo que me iba a dejar a mí.

—¿Pero ahora...?

El inicial arrebato de ira de Gwen se desinfló. Con un suspiro, se desplomó en un banco.

—Ahora realmente creo que al pobre Richard le estaban acorralando.

Judith se sentó a su lado. —¿Quién cree que fue?

—Rebecca ha estado dejando mensajes. Pequeñas bombas de palabras llenas de acusaciones y paranoia. Cree que voy a quitarle lo que es suyo, y que Terry va a echarla a la calle.

Judith recordó las voces mesuradas que había oído la noche de la muerte de Richard. Rebecca y Terry habían sonado preocupados,

pero civilizados, no como dos hermanos rivales. Y ella estaba con Terry cuando murió su padre. Lo que sugería que había más de un mal actor involucrado.

—¿Por qué cree ella esto?

Gwen puso los ojos en blanco. —Porque siempre ha tenido mentalidad de víctima. Se sintió atada cuidando a su padre. Se suponía que era una manera de que pasaran más tiempo juntos. Al menos eso es lo que me dijo Richard. Ella lo veía como un castigo.

Judith jugó con esta nueva perspectiva de Rebecca. Una mujer amargada, que veía el cuidado de su padre como un castigo, y la responsable de administrar su medicación. Un nuevo ángulo le asaltó.

—¿Cómo considera a Stephen en todo esto?

—Una pérdida de espacio. Eran niños raros. En realidad no se aborrecían mutuamente, pero se movían el uno alrededor del otro como fantasmas. —Gwen miró al suelo, perdida en sus pensamientos. Luego soltó una risita—. Nunca lo había pensado antes, pero vivir bajo el techo de Terry debió haber recordado su infancia, y a ella no le habría gustado nada. Probablemente lo vería como otro castigo.

Judith observó al padre Largy recolocar las flores por meros milímetros en el peor intento de escuchar disimuladamente a escondidas.

—¿Cuándo es la lectura del testamento?

—Todavía nada del notario. Sé que Terry intentó visitarle en Londres el otro día, pero no consiguió cita.

—¿Así que ha hablado con Terry?

Gwen emitió un resoplido desdeñoso al estilo de un caballo. —Si cuentas como hablar el que me llamara para insultarme, entonces sí.

—¿Qué pasó?

—Oh, simplemente Terry echando la culpa a diestro y siniestro. Al parecer, tuvo un encontronazo con algún periodista en Londres. Quiero decir, ¿cuándo no? Pero exigía saber si yo le había hablado a alguien de Linda. —Bajó la voz y miró la parte de atrás de la cabeza del padre Largy—. Quiero decir, ¿por qué iba a hacerlo? La familia aprendió hace tiempo que ni siquiera hay que comentar delante de

las cámaras con qué novia le habían pillado. Eso ha arruinado la vida de muchas pobres chicas. Así que con esta, pensé que la había acertado. No todo el mundo lo sabía. Me pregunto si Stephen o Rebecca sabían lo serios que estaban.

Judith envolvió su ignorancia en una manta de complicidad absoluta. —Por supuesto. La discreción es fundamental. Ni siquiera me la señaló —añadió.

Gwen se rió entre dientes. —Era la pelirroja guapa. Se quedó en la parte de atrás de la habitación cuando llegó la policía. No quieren que su relación quede registrada.

Un recuerdo de la mujer de pie junto a Maggie cruzó por su mente. —No, eso no estaría bien —dijo Judith, aunque fue un esfuerzo mantener la sorpresa fuera de su voz—. Pero estuvo allí todo el tiempo. Qué suerte que nadie se fijara.

—Por eso se quedó en el salón la mayor parte de la fiesta, charlando.

Judith se irguió de golpe. Había supuesto que Terry había estado hablando con su hermana... pero ahora resultaba que podía haber sido esta misteriosa novia. Lo que significaba que Rebecca no tenía la coartada que todos creían que tenía. Recondujo sus pensamientos al asunto que les ocupaba.

—¿Por qué la acusaba de hablar de Linda? —intentó que el nombre sonara familiar al salir de su lengua.

—Porque por eso el periodista le estaba atacando.

—¿Dijo por casualidad quién era el periodista?

Gwen asintió. —Su archinemigo. Clive Wilson. Descubrirá que esos dos tienen bastante historia. Especialmente porque Terry consiguió que le echaran del periódico.

25

Las aguas de la inundación quizás habían retrocedido, pero Telefónica seguía sin poder llegar al pueblo y restaurar la conexión a internet, que era lo que Judith necesitaba más que nada ahora mismo. Como si eso no fuera suficiente, la conexión a internet de su móvil era casi inutilizable a causa del circo mediático que había llegado al pueblo. Necesitaba saber más sobre la nueva novia de Terry y el pasado acrimonioso entre él y Clive Wilson.

Sus primeros resultados no arrojaron nada sobre una nueva novia llamada Linda, lo que indicaba que seguía siendo un secreto. Después de sostener el teléfono por encima de la cabeza con la esperanza de que superara el uso del móvil de los demás, finalmente encontró un artículo sobre cómo Terry Hardman había demandado a un periódico por los hechos que llevaron a su divorcio. Había habido un sustancial pago económico, gran parte del cual fue a parar a su ex esposa, y el periodista que publicó la historia fue despedido. Clive Wilson. El artículo incriminatorio estaba oculto tras un muro de pago, pero fuera lo que fuera había arruinado la carrera de Clive y parecía haberle convertido en tóxico incluso para los medios más notorios. Terry Hardman había arruinado su vida.

La etiqueta funeraria no era algo con lo que Judith estuviera familiarizada. Como regla general, intentaba pasar más tiempo en el

extremo vivo de la escala que en el inevitable. Lo cual era irónico dado que se había embarcado en esta tardía carrera como investigadora aficionada, que generalmente la traía al punto de partida.

Resistió su instinto natural de microgestionar y se situó en la entrada como le había indicado el padre Largy, repartiendo las tarjetas del servicio a medida que llegaban los dolientes. Pero primero, como dictaba el protocolo, entró la estrella del espectáculo.

Los sombríos tonos de Chopin resonaron desde un altavoz en el rincón cuando el ataúd de madera oscura de Richard Hardman entró sobre los hombros de cuatro portadores. Con cara grave, Terry y Stephen encabezaban el camino, dificultados ligeramente por la diferencia de estatura. Un par de empleados de la funeraria soportaban la otra mitad, con Rebecca guiando al resto del cortejo. Vestía completamente de negro, con un velo de medianoche sobre la cara, lo cual Judith consideró absolutamente innecesario en estos tiempos.

Terry ignoró a todos mientras arrastraba un pie delante del otro siguiendo al padre Largy. Captó un destello de molestia de Stephen cuando echó un breve vistazo en su dirección.

Afortunadamente, el agente Barry tenía el deber de mantener a los indeseables fuera, así que Judith tenía el lujo de estudiar a los dolientes, que eran en su mayoría caras conocidas de la fiesta. Para la mayoría habrían sido una serie intrascendente de retratos, pero la afilada memoria de Judith los reposicionó en el jardín, permitiéndole construir un mapa mental de dónde estaban en relación con el puesto del DJ.

Gwen se sentó detrás de Rebecca, pero había una distancia obvia entre ellas, y ninguna de las dos parecía querer consolar a la otra. Tras una oleada de familia vinieron amigos y personas que querían presentar sus respetos y que no prestaron ninguna atención a Judith. No había señales de la misteriosa Linda, y Clive Wilson no había conseguido atravesar el cordón policial.

La gente fue tomando asiento entre un suave murmullo mientras el padre Largy subía al estrado y sacaba su bloc de notas. Judith había echado un vistazo cuando lo dejó por ahí tirado. Estaba lleno

de declaraciones tomadas de la familia que pintaban a Richard Hardman como un padre amoroso y muy echado de menos. Una chuleta para el cura que nunca había conocido al hombre pero que ahora era quien le guiaba fuera de este mundo y hacia el siguiente.

Judith tomó asiento en la parte trasera de la congregación para poder vigilar la nave de sospechosos. La cabeza de Terry permanecía caída mientras miraba al suelo. La cabeza de Rebecca se balanceaba ocasionalmente cuando un pañuelo era levantado para secar lágrimas. Era significativo que Stephen se sentara en el lado izquierdo de la iglesia, alejado de sus hermanos. Aunque los detalles de lo que eso decía eran actualmente un enigma para Judith. Su cabeza era como la de una suricata, girando constantemente para estudiar a los demás dolientes.

Estaba tan absorta observando a la gente que solo el suave crujido del extremo de su banco alertó a Judith de que el sargento Collins y la agente Eastly se habían sentado. Dio un pequeño gesto de saludo e intentó ignorar la expresión divertida de Collins. Su mirada volvió a las nucas de los presentes.

Se rindieron homenajes, se cantaron oraciones y se derramaron lágrimas, todo en nombre de dejar ir a un ser querido. O al menos a uno razonablemente bien querido. A Judith le llamó la atención que no había oído a ninguno de los hijos decir cuánto echaban de menos o querían a su padre. Como hija única, y sin hijos propios, había crecido creyendo que el entorno en el que los hijos y los padres declaraban sus sentimientos más íntimos era algo que solo se veía en los lacrimógenos programas de televisión americanos. Sin embargo, tenía que reconocer que la gente, incluso los británicos, hacía tales cosas. Especialmente ante una muerte en la familia. Y los tres habían estado silenciosamente absortos en sí mismos. Sintió un atisbo de lástima por Richard. ¿Le importaba realmente a su familia? ¿Le habían tolerado simplemente por su dinero oculto? Por otro lado, ¿había sido un buen padre? Según el elogio, había sido ejemplar, pero el fruto de sus entrañas ponía eso en entredicho.

Una repentina ola de duda se abatió sobre Judith. ¿Quién la echaría de menos cuando llegara el momento? Había tenido muchas amistades por todo el mundo cuando era más joven, pero las

circunstancias la habían llevado a Little Pickton. ¿Alguien aquí la echaría de menos? Quizás tendría suerte y conseguiría una placa en la biblioteca. O una en la caja de empalmes de Telefónica si alguna vez volvía a funcionar. Esta era la razón por la que Judith evitaba las iglesias y los funerales. Eran un recordatorio de que el lugar de uno en el mundo era efímero, y en su caso, salpicado de síndrome del impostor.

De repente se sintió mareada y cansada. Una sensación que no ayudaba el tono monótono del padre Largy. Se agarró al banco que tenía delante para ayudarse a ponerse de pie, y luego salió rápidamente. Solo los dos agentes la vieron salir.

Fuera, Judith tragó bocanadas de aire mientras se apoyaba contra la pared de la iglesia. El frío húmedo la revivió, y cuando abrió los ojos, captó a un puñado de fotógrafos tomándole fotos. Frunció el ceño y les dio la espalda, pero no antes de ver a Clive Wilson parado detrás del muro perimetral, más lejos que la burbuja principal de la prensa, hablando por teléfono de una manera encorvada que gritaba necesidad de discreción. Respiró profundamente y se giró para volver a entrar en la iglesia, pero el sargento Raymond Collins le bloqueó el paso. Judith soltó un grito de sorpresa.

—¡Detective! Me ha asustado.

—¿La normalmente imperturbable señorita Spears? —dijo con media sonrisa—. No pensaba que eso fuera posible. La vi salir corriendo.

—Me sentí un poco mal ahí dentro. No me gustan las iglesias cargadas. Ni los funerales.

—En cuanto a los funerales estoy de acuerdo, pero las iglesias suelen ser bastante agradables. Ayudan a darle a uno una perspectiva de la vida.

Judith observó que no se había apartado. Señaló la puerta. —Será mejor que vuelva dentro antes de que alguien más se dé cuenta.

—Me atrevería a decir que no. Terry se levantó para dar un discurso. Apuesto a que es un setenta por ciento sobre él.

Judith se cruzó de brazos. Podía notar que el detective estaba aprovechando la oportunidad de tenerla a solas, así que consideró mejor tomar el control de la situación.

—Ya que estamos en el funeral, supongo que no hubo señales de juego sucio.

—Nada concluyente. Pero ya sabe lo que eso significa.

—¿Lo sé?

—Si es la misma Spears que vivió en Escocia un tiempo y anduvo husmeando en algunos casos espantosos de allí, hace seis años.

—A las células grises les viene bien mantenerse activas.

—Las suyas deben estar funcionando a pleno rendimiento. El sargento de allí dijo que fue muy útil. Tenía bastantes cosas buenas que decir de usted.

—Es muy amable de su parte buscar elogios sobre mí.

—No lo hice.

—Bueno, no soy maldito TripAdvisor, así que no necesito puntuaciones. Supongo que estaba descartándome de sus investigaciones.

—Bueno...

—¿Así que lo hice yo? —soltó irritada—. ¿O estoy descartada?

La boca del sargento Collins se abrió como la de un pez. No esperaba un duelo verbal. Balbució:

—Ese no es exactamente el punto, señ...

—Ah, y mi estado civil vuelve a asomar su fea cabeza. —Puso una mano sobre la de él y la apretó suavemente—. Me siento halagada, detective, pero me temo que simplemente no es mi tipo.

Una vez más, Raymond Collins se encontró confundido. Retiró la mano de un tirón y se recompuso. —Señorita Spears, estoy intentando establecer su carácter. Quizás he compartido demasiado en una investigación por homicidio de tan alto perfil y necesito ser consciente de sus credenciales.

—¡Así que ahora es una investigación por homicidio! —La cara de Judith se iluminó de alegría que admitió que estaba fuera de lugar durante el funeral de la víctima. Rápidamente recompuso su expresión en algo más neutral.

Raymond Collins volvió a balbucear, irritado por su propio error.

—Judith, por favor...

Judith se inclinó hacia él y bajó la voz. —Lo entiendo, Raymond. —Señaló hacia arriba, atrayendo momentáneamente su mirada hacia la aguja—. Los de arriba no aprueban que los investigadores privados se enreden en los asuntos oficiales. Quedaría muy poco profesional si supieran todo lo que me ha contado. Podría incluso perjudicar el caso. —El sargento Collins se puso visiblemente pálido mientras Judith señalaba hacia los reporteros acechando en los márgenes—. Y especialmente delante de toda esa gente. Sería aún peor si yo resolviera el caso antes que usted. —Dejó las palabras suspendidas en el aire, disfrutando de su incomodidad mientras el canto de graves en la iglesia ascendía hasta un crescendo. Luego suspiró mientras su naturaleza traviesa volvía a posarse sobre su hombro. A pesar de su mejor juicio, le caía bien el torpe detective—. Pero no se preocupe. No llegará a eso. Me aseguraré de que consiga a su hombre... o mujer. La igualdad de derechos y todo eso. Y no tiene por qué preocuparse por mí. Puede que tenga un pasado que no quiero revivir, pero puedo asegurarle tres cosas: no tengo antecedentes penales, no soy una ex espía como ciertas damas mayores, y desde luego no tengo ningún deseo de llevarme el mérito. Trabajaré con usted...

Antes de que el sargento Collins pudiera abrir del todo la boca para corregir «con» por «para», ella le colocó un dedo sobre los labios y habló por encima de él.

—Y usted puede cosechar todas las recompensas. Créame, tengo habilidades que no encontrará en la policía convencional.

—Como hackear el móvil de un sospechoso.

—Completamente idea suya. Y hackear es una palabra muy cargada. Simplemente lo miré. Y puedo decirle que Stephen Hardman está metido en algún asunto con Clive Wilson. —Miró de reojo en la dirección de Wilson. Seguía al teléfono—. Es el tipo furtivo con cabeza de piruleta. También estaba en la casa aquella noche. Le vi llegar. —Tomó cierto deleite en la preocupación que fruncía la frente de Collins—. ¿Ve qué equipo formamos? Ahora, volvamos dentro antes de que alguien sospeche que estamos conspirando delante de la prensa.

El sargento Collins tomó su señal y volvió a entrar en la iglesia. Judith se detuvo antes de seguirle. Aquella había sido una hábil esquivada, pero sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que el buen detective empezara a hacer las preguntas correctas. Esas serían más difíciles de esquivar. Se sintió satisfecha de haberle distraído con la verdad.

Bueno, dos de cada tres verdades eran perfectamente adecuadas.

26

El funeral prosiguió con la habitual monotonía bien ensayada. Judith y los dos detectives se mantuvieron en la retaguardia mientras el ataúd era llevado trescientos metros hasta un rincón del cementerio y bajado a la tumba recién excavada, que estaba justo al alcance de las cámaras de la prensa. Luego, tras un breve paso por el gauntlet periodístico, tocaba ir a Beaconsfield Manor para el velatorio, que llegaba en el momento perfecto ya que el estómago de Judith estaba haciendo firmes exigencias.

—Los de queso, sin duda —dijo Judith con autoridad mientras mordía otro triángulo de precisión. Se había aferrado a Gwen en el velatorio de Richard Hardman e intentaba pasar desapercibida, lo cual no era una tarea sencilla para alguien que irradiaba entrometimiento como un faro. Había pillado brevemente a Terry y le había expresado sus condolencias. Él simplemente asintió de una manera profundamente distraída. Rebecca también había intercambiado unas palabras de agradecimiento, pero Stephen se las había arreglado hábilmente para mantenerse al otro lado de la habitación. Cada vez que Judith se movía hacia él, él cambiaba de posición como un prestidigitador. Dos veces le sorprendió lanzando miradas irritadas en su dirección. Ahora estaba discutiendo sobre la comida de los funerales con la tía Gwen mientras migas de queso rallado caían a la moqueta.

—El queso en lonchas —añadió Judith con un suspiro—. ¿Quién quiere un sándwich que se autodestruye cuando le muerdes?

—Jamón —dijo Gwen, asaltando la bandeja junto al montón de queso—. No falla un poco de jamón de lata.

Judith se estremeció. —¿Jamón de lata? ¿Qué pasa con el jamón de verdad? ¿O los vegetarianos, ya puestos?

Gwen habló mientras daba medio mordisco. —Los vegis tienen queso. ¿Y quién ha oído hablar de un velatorio vegetariano?

—Deben existir —dijo Judith mientras escudriñaba la habitación en busca de señales de Clive Wilson—. Sé que se supone que es un estilo de vida saludable, pero incluso los vegetarianos se mueren.

—Los muertos no estarán comiendo sándwiches en el velatorio.

—Buen punto. —Divisó a los dos detectives manteniéndose aparte en el rincón de la habitación, y al hacerlo, se fueron haciendo cada vez más obvios, como el proverbial elefante en la habitación. Judith añadió—: Y que Dios ayude a los veganos.

—Creo que todos podemos identificarnos con eso.

—Fue un servicio muy bonito —dijo Judith, leyendo de su libro de guiones internos de condolencias.

—¿De verdad? —Un hombre chocó con las dos y murmuró una disculpa. Judith estaba demasiado concentrada en su conversación para prestarle atención. La mayoría de los dolientes ya habían arrasado con el vino gratuito, así que era solo cuestión de tiempo. Gwen continuó—: El cura no sabía absolutamente nada del pobre viejo Richard. Yo añadí lo de que coleccionaba ranas. Todo inventado, por supuesto. Nadie pestañeó.

—Te vi mirando alrededor.

Gwen cogió otro sándwich y lo olió con suspicacia. —Atún. Elección curiosa para un velatorio, ¿no crees? Debería escribir un libro sobre esto. —Luego miró a Judith de soslayo—. Manteniendo un ojo vigilante sobre todos nosotros, ¿eh?

—Naturalmente. —Judith observó a Stephen, que ahora ignoraba a un tío anciano en favor de su teléfono. Por su reacción, no le estaba gustando lo que leía. Le dio al tío un brusco gesto con la cabeza y empezó a abrirse paso entre la gente para salir del salón.

Sin mirar, Judith agarró un sándwich de atún de la bandeja y se guardó un rollo de salchicha para después, y luego le siguió.

Supuso que Stephen se dirigía al ala este y a la puerta principal, así que se detuvo en el corto pasillo justo fuera del salón y se esforzó por escuchar el sonido de la puerta contra el murmullo borboteante de los dolientes. Fue el suave crujido de los escalones de madera siendo ascendidos rápidamente lo que le dijo que el asunto de Stephen estaba en el piso de arriba. Salió de su escondite y se deslizó hasta la escalera más alejada más allá de la puerta de entrada, alarmada de que el suelo de madera crujiera con traición. Distribuyendo su peso hacia los extremos de los escalones, subió rápidamente. Sabía que esta escalera llevaba al primer piso, y no más allá hacia donde Richard había estado confinado. Redujo el paso en el rellano antes de continuar subiendo. Ahora podía oír voces, nada más que siseos y susurros acalorados. Stephen y un hombre. Aunque no podía distinguir las palabras, estaba segura de que el recién llegado era Clive Wilson. En lo alto de las escaleras, se asomó descaradamente por la esquina. El pasillo estaba despejado, y la conversación se filtraba desde una de las habitaciones laterales. No era el dormitorio de Stephen. ¿Podría ser el de Rebecca?

Las voces subieron hasta acusaciones siseantes. Las sombras se desplazaron y los pasos se acercaron a la puerta. Judith retiró la cabeza para no ser vista y se preparó para bajar corriendo las escaleras, pero los que hablaban continuaron por el pasillo, alejándose de ella. Se asomó hacia delante y vio las espaldas de Stephen y Clive Wilson desapareciendo por la escalera que llevaba a la habitación de Richard.

Silenciosa como un ruidoso ratón, Judith se coló por el pasillo y entró en el dormitorio vacío, cuya puerta habían tenido la amabilidad de dejar abierta. Era el dormitorio de Rebecca, eso estaba claro por la ropa esparcida, pero no era lo que esperaba. Había pocos objetos personales expuestos. Ninguna foto de mascotas queridas, recuerdos de lugares que habían dejado una huella imborrable, ni trozos de arte desgastado que invocaran emociones. Le traía a la mente la celda de una monja. La cama individual parecía demasiado pequeña. Un armario de madera simple y un tocador apenas habían

escapado de los años setenta. Una bolsa de maquillaje del tamaño de un estuche de lápices yacía abierta sobre el tocador. Pintalabios, rímel, esmalte de uñas, todos los sospechosos habituales, derramados. A juzgar por el estado de los envases, ninguno tenía menos de un par de años. El espejo estaba cubierto de una fina capa de polvo que sugería que Rebecca no era esclava de la vanidad, y que probablemente no podría identificarse a sí misma en una rueda de reconocimiento policial. ¿Qué estaban haciendo aquí?

Usando el dobladillo de su chaqueta para no dejar huellas grasientas, Judith deslizó hacia afuera el cajón más cercano del tocador. No había más que un montón de ropa interior arrugada, pero afortunadamente limpia. Hurgó, por si acaso, pero no había nada comprometedor. Lo cerró y probó el cajón del otro lado. Ese estaba vacío. Raro. Con el despliegue Jackson Pollock de pertenencias por toda la habitación, Judith habría apostado a que Rebecca era del tipo que mantenía los cajones repletos hasta rebosar.

Gruñendo, se arrodilló sobre una alfombra raída al lado de la cama y miró debajo. Nada más que un ejército de pelusas reunidas en el rincón. Judith reconoció los posibles signos de alguien que sufre dispraxia, pero antes de que pudiera darle demasiadas vueltas más oyó los apresurados sonidos de Stephen y Clive Wilson regresando de su excursión de arriba. Sus rodillas crujieron como los mecanismos de una caja fuerte al ponerse de pie. La puerta seguía abierta, y no habría una explicación fácil para su husmeada. Se pegó al pequeño espacio entre la puerta y la pared y contuvo la respiración.

La puerta se cerró de golpe cuando Stephen pasó, sobresaltándola. Por suerte, cualquier grito involuntario fue ahogado por los pasos del dúo apresurándose pasillo abajo y bajando la escalera más lejana.

Judith soltó un aliento contenido y salió rápidamente del dormitorio, cerrando la puerta suavemente detrás de ella. No había nada obviamente comprometedor en la habitación de Rebecca, así que ¿por qué habían estado los hombres allí? ¿Y qué asunto tenían arriba?

Judith sabía que debería volver al velatorio, o posiblemente incluso seguir a Clive Wilson, que estaba innegablemente confabulado con Stephen, y en la casa sin que Terry Hardman lo supiera. La amenaza del chantaje flotaba en el aire, pero la revelación de que Terry estaba saliendo con alguien nuevo difícilmente valía la pena para un asesinato. Y si Terry había estado hablando con su novia cuando Judith escuchaba detrás de la puerta, eso dejaba a Rebecca sin coartada. Era demasiado coincidencia que los hombres fueran primero a su habitación y luego a la de Richard. Algo estaba pasando. Literalmente.

Judith se dio la vuelta y subió las escaleras que llevaban al segundo piso y al dormitorio abuhardillado de Richard.

Un rápido repaso de la habitación le aseguró que nada obvio había sido retirado desde la última vez que estuvo aquí. Entonces, ¿por qué habían subido los dos hombres para una visita fugaz durante el velatorio? ¿Qué habían esperado encontrar en la habitación de Rebecca que luego les animó a venir aquí?

Judith giró lentamente sobre sí misma, asimilando todo. Tenía poco sentido buscar algo desconocido. ¿Por qué necesitaría Clive Wilson ver esta habitación? Su estómago de repente gorgoteó con un sonido que normalmente precede a una carrera olímpica al baño. Una oleada de ardientes agujas surgió por su estómago. Judith jadeó de dolor y se apretó una mano sobre el vientre, esperando que la presión lo aliviara. En cuestión de segundos, su temperatura subió y sintió un sudor frío estallar en su frente. Había dejado de girar, pero la habitación seguía dando vueltas.

—Ay, madre... —jadeó, antes de desplomarse en el suelo.

27

—Nunca me habían hecho un lavado de estómago —comentó Judith mientras tomaba un sorbo de té negro y hacía una mueca cuando le escocía la garganta irritada.

Maggie se removió en la silla de plástico junto a la cama de Judith.

—No hacen estas cosas pensando en la comodidad, ¿verdad?

—No creo que los hospitales estén realmente diseñados pensando en el visitante.

—Ya lo sé. ¡Vi los precios del aparcamiento! ¡Espero que vayan a comprarse una máquina de rayos X con lo que estoy pagando!

—Por mucho que agradezca tu visita, no quiero que te arruine. Además, me darán el alta por la mañana. Solo me tienen aquí en observación.

Maggie había visitado diligentemente durante los últimos dos días y se había quejado en cada una de ellas, como era su costumbre. Aunque Judith apreciaba la compañía, era un triste reflejo que fuera su única visita.

Judith había sido encontrada inconsciente en la habitación de Richard, con una fiebre delirante. Había sido trasladada de urgencia al hospital para tratar una sospecha de intoxicación alimentaria. Terry Hardman le había mandado varios mensajes preguntando si estaba bien y queriendo saber por qué había estado en el dormitorio

de su padre. Ella había respondido con un simple «sí». Investigaciones posteriores revelaron que nadie más había sufrido a manos del bufé del velatorio. Eso apenas le sorprendió. Estaba mirando por encima del borde de su taza de té cuando el chirrido de las patas de la silla de Maggie por el suelo la devolvió al momento.

Maggie se puso de pie. —Tomo esto como señal para marcharme. ¡Menos mal que no me arrastras de vuelta aquí mañana!

Judith siguió la mirada de Maggie hasta el final de la sala. Visible justo más allá de la mampara de la cortina, el sargento Collins y la agente Eastly estaban hablando con la supervisora de sala, que señaló en su dirección con un dedo rechoncho.

—¡Buena suerte! —soltó Maggie mientras levantaba el abrigo del respaldo de la silla y salía apresuradamente con paso decidido, apenas deteniéndose en su andadura para intercambiar saludos con la policía. Eastly llegó a Judith primero, blandiendo una bolsa de papel.

—¡Traemos uvas!

—Uvas de la ira —dijo Judith, tomando el obsequio y asomándose a la selección sensatamente elegida de verdes y rojas. Gordas y jugosas, del Corte Inglés, supuso, en lugar de las anémicas que ella había comprado en el mercado unos meses antes—. Gracias.

Sarah se sentó en la silla antes de que Raymond Collins pudiera alcanzarla.

—Ah, señorita Spears. Tiene casi el mismo aspecto de persona frustrante que hemos echado de menos. —La cabeza del sargento Collins giró buscando una silla libre. Al no encontrar ninguna, tiró de la cortina para proporcionar una frágil privacidad.

—Me siento casi mi irritante ser habitual. Especialmente ahora que soy oficialmente parte del caso.

Privado de asiento, el sargento Collins se apoyó al pie de la cama, descansando sobre ambos brazos.

—En efecto. Merodear por la habitación del fallecido. Sufrir un colapso y ser encontrada allí...

—Me invitaron al velatorio. Usted había registrado la habitación de Richard, así que difícilmente podría estar husmeando.

El sargento Collins intervino: —Estaba citando lo que dijeron los Hardman.

—¿Todos ellos? —replicó Judith y tomó cierta satisfacción cuando él vaciló. Eso confirmaba que era Stephen o Rebecca—. ¿Y quién me encontró?

—Rebecca —dijo Sarah, que estaba recostada en la silla con los dedos entrelazados sobre el estómago. Parecía estar disfrutando del intercambio.

—¿Y qué estaba ella haciendo allí? —Judith captó la leve mirada perpleja entre los detectives. Era obviamente una pregunta que habían pasado por alto—. ¿Y a quién sospechan que me envenenó?

El sargento Collins se irguió de repente. —¿Envenenarla? ¿Por qué dice eso?

—¿Soy la única persona en el velatorio que sufrió intoxicación alimentaria? —Agitó un dedo hacia el historial médico colgado al pie de la cama. Las piernas de Raymond lo estaban presionando. Se movió y leyó las notas.

—¿Quién haría algo así? —murmuró Collins mientras leía. Luego encontró la mirada astuta de Judith y se corrigió—. ¿Quién concretamente haría eso en el velatorio?

—Alguien que cree que me estoy acercando demasiado a la verdad.

—Es bastante obvio, ¿no? ¿Envenenarla en el velatorio?

Judith asintió. —En efecto. Quizás fue orquestado para que pareciera que me había tomado algunos de los medicamentos yo misma. Por alguna razón inexplicable. —Tomó consuelo en el hecho de que el sargento Collins trasladara su peso de una pierna a la otra, evidentemente incómodo y claramente sin saber qué hacer en lo que respecta a la investigación. Judith suspiró profundamente. Hasta ahora había estado disfrutando de la emoción de la investigación, pero acababa de volverse personal cuando alguien le había metido un brebaje. Necesitaba dejar entrar al sargento Collins en su propia investigación. Al menos un poco más—. Estaba allí porque seguí a Stephen Hardman y a Clive Wilson escaleras arriba. —Eso captó su

atención—. Pasaron un rato en la habitación de Rebecca, luego hicieron una parada en la habitación de Richard.

Sarah Eastly se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en las rodillas. —¿Qué estaba haciendo Clive Wilson en el velatorio?

Judith no pudo contener su sonrisa. Eso confirmaba que los detectives habían incorporado a Wilson en su investigación y eran al menos conscientes de su amargura hacia Terry Hardman.

Judith asintió. —Esa es una pregunta muy buena. Mi sensación es que estaba persiguiendo una historia sobre la nueva novia de Terry. —Por el rápido intercambio de miradas, ese fragmento de información se les había escapado—. Linda. Estaba en el salón cuando reunieron a todos para las declaraciones. Una pelirroja guapa. Y muy posiblemente la persona con la que Terry estaba hablando cuando la escuché momentos antes de la muerte de Richard.

Sarah no pudo contener un jadeo de sorpresa. —¡Lo que niega la coartada de Rebecca! La que nos diste tú.

Judith le dedicó una sonrisa triste. —Parece que cometí un error. Aunque por qué la relación de Terry y Linda debería ser tan secreta es desconcertante. Todo saldría a la luz como suelen hacer estas cosas. ¿Qué valor de chantaje tiene eso para Stephen o Clive? Sencillamente no lo veo.

El sargento Collins colgó el historial médico de Judith de nuevo al pie de la cama y entrelazó las manos a la espalda en una pose más formal.

—Déjeme entenderlo bien. Sospecha que Wilson o Stephen la envenenaron... por alguna razón u otra. Pero eso también sugeriría que están trabajando con Rebecca, si fue ella quien despachó al anciano por la ventana.

—Si acaso, enturbia el móvil —dijo Sarah, recostándose en su silla y mirando las baldosas del techo—. Dos hermanos disputando una herencia de cuya existencia nadie está del todo seguro. Y Clive Wilson usando todo eso para tender una trampa a Terry Hardman... ¿por venganza? Parece bastante nebuloso.

Judith soltó una tos de llamada de atención. —No olvide mi intento de asesinato.

Raymond Collins soltó una carcajada divertida antes de controlarse. —Perdón. Es que eso parece un poco lo del JFK. Quizás en el peor de los casos fue una señal de advertencia. O —levantó un dedo— ¿realmente fue una intoxicación alimentaria? ¿Un sándwich de atún en mal estado?

—¿Estaba Gwen de pie junto a usted en el bufé? —dijo el sargento Collins lentamente.

Judith asintió. Un pensamiento le había asaltado de repente, pero estaba tan poco desarrollado que no estaba lista para compartirlo.

—Y, por supuesto, podría haber sido simplemente uno de esos casos —dijo el sargento Collins con un poco más de firmeza.

Judith no pudo contener una risa sarcástica mientras agitaba la mano descartando la idea. —Por supuesto, querido detective. ¡La psilocibina simplemente estaba en mi sándwich y en el de nadie más!

—¿La psilo-qué?

Judith señaló hacia el pie de la cama. —Rastros de psilocibina y levodopa. Está escrito allí en la inconfundible caligrafía de un médico.

Raymond tomó el historial para leerlo de nuevo. —Que es probablemente la razón por la que no podía entender ni una palabra. —Señaló la palabra en las notas—. Simplemente suponía que era la medicación que le habían recetado a usted.

—La levodopa era otro de los medicamentos de Richard. Cuando estás atrapada en una cama de hospital sin una buena novela con la que pasar las horas, Google se convierte en tu mejor amigo. La psilocibina es un compuesto que se encuentra en las setas alucinógenas.

Sarah se disparó hacia delante en su silla. —¡Eso se encontró en el análisis de sangre de Richard!

Judith observó que Sarah no había mencionado el frasco de medicamento vacío que había entregado a los forenses. Lo que significaba que no se lo había dicho a su jefe y seguía esperando los resultados. Judith asintió. —En efecto, los ensayos experimentales lo usan para tratar el Parkinson. Es un alucinógeno, y posiblemente

seguro en microdosis, aunque el jurado todavía está deliberando sobre eso. En cantidades mayores, puede ser fatal. —Judith señaló su mesilla de noche y se dirigió a Sarah—. Hazme un favor, querida. Saca mi abrigo de ahí. —Sarah obedeció y sostuvo el abrigo negro que Judith había llevado en el funeral—. Mira en el bolsillo derecho.

Sarah metió la mano y de repente hizo una mueca al sacar un blando palo marrón. —¡Es un rollo de salchicha!

Judith asintió. —Bien hecho, querida. Estás restaurando lentamente mi fe en la policía. Me gustaría que lo comprobaran para detectar psilocibina. Me lo guardé al mismo tiempo que el sándwich. —Ante la mirada de la agente Eastly, añadió—: Tenía hambre, pero Stephen salía corriendo de la habitación. Haz tus pruebas con eso. Creo que te daría una buena idea de lo accidental que es todo esto en realidad.

La agente Sarah Eastly sostuvo el rollo de salchicha ofensivo entre el pulgar y el índice y buscó dónde ponerlo. Sin ayuda de su jefe, lo metió en el bolsillo interior de su abrigo.

El sargento Collins tamborileó los dedos sobre el pie de la cama de Judith.

—Entonces, ¿cuál es su teoría sobre todo esto?

—He presentado los hechos tal como los veo. Todavía estoy tanteando el hilo que los une a todos. Pero sospecho que Stephen ha tenido noticia de que no hay nada que heredar, o al menos de que no va a ver un céntimo. Así que en lugar de irse con las manos vacías, está trabajando con Clive Wilson para revelar lo de Terry y Linda. Quizás chantaje, no estoy segura.

—¿Y cometió el asesinato?

—Encaja desde luego, ¿verdad? Y quizás echarle la culpa a sus hermanos. Una situación en que todos pierden excepto él. —Judith pareció pensativa—. Me falta algo, sin embargo. Y, lo que me irrita, no sé qué podría ser. ¿Tiene algo que aportar?

—Bueno. Hm. No. Para ser honesto con usted, seguimos rodeando a los sospechosos. He presionado a Terry Hardman para que dé noticias del testamento de su padre, y jura que no ha sabido nada. El notario en cuestión no ha respondido a sus llamadas ni a

las nuestras. Es una pena que no podamos obligarle a revelar el contenido del testamento de Richard Hardman.

Judith miró al infinito y asintió pensativamente. Hasta hacía unos momentos, ella también estaba en un callejón sin salida. Pero ahora algo que el sargento Collins había dicho desencadenó un recuerdo. Los detectives pasaron a la conversación intrascendente, que afortunadamente duró diez minutos cuando se anunció el final de la hora de visita. Les agradeció las uvas y comió algunas mientras esperaba a que la sala quedara libre de visitantes. Cada mordisco era un alivio bienvenido, borrando la comida seca del hospital y el desagradable sabor del intento de envenenamiento de su boca. Pero incluso estaba empezando a cuestionar esa visión de los hechos. Las cosas no eran lo que parecían.

Unos minutos navegando por los foros científicos de internet en busca de información sobre el uso de la psilocibina para combatir el Parkinson, y había obtenido los detalles que necesitaba. Judith sacó las zapatillas y el batín que Maggie le había traído en su primera visita y se puso en camino para explorar el hospital. Su primera parada fue cortesía de Facebook.

DEAMBULANDO por los estériles pasillos del hospital en batín y zapatillas, Judith se sentía invisible. Lo cual era perfecto para lo que tenía en mente. Pasar de largo ante la supervisora de sala con nada más que una sonrisa y una vaga insinuación de que necesitaba el baño era un juego de niños. Un mapa en el pasillo fue memorizado en cuestión de segundos, ayudada por una pequeña investigación previa en línea. Su destino estaba junto al departamento de dermatología, así que siguió las guías de colores en el suelo. Tomó el ascensor al primer piso, compartiéndolo con un par de auxiliares con batas verdes que estaban tomando un breve descanso en las redes sociales con sus teléfonos móviles, y no le prestaron ninguna atención. Cruzó de un lado al otro del ascensor, chocando con uno de ellos cuando el ascensor se detuvo con una sacudida.

—Lo siento mucho, querido.

—No pasa nada —murmuró el hombre que no podía tener más de veinticinco años y cuyos ojos no se levantaron del vídeo de Instagram de una bailarina.

Judith sonrió mientras salía y los auxiliares continuaban, sin duda zigzagueando entre plantas para un descanso no oficial y sin duda bien merecido. Hizo rodar la tarjeta de identificación que había sustraído de la cadera del auxiliar, orgullosa de seguir teniendo la destreza incluso en sus cincuenta y tantos. Sintió el viejo y familiar escalofrío de travesura surcarla, algo que había echado de menos durante demasiado tiempo, y que predijo que el sargento Raymond Collins ya había olido.

Ya cruzaría ese puente cuando llegara a él.

Mientras tanto, echó un vistazo a la tarjeta de identificación. Dudaba de que pudiera salirse con la suya reclamando el parecido del encantador hombre negro de la foto, pero con suerte no llegaría a eso. Delante se extendía el área de recepción abierta del departamento de dermatología. Bullía de pacientes ambulatorios y enfermeras con personal insuficiente intentando gestionar el flujo de tráfico y las expectativas de los impacientes pacientes.

Judith tomó asiento y se mimetizó. Le ofrecía una vista perfecta de una puerta de seguridad más adelante en el pasillo, que formaba parte del departamento de investigación de la universidad cercana, que publicaba sus artículos de investigación sobre sus ensayos clínicos usando psilocibina para moderar el Parkinson. Deseó que su plan se le hubiera ocurrido el día anterior, que había sido un día muy aburrido, y ahora le preocupaba no tener suficiente tiempo de hospital para su puesto de vigilancia. Caviló sobre fingir estar enferma para alargarlo pero se sintió culpable sabiendo que estaría acaparando una muy necesitada cama del hospital. Sin embargo, la fortuna estaba de su lado, y solo treinta y seis minutos después de su vigilia, su objetivo llegó.

Vestido con batas verdes y zapatillas blancas, empujó un carrito lleno de cajas hacia la puerta de seguridad y pasó su tarjeta antes de entrar. Judith se acercó por detrás, llegando a la puerta cuando esta hizo clic al cerrarse. Pasó su tarjeta, y el cerrojo se abrió con un

chasquido. Echó un vistazo a su alrededor, antes de empujar la puerta con el hombro y seguir al DJ Gary Mercer al interior.

28

—¿Ya te han devuelto la mesa de mezclas? —preguntó Judith en voz alta y despreocupada.

Gary Mercer dio un salto tan brusco que Judith sintió ganas de aplaudir sus dotes dramáticas. Claramente no la reconocía, lo cual era comprensible, ya que probablemente parecía alguna vieja chalada que se había escapado del ala psiquiátrica.

—¡No puede estar aquí! —exclamó, gesticulando frenéticamente hacia la puerta.

«Aquí» comprendía una gran sala equipada con una cama y algunos equipos de monitorización médica serios montados sobre ruedas. Una pared tenía un armario seguro de frente de cristal lleno de medicamentos en familiares frascos de cristal. La llave de Gary ya estaba en la cerradura.

—No se preocupe, Gary, normalmente estoy en sitios donde no debería estar y a menudo aparezco donde definitivamente no se me quiere. Como aquí, por ejemplo. Estoy segura de que ninguno de los dos desea estar aquí mientras roba medicamentos del programa de investigación.

—No sé de qué...

Judith agitó la mano frente a su cara para silenciarle, mientras la otra levantaba la tapa de una caja en el carrito. Estaba vacía.

—Estoy segura de que cree que el inventario de investigación de una universidad no está tan estrictamente controlado como el del hospital. Y sin duda es más fácil culpar a los estudiantes. ¿O es porque este es el único sitio donde puede poner sus manos en la parte mágica de las setas mágicas?

—Yo... yo... —La mandíbula de Gary trabajaba independientemente de su cerebro mientras intentaba frenéticamente recordar por qué aquella vieja le resultaba familiar.

—Supongo que uno no puede culparle por buscar un poco más de ingresos estos días, y robarlo es mucho menos molestia que arrastrarse por un bosque a cuatro patas buscando el hongo adecuado. Supongo que hoy en día te romperían las rodillas por intentar vender media docena de setas en la calle.

Vio cómo el reconocimiento se instalaba en la cara de Gary Mercer. —¡Está usted con la poli! —La implicación de esto se le vino encima, y las lágrimas se formaron en las comisuras de sus ojos—. ¡Yo no he hecho nada, de verdad! Solo estaba... estaba...

Judith le mostró la tarjeta de identificación robada en la cara, demasiado cerca para que pudiera distinguir ningún detalle, y en su estado de confusión, solo alimentó la ilusión de que estaba hablando con una policía. Judith se sintió en terreno más firme ya que el desconcierto era una forma de arte que había dominado hace mucho tiempo.

—Vamos, vamos, Gary. Paremos esto antes de que su boca le meta en un lío mayor. Sabemos todo sobre la psilocibina que vendió a la finca. —Judith recordó todos los trucos como si los hubiera usado ayer, lo cual no andaba muy lejos de la realidad. La clave era ser lo suficientemente vaga mientras presentaba sus conjeturas para dar la ilusión de que sabía mucho más de lo que sabía. Finca era convenientemente vago: podía ser la finca de los Hardman o una urbanización cualquiera. Era suficiente para llevarlo hacia donde quería.

—Solo un par de veces. Y no fue idea mía. Lo juro. Era para el anciano. Para ayudarle. Estaba intentando ayudar —insistió.

—¿Y ganando muy bien por ello? —Judith señaló el carrito—. Y ahora ve un hueco en el mercado. Aunque el anciano haya muerto.

Gary Mercer se echó físicamente hacia atrás cuando la sensación de haber obrado mal se le instaló. —¡Yo no tuve nada que ver con eso! Oí que fue un accidente. Me sentí mal si estaba alucinando, pero todo lo que yo hacía aquella noche era proporcionar el entretenimiento. Lo juro.

—Bueno, parece que le están tendiendo una trampa, ¿verdad?

Desde las profundidades del pánico, las garras de la sospecha recuperaron el control de la mente de Gary Mercer. Entornó los ojos y la miró de arriba abajo.

—Si es policía, ¿por qué va vestida así?

—Estoy de incógnito —dijo Judith con resolución.

Por muy endeble que sonara, pareció funcionar con Gary. Se tapó la cara con las manos y sollozó entre las palmas.

—Dios mío...

—De hecho, aparte de Richard Hardman, también fue envenenada deliberadamente con una sobredosis una dama encantadora.

Gary tomó un aliento brusco. —Ella solo lo pidió. Dijo que lo había estado usando para sí misma. Para la ansiedad.

El cerebro de Judith dio una voltereta. Ella. Eso habría sido confirmación suficiente para situar a Rebecca Hardman directamente en el punto de mira... si no fuera por una simple cosa que le había estado rondando. La tía Gwen. Había estado picoteando de los mismos platos al mismo tiempo. Había sido ella quien estaba lo suficientemente cerca como para aderezar la comida de Judith con las drogas. Era un pensamiento emotivo, pero parte de Judith se resistía a la idea e insistía en que mirara ambos lados de la situación. La tía Gwen podría igualmente haber sido el objetivo. Con un sollozo, Gary Mercer se estaba abriendo como una bolsa de plástico rasgada.

—Ya sabe, la gente así es del tipo que tiene todas sus excusas cubiertas. Es fácil para ellos tenderle una trampa, Gary. Al fin y al cabo, alguien tiene que cargar con la culpa.

Gary pareció horrorizado. —¡Yo nunca he traficado con drogas en mi vida! Una vez robé una chocolatina de una tienda de la esquina y,

y... y me colé en el autobús un par de veces. ¡Pero no soy un criminal! ¡Solo quería poner música y pasármelo bien!

—Es el chivo expiatorio perfecto —dijo Judith tristemente. Notó la expresión confusa en la cara de Gary—. Significa el que carga con la culpa ajena. —Hizo una pausa para asegurarse de que entendía el término—. Mire, sabemos que no tenía mala intención. Al fin y al cabo, usted no administró las dosis letales, y los jueces siempre tienen en cuenta lo cooperativo que es un acusado... —dejó que las palabras calaran, asegurándose de que su destino parecía suficientemente sombrío—. Así que si tiene suerte, probablemente se llevará un toque en las muñecas. Despedido, por supuesto, pero aun así...

Los ojos de Gary se abrieron con esperanza. Judith estaba diciendo una sarta de tonterías. Robo, vínculos tangenciales con un asesinato, su propio, posiblemente, intento de envenenamiento. Gary Mercer estaba camino de cumplir condena entre rejas, y ella estaba decidida a asegurarse de que la sentencia fuera lo más larga posible. Tenía poca paciencia con los elementos criminales más sórdidos. Desde luego deberían cosechar lo que siembran. Pero por ahora, era sensato mantenerle de su lado.

—Mire, Gary. Podríamos arrestarle ahora mismo, pero eso les alertaría de que estamos sobre la pista. —Sigue con la desinformación vaga, se recordó Judith—. Puedo ver lo mucho que le están manipulando para que cargue con la culpa. Ahora bien, no creo que sea un gran riesgo de fuga, así que mi sugerencia, si está dispuesto a cooperar, es dejar todo esto aquí. —Señaló el carrito—. Y tomarse el resto de la semana libre mientras pillamos a los verdaderos villanos. Entonces podrá testificar y recuperar su buen nombre y volver a pinchar. ¿Qué le parece?

Gary asintió y farfulló entre sollozos. Las lágrimas corrían por sus sonrojadas mejillas. —Estupendo.

Judith le puso una mano tranquilizadora encima y sonrió. —Sabía que era usted listo. Mire, vamos a la cantina, buscamos un rincón tranquilo, y puede recuperar la compostura y contarme su versión de la historia. ¿Qué le parece?

Cinco minutos después estaban sentados en el rincón de la cafetería del hospital, en incómodos asientos tipo cubo. Gary Mercer sujetaba un café con leche, mientras Judith removía suavemente un té english breakfast servido en una taza de gran tamaño. Gary se vio obligado a pagar cuando Judith señaló que su disfraz de incógnito era tan auténtico que venía sin monedero.

Gary miró melancólicamente hacia el corazón espumoso de su café con leche como si las burbujas fueran los recuerdos que estaba extrayendo a regañadientes.

—Cuando recibí el correo, pensé que era una broma. Pinchar para Hardman, eso es como un sueño hecho realidad. Le adoro, pero ¿cómo me habría oído mencionar? Resulta que las recomendaciones funcionan de verdad, así que debo estar haciendo algo bien. Era lo suficientemente sencillo. Tenía una despedida de soltera esa noche, pero la cancelé por él. Pensé que un montón de mujeres borrachas vomitando encima de mi equipo no valía la pena. Apuesto a que nadie acabó muerto en esa fiesta —añadió lúgubremente.

—Solo cabe esperarlo —dijo Judith encogiéndose de hombros.

—Una vez que dije que sí, me preguntaron si podía hacer los fuegos artificiales después de que el otro tío no pudiera venir. Tenía el equipo. Había hecho un curso de seguridad. Todo está preconfigurado en un portátil. Solo hay que cargar los lanzadores y cablearlo todo.

—¿Solo?

—Técnicamente hablando, debería haber un par de personas supervisando, pero sé lo que hago, y era un bolo privado, así que...

—Así que se saltó las reglas.

Gary se removió incómodo en el asiento de plástico. Judith le lanzó una sonrisa tranquilizadora.

—Todos lo hacemos. ¿Bajó a la finca para organizar algo de esto de antemano?

Gary sacudió la cabeza y siguió removiendo el café.

—Aquella noche fue la primera vez que estuve allí. Conocí a Hardman. Estaba un poco borde, gritándole a todo el mundo. Me hice un selfie con él y monté el equipo. Tenía preparado Equinox de

Jean-Michel Jarre, y debería haber sido sencillo. Hardman iba a dar un discurso, y esa era mi señal.

—¿Pero te distrajiste?

—Se suponía que empezaba a las siete, pero pasadas las siete y diez, todavía no había venido a darme la señal, así que fui a buscarle.

—¿Y dejaste el equipo desatendido?

—No era como si fuera una fiesta de estudiantes donde se pusieran a trastear con la mesa. Parecía suficientemente seguro.

—¿Adónde fue a buscar al señor Hardman?

—Caminé por la fiesta y luego fui por delante por si estaba allí recibiendo a la gente. Tenía unos cuantos coches bonitos aparcados allí. Un par de Porsches y un Bentley GT. Así que me puse a curiosear. Estaba tranquilo. Solo había un coche saliendo y nadie más por allí. Fue entonces cuando oí la música y los fuegos artificiales arrancar. Para cuando corrí alrededor de la casa, todo había salido mal, y luego oí los gritos.

Judith tomó un sorbo de té y reprodujo su historia en la cabeza, posicionándose donde él estaba de pie e intentando averiguar qué podía y qué no podía ver.

—Dijo que había un coche saliendo. ¿Vio al conductor?

Gary consideró la pregunta mientras sujetaba su taza como un salvavidas y bebió ruidosamente con un gruñido de alivio no solicitado cuando el café bajó.

—Era un tío calvo conduciendo un Mini. Pero no vi su cara.

Judith intentó contener el repentino escalofrío de emoción. Por fin, un testigo ocular que probaba que Clive Wilson se estaba marchando justo cuando estallaron los fuegos artificiales. Luego le asaltó otro pensamiento.

—¿Quién le recomendó al señor Hardman? No es precisamente el tipo que tiene el dedo en el pulso de los negocios locales.

—Oh, no fue él quien me envió el correo. Fue su hermana. Becs. Ella me recomendó.

Judith mantuvo la cara de póquer. —Por supuesto.

—Sí. Por eso pensé que era una broma, porque dijo que era para su hermano. Pero ella pagó el anticipo, así que fue entonces cuando

creí que era un bolo de verdad.

Judith estaba bailando al borde de un agujero negro de información. Tenía que mantener a Gary Mercer convencido de que nada de esto era una novedad para ella, y tenía que profundizar más. La ambigüedad era su arma preferida.

—Por supuesto que convencería a Terry. Aunque, ¿hasta qué punto te conocía realmente?

Gary puso la taza en el platillo con un clink ruidoso.

—Bueno, eso es algo que pensé que era simplemente ella siendo amable. Porque había estado comprando... ya sabe... —sus ojos se desviaron sugestivamente hacia un lado. Desconcertada, Judith simplemente respondió con un suave gesto de ánimo—. Lo que dijo que le estaba ayudando con su ansiedad.

Judith no pudo evitar exclamar cuando cayó en la cuenta. —La psilocibina.

—La había visto unas cuantas veces cuando había venido para pruebas, y habíamos ido charlando a lo largo de los meses. Podía ver que estaba nerviosa, y me contó sus ataques de ansiedad. Era simpática, y su tratamiento estaba funcionando. Me ofrecí a conseguirle un poco más. Había estado haciendo el trabajo sucio para la universidad, así que era fácil.

—Sabías sobre los beneficios de las microdosis.

—No era como si el médico de cabecera fuera a recetársela. Le estaba haciendo un favor. Usó una cantidad enorme, y yo no cobré precios desorbitados. Como dije, no soy un drogadicto.

Un puzzle estaba ensamblándose en la mente de Judith. Rebecca Hardman, ansiosa por su vida y preocupada porque su padre y sus hermanos la iban a estafar en la herencia, empezó a usar psilocibina para calmarse. A medida que las cosas se descontrolaron, la usó para drogar a su padre... ¿o Stephen descubrió que ella tenía las drogas y usó ese conocimiento para incriminar a su hermana? No había ningún afecto entre los dos, y teóricamente le dejaría más que heredar. ¿Había plantado el frasco de medicamento para que Judith lo encontrara? ¿Estaban él y Clive Wilson regresando a la escena del crimen para asegurarse de no haber dejado cabos sueltos en el

dormitorio de ella, o para plantar alguna prueba adicional comprometedora?

Eso todavía dejaba sin resolver cuáles eran los motivos de Clive Wilson en todo esto, que probablemente eran tan simples como el chantaje y la venganza, sin conexión con la muerte de Richard Hardman. Pero entonces ¿por qué intentar envenenarla... o a la tía Gwen? A menos que Gwen estuviera también caliente tras la pista de la verdad.

Otro pensamiento le asaltó a Judith. Uno que le molestó no haber visto antes pero que achacó a su borrosa recuperación de los últimos dos días. Gwen había tenido todas las oportunidades de envenenar a Judith. Había estado de pie con ella todo el rato. ¿Y si la rápida salida de Stephen de la habitación era una actuación? Había estado mirándola, y era una suposición fácil pensar que le seguiría. Si acaso, la había estado distrayendo constantemente...

La taza de té de Judith tintineó cuando la dejó. Se sentía como si la hubieran tomado el pelo. ¿Estaba Gwen trabajando con Stephen? El pequeño nido de ratas que se estaba formando en la familia necesitaba ser desenredado. Necesitaban un shock. Algo que forzara a los culpables a cometer un error.

Le lanzó una mirada penetrante a Gary Mercer mientras un plan tomaba forma. Él intentó encontrar sus ojos, pero la culpa le forzó a apartar la mirada. Judith había llegado a una conclusión.

Hoy, tendría que morir.

29

El sargento Raymond Collins no podía hablar del fallecimiento de Judith Spears. Las palabras se le atascaban en la garganta, lo que provocó que la gente cuchicheara apresurada y sorprendida sobre cuán cercanos se habían vuelto. La gente lo encontraba enternecedor. La realidad era que Raymond Collins era un mentiroso pésimo. Eso era desafortunado, ya que mentir era un rasgo necesario para un detective de policía exitoso, al menos cuando se trataba de sonsacar la verdad a los sospechosos. Y había una pequeña parte de él que se había encariñado con la mujer, mientras que al mismo tiempo seguía sospechando que había más en ella acechando bajo la superficie. Era demasiado opaca para tener un pasado inocente. En ausencia de mentiras, había desarrollado otras habilidades, como la de oler el peligro.

Y Judith Spears era peligro. A lo largo de la investigación de Richard Hardman, había pasado demasiado tiempo husmeando en su pasado y encontrándose en una madriguera de conejos. Para el civil promedio, construir un historial era un proceso sencillo. Las vidas estaban gobernadas por certificados oficiales y burocracia. Nacimiento, matrimonio, cambios de nombre, muerte: todo estaba minuciosamente registrado y almacenado en algún lugar. El problema era que Judith Spears no parecía tener ninguno de estos. En el mejor de los casos, estaba seguro de que había nacido.

Estaba acostumbrado a que el papeleo se extraviara y los documentos importantes se escurrieran por las grietas de vastos archivos. Pero no todos ellos. Por lo que podía ver, su vida solo se remontaba seis años a Escocia. Por su propio reconocimiento, había estado casada, pero no había nada oficial registrado en ninguna parte. Ni tampoco había un certificado de defunción para el marido sin nombre. Y, en el peor de los casos, ni siquiera un registro de persona desaparecida si le hubiera dado un golpe en la cabeza y le hubiera enterrado bajo el patio. Raymond sospechaba que no había existido en absoluto. Aparte de un sargento en Escocia que avalaba su ayuda en un par de casos, Judith Spears era un fantasma.

Y eso era irritante. O, como lo llamaba la agente Eastly, no relevante para el caso.

Pero para el sargento Raymond Collins, era un rastro tentador que seguir, como una línea de botones de chocolate que no podía resistir engullir adondequiera que llevaran. Y, por culpa de ella, él y Eastly estaban de vuelta en Beaconsfield Manor, informando del fallecimiento de Judith. Se recordó a sí mismo que era un plan mal concebido, y que no debería haber escuchado a ninguna de las dos mujeres. Pero él era el agente al mando, y no podía dar marcha atrás ahora.

Terry Hardman entró desde la cocina llevando una bandeja de madera con bebidas, y la posó sobre la baja mesa del salón, que estaba cubierta con nuevas revistas de automoción y un ejemplar de El Jueves. Raymond no estaba acostumbrado al concepto de que una celebridad de la talla de Hardman fuera capaz de hacer algo tan mundano como una taza de té, pero razonó que incluso las personas más famosas sentían sed en momentos inconvenientes y se veían obligadas a prepararse algo de beber. Se preguntó si Hardman sabría usar la lavadora y si podría compartir algunos consejos.

—Gracias —dijo la agente Eastly mientras Terry Hardman se sentaba en el sofá enfrente de ellos. Se acercó su taza y miró el pálido líquido marrón con simpatía.

—No sé cómo lo toman —murmuró Hardman distraídamente.

—En taza —dijo Eastly alegremente—. Así que casi perfecto.

—¿Dónde están los otros dos? —intervino Collins en un tono más sombrío para recordar a Eastly por qué estaban allí.

—Rebecca había salido antes de que me despertara. Stephen está en algún lugar de la finca. Sabe que están aquí, así que va de camino. —Terry pellizcó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar—. Para ser honesto, estoy deseando que los dos se larguen de una vez para que las cosas vuelvan a la normalidad.

—¿Ah, van a dejar Little Pickton? —preguntó Collins inocentemente.

—Stephen no ha parado de quejarse desde el día que llegó. No creo que llegara a deshacer la maleta. Y Rebecca... —se perdió en sus pensamientos y se quedó mirando al infinito durante varios momentos antes de continuar—. Se deshizo de su piso en el norte. Va a ser difícil para ella. Sin su padre a quien cuidar —añadió.

—¿Puede volver a su antiguo trabajo?

Terry sacudió la cabeza. —Ha estado haciendo planes con una vieja amiga que se mudó a Londres. Quiere un nuevo comienzo. Me sorprende que siga por aquí, para ser honesto. No quiere estar aquí.

—¿Y usted?

—Tengo un programa de viajes que rodar en Australia en un par de semanas. La vuelta a Australia en un Ford Anglia. Estará bien tener algo que me distraiga de todo esto.

—¿Se ha cerrado todo lo relacionado con la herencia de su padre?

La cabeza de Terry no se movió, pero bajo sus tupidas cejas sus ojos se trabaron con los del detective.

—No exactamente. En el momento en que estuvo bajo tierra, su notario se puso en contacto conmigo para decirme que había una cláusula en el testamento de papá que todavía no había sido satisfecha y que le autorizaría a leerlo.

Eastly tomó un sorbo de té e hizo un trabajo admirable al no atragantarse con el brebaje tibio y reposado.

—Eso suena bastante irregular.

Terry asintió y pellizcó el puente de la nariz de nuevo. —Ya me dirá. Ni siquiera sé cuál es la cláusula. No me lo quiere decir, así que

¿cómo se supone que vamos a satisfacerla? Ahora tengo que poner a mis abogados en ello, y son un hatajo de buitres despiadados.

El sargento Collins alargó la mano hacia su té, luego captó a Eastly poniendo mala cara y haciendo un ligero gesto negativo con la cabeza, así que lo reconsideró. —Debe de tener alguna idea de por qué hay tanto secretismo.

Las cejas de Hardman hicieron una danza de oruga. —¿Debo tenerla? Dígamelo usted. Suena como que alguien está intentando engañar a alguien.

—Tenía la impresión de que su padre era un hombre de medios modestos.

Terry se inclinó hacia delante para coger su pequeña taza de espresso. —Le dije que le había dado dinero a lo largo de los años. No estaba tan mal, independientemente de lo que afirmara.

Sonaba enfadado. Antes de que pudiera continuar, Stephen entró llevando unos sucios monos verdes, botas de agua llenas de barro y una chaqueta encerada manchada de salpicaduras de barro fresco. Terry le echó una sola mirada al rastro de barro que estaba dejando en la moqueta Wilton y maldijo entre dientes.

—Buenas tardes, detectives —dijo Stephen alegremente—. La inundación ha llegado al lago —le dijo a su hermano—. Todo está encharcado.

—Este no es el momento —gruñó Terry.

Stephen miró a su alrededor. —¿Dónde está Rebecca?

—Ha ido al pueblo —murmuró Terry fríamente.

El sargento Collins se aclaró la garganta como señal de que estaba entrando en modo oficial. —Gracias por venir, Stephen. Estamos aquí para informarles de... —titubeó y le lanzó una mirada suplicante a Eastly. Ella dejó su taza y tomó aliento profundamente.

—Judith Spears fue ingresada en el hospital con intoxicación alimentaria cuando la encontró durante el velatorio.

Stephen se encogió de hombros. —La vieja cotilla no debería haber estado aquí. Si tiene alguna queja, tiene que llevársela a los proveedores de catering.

Cualquier buena voluntad que Eastly había mantenido reprimida se evaporó de repente ante la hostilidad del tono desdeñoso de

Stephen.

—Uno. Su hermano la invitó aquí. —Una mueca recorrió la cara de Stephen tan rápidamente que Eastly se preguntó si habría sido un efecto de la luz—. Y dos. Está muerta.

Dejó que las palabras se instalaran. La mano de Terry tembló, derramando su PG Tips mientras soltaba un exabrudo ininteligible. Stephen tuvo la decencia de tambalearse y sentarse en el brazo del sofá para estabilizarse.

—Dios mío —exclamó—. Me retracto. Puede que fuera una cotilla, pero no se merecía... ¿Cómo ocurrió?

La cara de Eastly se agriaba mientras examinaba a cada hombre por turno. Estaba disfrutando del juego de poder.

—Fue deliberado. Muy específico. Alguien le tenía manía. —Clavó a Stephen una mirada sin parpadear—. Y ya que acaba de admitir cuánto le desagradaba...

Stephen saltó a sus pies y extendió las manos defensivamente. —Espere un momento. ¡No quería decir que quisiera que muriera!

Eastly cambió sus acusaciones hacia Terry. —Y como usted la invitó...

Terry sacudió la cabeza. —Creo que sabe por qué lo hice.

Eastly pareció desinflada cuando su jefe tomó repentinamente la iniciativa. —No ha sido muy claro al respecto, señor Hardman. Solo tengo la versión de la señorita Spears.

Terry suspiró. —No estaba convencido de que la muerte de papá fuera un accidente. Tenía la sensación de que alguien podría estar tendiéndome una trampa.

—Nunca nos dijo eso en su momento —dijo el sargento Collins con firmeza.

—Porque no quería contaminar su opinión si estaba siendo paranoico. Usted mismo dijo que no encontró señales de juego sucio. Era solo una terrible serie de coincidencias espantosas.

—¿Por qué pensaría que alguien quería tenderle una trampa?

Terry soltó una risa hueca. —Porque eso es lo que hace la gente cuando tienes dinero. Es lo que a la gente le encanta ver cuando estás en el ojo público. Hagas lo que hagas, alguien te odiará por ello. Sé que puedo ser polémico, pero es mayormente una

actuación. Es lo que la gente quiere. Me ahorcan por negar el cambio climático. —Se golpeó el pecho con el pulgar—. Yo creo en él. Tengo malditos ojos. Puede que no siga completamente la línea cuando se trata de la causa, pero eso no significa que no pueda ver cuándo nieva en agosto, ¡o cuándo mi propia finca está inundada! A lo largo de mi carrera, he acumulado tantos enemigos que no podría nombrar ni a uno solo. Todos se difuminan. Por eso necesitaba a alguien como Judith que husmeara y viera si todo estaba en mi cabeza o no.

—¿Y ahora cuál es su conclusión? —preguntó Eastly.

—Había pensado que era simplemente yo siendo un imbécil. Ahora, después de esto... bueno, digamos que la vieja paranoia ha vuelto.

El sargento Collins entrelazó los dedos sobre su pecho pensativamente. Estaba disfrutando más de lo que debería.

—Lo que lleva a la pregunta, ¿qué había descubierto ella, o al menos qué creía su atacante que había descubierto, que era tan grave que necesitaban liquidarla?

—¿No se lo dijo? —preguntó Stephen con curiosidad.

Eastly sacudió la cabeza. —No dio ninguna pista. Suponía que ustedes lo sabrían. —Le lanzó la pregunta a Terry.

—No. Quería hablar conmigo después del velatorio para ponerme al día y, supongo, cobrar.

—Ahí se ha ahorrado algo, ¿eh? —soltó Eastly.

Terry le lanzó una mirada oscura. —Esa es una acusación desagradable, detective. Creo que los dos han sobrepasado su tiempo aquí sin que esté presente mi abogado.

—¿El buitre? —preguntó el sargento Collins. Terry asintió.

Sarah quería darse una patada a sí misma por ser tan directa. Raymond Collins quería dársela por la misma razón. Si bien se había opuesto a todo el teatro, no podía negar que lo había disfrutado, y le había dado una visión intrigante de la dinámica entre los hermanos.

—Solo una cosa más, señor Hardman —dijo el sargento Collins mientras él y Eastly se ponían de pie.

—¿Ahora se ha convertido en Colombo? —soltó Hardman.

Raymond frunció el ceño. No entendía la referencia; nunca había sido muy aficionado a los detectives de televisión.

—Tiene una relación con Linda Furches.

Después de que Judith les dijera que la misteriosa Linda estaba en la fiesta, Eastly había rastreado el apellido hasta la única Linda entre los asistentes. Una breve búsqueda en internet había desenterrado que era una cantante pop adolescente. «Estrella» sería un flaco favor al término. Tras una carrera olvidable, había desaparecido durante un tiempo y había resurgido como una incipiente influencer de internet. Por lo que Raymond podía determinar, eso significaba que le pagaban una cantidad indecente por decir tonterías durante un minuto más o menos. Tenía poco más de cuatro millones de seguidores, lo que Eastly le había asegurado que era una cantidad impresionante.

La cara de póquer de Terry era perfecta. —La conozco.

Raymond continuó. —¿Cuánto tiempo llevan ustedes dos involucrados románticamente?

—Esa no es una pregunta relevante.

—Podría serlo.

—Yo digo que no lo es. Adiós.

De camino por el camino de entrada delantero, Raymond Collins no pudo contener su sonrisa. Eastly estaba desconcertada.

—Lo has disfrutado, ¿verdad?

—Más de lo que puedes imaginar. —Hinchó las mejillas y exhaló —. Judith es una mala influencia para mí. ¿Y tú qué sacaste?

Llegaron al coche de Collins. Eastly caviló mientras miraba los oscuros nubarrones grises que se aproximaban. —Que Terry definitivamente está ocultando algo. Y estoy empezando a sospechar que la estaba usando a Judith para mucho más que para husmear.

—¿Para qué?

—¿Como distracción?

Raymond desbloqueó el coche y asintió. Una distracción sonaba bastante acertado. La verdadera pregunta era de quién se suponía que debía distraer.

—Y creo que tenemos que hablar con Gwen a continuación —dijo Eastly mientras subía al coche.

Era exactamente lo que Judith les había dicho, y Collins había respondido con dudas. Ahora tenía la ignominia de seguir su pista. Echó un vistazo al teléfono. Judith había dicho que les mantendría informados sobre lo que descubriera en Londres, pero hasta ahora había guardado silencio. Se preguntó en qué lío se habría metido ahora.

30

No era la primera vez que Judith Spears moría, pero siempre tendía a ser inconveniente. Sin embargo, también había un elemento innegable de travesura jubilosa involucrado. Y al menos no era un arreglo permanente. Sin embargo, hacía bastante incómodo viajar desde Little Pickton a Londres. Si hubiera dedicado algún tiempo a planificarlo, se habría asegurado de tener suficiente efectivo a mano. Visitar el cajero automático para hacer una retirada ya no era una opción. Cierto es que pensó que era excesivo, por así decirlo, pero tenía sus propios estándares elevados y no quería dejar ninguna miga de pan que revelara que estaba muy viva. Por suerte, el dinero que le había sonsacado a Maggie le había dado lo justo para un billete de tren de ida y vuelta, un anémico y exorbitantemente caro sándwich de huevo y berros, y un par de tazas de té.

Se coordinó con los detectives para darse de alta del hospital antes y para que mantuvieran un ojo sobre Gary Mercer. Estaba segura de que Mercer se estaba ahogando en suficiente culpa como para no revelar su pequeña mentira, pero nunca se podía estar segura. La agente Eastly había estado entusiasmada con su planificado fallecimiento, pero la sombría adhesión a las normas del sargento Collins resultó algo más problemática. Al final, él aceptó a

regañadientes seguir el juego con la condición de que no sería él quien soltara las falsedades. Ese era el papel de Eastly.

Judith tomó el primer tren a Londres, lo que requería hacer transbordos. Por una vez, todo iba puntual. Estar de vuelta en el Gran Humo trajo un torrente de recuerdos, la mayoría de los cuales intentó ignorar. Un rápido revoloteo por el metro, y estaba a distancia a pie de la casa de Clive Wilson antes de que él se despertara.

Vivía en una casa adosada corriente en una calle arbolada en Kensal Green. Los coches estaban aparcados en fila de punta a punta por la calle, y tras una breve marcha arriba y abajo por la acera irregular, Judith encontró el único Mini, un hatchback rojo de tres puertas. El permiso de aparcamiento confirmaba que estaba registrado en la dirección de Wilson, y algo se agitó en su memoria. Había visto este coche detrás de ella cuando se había infiltrado por primera vez en Beaconsfield. Había poco cobijo con la turbia llovizna londinense descendiendo, así que Judith se subió la capucha y esperó varios metros más abajo de la casa de Wilson, sosteniendo una correa de perro que había tenido la presencia de ánimo de pedir prestada a Charlie Walker. Era un accesorio sencillo que al instante desviaría cualquier sospecha de un observador casual. El mayor riesgo era que cogiera un catarro. Con los eventos desenvolviéndose tan rápidamente, estaba segura de que Clive Wilson no se pasaría el día entero en casa, y alguien tenía que confrontarle. Con solo pruebas circunstanciales, la policía no tenía razón para interrogarle, así que le tocaba a Judith quebrantar algunas normas en su nombre, y después del estado en que había dejado su baño, consideraba que un poco de venganza era lo justo. Especialmente después de la reseña de tres estrellas que había dejado en la aplicación de Airbnb.

Después de treinta minutos, el frío húmedo le hacía doler las rodillas, obligándola a caminar enérgicamente de un lado a otro. Fue bendecida diez minutos después cuando Clive Wilson salió apresurado de su piso. Llevaba un abrigo de lluvia azul oscuro y tenía un maletín de cuero colgado al hombro. Antes de abrir el paraguas, Judith notó unos auriculares blancos tapándole los lóbulos, y tenía el aire de alguien perdido en la música. Era una

presa fácil para que Judith le siguiera hasta la estación de metro de Kensal Green y luego hacia el centro de Londres. Ni una sola vez miró a su alrededor, así que pudo mantenerse cómodamente cerca mientras bajaba en la estación de Baker Street y se encaminaba hacia una hilera de edificios de la época eduardiana con apartamentos encima. Pulsó el interfono de una puerta, sacudió el paraguas mientras lo cerraba, y se sacó los auriculares. Incluso se alisó el fleco de pelo a los lados de la cabeza. Este era un hombre en misión de impresionar.

Afortunadamente, la calle estaba concurrida a pesar de la persistente llovizna, así que Judith no tuvo ningún problema en pasar desapercibida mientras se apostaba en la esquina de la calle y observaba. Después de varios momentos, la puerta principal se abrió. La sonrisa de Clive Wilson se ensanchó, y su cabeza se balanceó con entusiasmo contenido. Judith farfulló cuando la calva cabeza de Wilson bloqueó su vista de la figura interior. Todo lo que podía ver era el destello de una mano. Luego Wilson entró, empujando a la persona que había abierto la puerta más hacia el interior. Judith se apresuró rápidamente por la calle, esperando tener una mejor vista, y casi fue atropellada por una madre empujando un cochecito que discutía con alguien al otro extremo de su móvil. Judith aceleró el paso, murmurando sobre usar el teléfono mientras se conduce. La puerta principal empezó a cerrarse, frustrando sus esperanzas.

Pero en el último momento, se abrió de repente de nuevo, y la ocupante asomó la cabeza para echar un vistazo a ambos lados de la calle. Era una mujer. Judith se detuvo en seco ante el giro inesperado de los acontecimientos. La mirada de la mujer se deslizó hacia ella, y solo el oportuno paso de un autobús impidió que Judith fuera avistada.

Judith giró sobre sus talones y se encaminó de vuelta por donde había venido antes de que el autobús tuviera tiempo de moverse. No necesitaba pasar más tiempo siguiendo a Clive Wilson. Todas las piezas clave estaban ahora ahí. Todo lo que tenía que hacer era ordenarlas en una imagen coherente, lo cual era difícil dada la dinámica familiar de los Hardman. Estaba impregnada de sutil celos

y animosidad, no diferente a la de la mayoría de las familias, suponía, aunque esta tenía el bono añadido de una herencia secreta y sustancial que había surgido de la nada. El nivel básico de la naturaleza humana le daba a Judith los únicos hilos que seguir: pasión y dinero. Las gélidas relaciones interpersonales de los Hardman habían descartado rápidamente la primera, dejando amplio margen para la segunda.

Judith estaba tan perdida en sus pensamientos mientras retrocedía hacia la estación de metro que casi tomó la línea equivocada. El enredado laberinto del mapa del metro de Londres le hizo pensar en los hilos que se cruzaban del caso. Sin importar la forma en que los ordenara, siempre había algo que no encajaba perfectamente ni se sentía del todo correcto. No fue hasta que estaba en Paddington, esperando embarcar en el tren de vuelta a casa, cuando se le ocurrió que había un hilo del que no había dado cuenta. Una persona que se había ido entretejiendo a través del subsiguiente lodazal de acontecimientos. Y esa persona era Judith Spears. La razón misma por la que estaba aquí no era coincidental. Había sido ingeniada por Terry Hardman cuando se había ofrecido a pagarle para proteger su inocencia en todo esto. Mientras tomaba asiento en el vagón semivacío de silencio, se añadió a sí misma a la mezcla. El tren se alejó de la estación con una sacudida, un recordatorio de que ahora corría hacia el desenlace que normalmente requería la reunión de los sospechosos y el apuntar de dedos acusadores. En este caso, ninguna de las dos cosas sería fácil. De hecho, requeriría un poco de manipulación... y eso era algo en lo que Judith era extremadamente hábil.

Todo lo que tenía que hacer era hacer una llamada telefónica.

31

—Estamos aquí reunidos hoy... —comenzó Judith antes de que Maggie la interrumpiera.

—No estás oficiando una maldita boda, cariño.

Judith inspiró lentamente, apretando un poco más el volante de su coche. Habían sido veinticuatro horas caóticas desde que había salido de Londres con las migajas de un plan tomando forma. Había pasado la mayor parte del trayecto al teléfono con los dos detectives, o más exactamente, había ido tropezando entre la cobertura telefónica mientras viajaba por el campo, preguntándose si tendría más éxito en un paisaje postapocalíptico. Entre múltiples llamadas, frases a medias y líneas con eco, la agente Eastly la puso al día sobre cómo los Hardman recibieron la noticia de su fallecimiento. A cambio, Judith esbozó su plan, contra el que, como sospechaba, el sargento Collins se rebeló. Pero Judith era cuando menos persuasiva, o irritante, dependiendo del punto de vista. Con tanto que organizar, y todavía desempeñando el papel de fantasma, se había puesto en contacto con Maggie con la promesa de que sus problemas de banda ancha finalmente se resolverían.

—Estoy intentando ensayar cómo lanzarme a mi monólogo cuando llegue el momento oportuno.

—Eso es trabajo del abogado, presentar el procedimiento, ¿no? No me puedo creer que hayas conseguido que por fin lea el

testamento.

—Ah, sobre eso. Bueno... había unos criterios... ¿o es criterio? O eso es un teatro. De todas formas, algo tenía que cumplirse antes de que pudiera tener lugar la lectura del testamento.

—Creía que habías dicho que el señor Hardman no sabía qué era.

—Correcto. Nadie sabía qué cláusula había insistido Richard en insertar en el testamento.

—¿Qué había cambiado para que accediera a la lectura?

Judith se tomó su tiempo para señalar en el siguiente giro y detener el coche ante el ceda el paso, a pesar de que la carretera estaba desierta. —Tuve una palabra con él.

Al principio, Maggie pensó que eso era todo lo que sacaría de su amiga. La conocía desde que se había mudado a Little Pickton, y se habían hecho amigas rápidamente a raíz del incidente de la biblioteca. Judith era buena oyente y perspicaz, pero cuanto más lo pensaba Maggie, más se daba cuenta de que sabía poco sobre la propia Judith más que era una cocinera terrible, una repostera aún peor y una mentirosa maravillosa.

—Más exactamente —continuó Judith—, la agente Eastly tuvo una palabra con él. Yo solo ayudé a facilitar las cosas.

El ceño de Maggie se frunció. —¿Pero cómo, si nadie sabía lo que había escrito Dickie?

Judith no pudo evitar que una sonrisa traviesa se extendiera por su cara. Deseando contarlo todo, no pudo resistir un entusiasta bote en su asiento.

—Todo el mundo supuso que el notario, un tal Jarrod Hemsworth, leería el testamento una vez que el pobre viejo Richard estuviera enterrado. Solo entonces salió a la luz esta misteriosa cláusula. Una que aparentemente nadie conocía. Eso fue la señal para un repentino y aterrorizado revuelo entre la familia. Seguramente alguien lo sabía. Y si lo sabían, lógicamente serían los principales beneficiarios del testamento.

—¿Quién es...?

—Recuerda, nadie sabía de la cláusula. Porque no había ninguna.

Maggie sacudió la cabeza desconcertada. —Me has perdido, cariño.

—Gwen solo había oído rumores sobre el testamento de su hermano. Rumores que sugerían que era una beneficiaria, pero los demás habían oído o sospechado algo diferente. Luego estaban Stephen y Clive registrando las habitaciones en el funeral. ¿Para qué? Posiblemente un testamento que hubiera sido pasado por alto. Quizás. Eso sugería que Richard había cambiado su testamento al menos una vez. La única razón para hacer eso era un repentino cambio de opinión.

—O alguien lo había cambiado por él.

—Vas pillando. De todo lo que he ido escuchando sobre Richard, no me costaría creerle capaz de haber insertado un criterio, o como sea el singular. Un simple retraso para meter al gato entre las palomas. Un poco de presión de la investigación policial reveló que ese era el caso. Quería que los muy canallas sufrieran antes de la lectura. Quizás pensando que uno de ellos se pasaría de la raya.

Maggie agitó el puño en el aire. —Que empiece la intriga.

Judith se dio una palmadita en el bolsillo del abrigo, crujiendo el impreso doblado en su interior. —Gracias a ti, podemos. —Los contactos de Maggie en la Agencia Tributaria habían dado sus frutos solo esa mañana—. La mayor parte de la familia probablemente sospechaba que Terry estaba ocultando algo, pero él también me había dicho lo desconcertado que estaba. Parece que nadie tenía el cuadro completo. —Los limpiaparabrisas soltaron de repente un chirrido al comenzar a funcionar con la llovizna. Judith siguió adelante—. Sabemos que Stephen y Clive Wilson estaban trabajando juntos.

Maggie asintió. —Sigo sin entender por qué, sin embargo.

—Ya lo entenderás. Todo a su debido tiempo. Y luego estaba el veneno.

—¿De quién?

—La persona que me envenenó.

La cara de Maggie se iluminó con intriga. —¡Oh! ¿Y esa es...?

Judith metió el Renault en un área de descanso y apagó el motor y los faros. Maggie le lanzó una mirada interrogativa.

—¿Y lo resolvemos todo aquí?

—No. Aquí esperamos al acecho. Estoy muerta, ¿recuerdas? Tienes que asegurarte de que nuestro invitado llegue en el momento adecuado. —Echó un vistazo al reloj y luego señaló hacia delante. Justo antes del recodo se encontraban las puertas de entrada de la finca Beaconsfield. Tenían una vista despejada de quién entraba y salía. Y sin fiesta, no había seguridad salvo el interfono de la verja, y Judith ya tenía preparado cómo sortearlo.

Maggie era lo suficientemente pragmática como para no hacer demasiadas preguntas. En cambio, se apretó un poco más el abrigo y reclinó el asiento para mayor comodidad. Los caramelos de lima con chocolate que sacó del bolsillo le recordaron a Judith que no había comido desde la mañana. Con nada más que el creciente tamborileo de la lluvia sobre el techo y el crujido de los caramelos consumidos a un ritmo tan constante que podían haber sido drogas de clase A, las dos mujeres se acomodaron para su puesto de vigilancia. Judith sabía que la familia ya estaba reunida, así que solo era cuestión de tiempo antes de que llegara el notario.

Cuarenta minutos después, un BMW X5 negro se detuvo brevemente ante el interfono de la verja antes de pasar. Segundos más tarde, el Clio de Judith tosió para cobrar vida y, con los faros apagados, reptó hacia la verja mientras se cerraba lentamente. En lo que respectaba a los Hardman, ella había pasado a mejor vida, así que llegar de manera sigilosa era fundamental.

Además, tenía un último husmeada que hacer antes de poder lanzar sus propios fuegos artificiales.

32

El sargento Raymond Collins era un hombre que disfrutaba de un buen escalofrío, aunque habría sido el primero en admitir que los escalofríos de cualquier tipo escaseaban tristemente en su vida diaria. Particularmente los del tipo sensual. Vivir en una zona principalmente rural, a varios pueblos de Little Pickton, significaba que las aplicaciones modernas de citas, como Tinder, tenían una estrecha selección de participantes, y ser el agente de la ley local añadía a su deseo de no dejar que la comunidad supiera demasiado sobre su vida personal.

Parpadeó, recordándose a sí mismo que la lectura de un testamento no era el momento de pensar en su falta de vida amorosa. Tenía otras cosas reclamando su atención, como por qué seguía escuchando los idiotas planes de Judith Spears. La investigación no había arrojado ninguna prueba sólida de que la muerte de Richard Hardman fuera un asesinato. Había, ciertamente, muchas pistas sospechosas, pero Collins había rondado suficiente el mundo criminal como para saber que la coincidencia y la intención eran el yin y el yang en la vida real. Había tenido suerte de que el caso no se hubiera derramado al foco mediático. Con un sospechoso de tan alto perfil en el centro, podría haber sido una pesadilla. De algún modo, su equipo y la familia habían conseguido mantenerlo

contenido. Ahora sus superiores habían estado ejerciendo presión para cerrar el caso rápidamente. Y él estaba dispuesto a cumplir.

Hasta hace veinticuatro horas.

Una llamada de Judith Spears había hecho saltar el caso entero por los aires. Para empeorar las cosas, la agente Eastly y la vieja chalada le habían presionado para que siguiera un plan que no estaba del todo dentro de las directrices de la buena labor policial. Sin embargo, cuando lo intentaba, no podía precisar exactamente qué estaban haciendo mal, y había sido lo suficientemente crédulo para aceptar, y ahora, sentado a un lado en el salón de Terry Hardman, difícilmente podía quejarse. Tenía la sensación de ser él el tendido en una trampa.

La agente Sarah Eastly entró con una bandeja de bebidas, con Terry Hardman justo detrás llevando las galletas. El presentador de televisión parecía agotado. Collins se preguntó si estaba sintiendo culpa por el aparente envenenamiento de Judith, o nervios por lo que revelaría el testamento.

Tomó un café solo de la bandeja y deslizó dos terrones de azúcar para un empujón extra. Mientras removía la taza, estudió al notario, Jarrod Hemsworth. Llevaba un traje negro de corte impecable, cuya hechura sugería que era a medida y caro. Sus oficinas en Londres no salían baratas, lo que le hacía exactamente el tipo de notario que un hombre trabajador y enfermo de Leeds nunca podría permitirse contratar. Por lo tanto, las historias sobre la riqueza oculta de Richard Hardman debían ser ciertas.

Hemsworth se sentó a la mesa de comedor de ocho asientos y, con desesperante lentitud, ordenó tres papeles frente a él. Desde que había llegado, no había dicho una sola palabra a nadie, aparte de una breve cortesía a Terry cuando había entrado en la habitación. Sin que los demás lo supieran, había hablado con los detectives de policía, así que observaba silenciosamente su presencia con nada más que una mirada penetrante por encima del borde de sus gafas de lectura de montura negra, montura Ralph Lauren, notó Collins. Aceptó el café con nada más que un único y brusco asentimiento.

Stephen Hardman estaba desplomado en un sillón frente a la mesa, con una pierna colgando sobre el reposabrazos. Su habitual

prepotencia había sido reemplazada por el ceño fruncido, con los ojos agitándose por la habitación. Collins no sabía qué pensar del brusco cambio de personalidad, pero sabía que tomaría un gran placer en detener al escurridizo canalla por la muerte de Richard. Rebecca estaba sentada en el borde del sofá con las manos cruzadas sobre el regazo con un aire de indiferencia casual. Como ambos hermanos tenían un interés en el resultado del testamento, el sargento Collins se preguntó si ella había hecho las paces con la situación o si, de algún modo, ya conocía el resultado.

Solo Terry Hardman estaba retorciendo ansiosamente las manos, entre caladas a su nuevo vaporizador, sentado en el borde del asiento central del sofá, Rebecca a un lado, y la enigmática Linda Furches al otro. La novia llevaba una camiseta roja ceñida y vaqueros, lo que Collins consideró inapropiado para las circunstancias. Sin embargo, no había forma de eludir el hecho de que la edad la había vuelto más atractiva. No podía imaginarse qué veía ella en el poco agraciado Terry Hardman, aparte de su considerable riqueza y fama.

La última persona en coger una taza de la bandeja fue la tía Gwen. Llevaba botas de agua y todavía tenía puesto su acolchado abrigo verde, ya que a Terry no se le había ocurrido poner la calefacción. Sujetaba la taza con ambas manos para calentarse, y sus labios estaban apretados en una línea tensa mientras miraba de soslayo a su sobrina y sus sobrinos. No había charla ociosa ni puesta al día de los acontecimientos. Lo que había necesitado decirse había ocurrido en el velatorio, y esta era ahora una familia bastante dispuesta a correr de vuelta a sus propias vidas hasta que tuvieran que reunirse para la siguiente boda o funeral. Collins sintió un atisbo de lástima por Richard Hardman, que había muerto entre una familia tan centrada en sus propias necesidades que era poco más que un apéndice financiero. Se llevarían su dinero, pero su nombre se deslizaría hacia los recovecos de la memoria, perdido en el tiempo. Una voz sonora rodó de repente por la habitación.

—Gracias a todos por venir. —Hemsworth tenía un barítono que estaba reñido con su complexión menuda—. Puedo confirmar que se han cumplido las condiciones estipuladas por el señor Richard

Hardman para su testamento, así que puedo proceder con la lectura de su última voluntad y testamento. Pero primero, necesito pasar lista de los requeridos para asistir. —Leyó los cuatro nombres de la familia, quienes respondieron cada uno con un asentimiento de cabeza. Hemsworth anotó en su bloc, luego deslizó un documento boca abajo que había estado tumbado a su izquierda. Le dio la vuelta, ajustó las gafas y leyó en voz alta.

—Este es el último testamento de Richard Andrew Hardman, con fecha del tres de octubre.

El sargento Collins anotó que era dos semanas antes de su muerte. Por las diversas declaraciones, el testamento llevaba mucho más tiempo que eso. Había sido enmendado.

—El contenido de mi hogar se distribuirá por igual entre mi familia según consideren oportuno. —Este legado no consiguió más que algunos rápidos intercambios de miradas y caras de decepción entre los familiares. Evidentemente, no había tesoros que llevarse de allí—. El resto de mis bienes mundanos son financieros.

Hizo una pausa y miró por encima del borde de sus gafas a los presentes. Todos estaban sentados bien erguidos como suricatas. Todos excepto Terry Hardman, que se había desplomado en su asiento. El sargento Collins pensó que esa era la actitud de alguien que no tenía que preocuparse por el dinero.

Hemsworth se lamió los labios antes de continuar. —Y ahora tengo su atención... —El notario golpeó el papel que estaba leyendo —. Estas son las propias palabras de Richard. —Sus ojos volvieron al testamento—. Ahora que tengo su atención, ya que todos son unos aprovechados, y no habría razón para que se reunieran aquí si no hubiera algo en ello para cada uno. —Contempló la galería de ceños fruncidos frente a él. Solo Terry Hardman soltó una única carcajada sardónica.

—Eso es papá.

—¿De ahí vienen tus genes de imbécil? —murmuró Stephen.

—Vamos —advirtió Gwen—. Pase lo que pase, tengamos algo de respeto por mi hermano.

Otro murmullo recorrió la habitación, y Terry Hardman quedó oscurecido en una nube de vapor de su cigarrillo electrónico.

Hemsworth inspiró ruidosamente por la nariz, haciendo que su nido de pelos nasales se abriera como las praderas de la sabana. —Así que mi querida hermana, Gwenny, sin duda estará pensando en todos los momentos felices que tuvimos de niños.

El sargento Collins la estaba mirando directamente en ese momento, así que no pudo perderse la débil sonrisa y el gesto de asentimiento de Gwen.

Hemsworth continuó con una nota dramáticamente más profunda mientras se instalaba en su papel de voz de la venganza de Richard Hardman. —Tonterías, por supuesto. Eras un constante dolor de cabeza.

Las mejillas de Gwen se pusieron de un rojo remolacha mientras todos los ojos se volvían hacia ella.

—No era... —tartamudeó.

El notario continuó. —Pero fue solo cuando ambos perdimos lo que amábamos que nos unimos, al menos un poco. Quizás demasiado tarde, pero es algo que recuerdo. Lo cual es una rareza para mí últimamente.

Gwen se secó una lágrima.

—Lo que me deja con mis hijos. ¿Y qué puedo decir de ellos? Conmigo hasta el final. —Hemsworth hizo una pausa para mirar a los hermanos. Ninguno de ellos parecía muy complacido con el elogio, sin duda esperando el inevitable aguijón en la cola, que llegó momentos después cuando el notario reanudó la lectura—. Al menos estuvisteis cuando os disteis cuenta de que tenía dinero escondido. ¿No es así, Rebecca? Husmeando por ahí, encontraste papeles que no debías. Borradores de mi testamento, extractos bancarios. Cometiste el error de contárselo a Stephen, y todos sabemos que no puede guardar un secreto.

—Ah, qué torrente de bilis pasivo-agresiva —dijo Stephen con una mueca—. Es casi como si estuviera en la habitación.

Hemsworth continuó leyendo. —Ese dinero me lo dio Terry.

Terry dio una palmada en las rodillas. De repente estaba animado. —Bueno, eso lo aclara todo. Me lo devuelven. —Se puso de pie, dispuesto a acompañar a todos a la salida.

Hemsworth levantó un dedo. —Disculpe. Hay más. —Indicó que Terry debía volver a sentarse.

—¿De verdad tenemos que escuchar esta farsa? —insistió Terry —. Todos sabemos que papá tenía un lado cruel, y no creo que ninguno de nosotros quiera estar aquí sentado escuchando sus ataques.

—Yo estoy deseando saber qué pensaba de ti —dijo Stephen con una risita.

Antes de que Terry pudiera replicar, Hemsworth golpeó la mesa para pedir atención.

—El testamento tiene que leerse íntegramente para que pueda ejecutarse. Así que, por favor, siéntese.

Los ojos de Terry se entornaron amenazadoramente. —Sabe que cualquier cosa difamatoria podría considerarse calumnia.

—No si son las opiniones del fallecido —replicó Hemsworth secamente—. Ahora por favor siéntese y permítame continuar.

Terry sacudió la cabeza. —No creo que esta pantomima sea legal. Mi abogado debería estar aquí.

—¿El buitre? —llegó una voz desde la puerta de la cocina.

Todas las cabezas se volvieron en esa dirección de golpe. Judith Spears se apoyaba con toda naturalidad en el quicio de la puerta de una manera que esperaba que la gran detective Jessica Fletcher hubría logrado. El jadeo de Gwen fue casi teatral, y Judith tomó placer en ver a Terry Hardman desplomarse en el sofá con tanto peso muerto que el armazón de madera emitió un alarmante crujido.

—¿Cómo...? —fue todo lo que pudo articular.

—Tenía demasiado que hacer para dejar que la muerte se pusiera en mi camino —dijo Judith mientras entraba en la habitación.

Terry lo intentó de nuevo. —Pero...

—Estaba siguiendo pistas. Yendo de incógnito y, hm... desafiando las probabilidades. —Llegó al centro de la habitación y se giró para encarar a Gwen—. ¿No es así, Gwen?

—No estoy segura de entender —dijo Gwen, con los ojos desviándose hacia la policía—. Pero me alegra ver que no fue envenenada después de todo.

Judith agitó el dedo. —Bueno, una de nosotras podría haberlo sido.

Hemsworth estaba de pie, quitándose las gafas de un tirón. —Este no es el momento...

Ella le cortó con un brusco: —¡Es el momento perfecto!

Terry señaló entre los dos. —¿Se conocen?

—Hemos hablado por teléfono. Todo en el marco de mi debida diligencia para llevar a cabo sus instrucciones —dijo Judith.

—No le pedí que...

Judith hizo callar a Terry con un gesto. —¡Silencio! Sé lo que quería que hiciera. Quería que husmeara y les pusiera trabas —señaló a Stephen y Rebecca—, para que pudiera resolver el testamento de su padre en paz. Excepto que no sabía que había sido cambiado en el último momento.

El silencio que aterrizó tras ese comentario fue muy revelador.

Judith se giró hacia el sargento Collins y gesticuló hacia la habitación en general. —Así que lo que tienen aquí es el anticuado truco de «liquidar al padre para cobrar la fortuna».

—¿Qué fortuna? —espetó Gwen—. Sé que guardaba algo del dinero de Terry como inversión, pero difícilmente era dinero por el que valiera la pena matar.

Judith pareció pensativa. —Eso depende de su definición de «fortuna», supongo. Para un multimillonario como Terry, quizás es una gota en el océano. Para el resto de nosotros... bueno, ocho coma dos millones de euros es realmente una fortuna.

Murmullos de asombro recorrieron la habitación. Evidentemente, el alcance del tesoro de Richard era desconocido.

Terry se puso de pie de golpe y apuntó un dedo a Judith. —¿Por qué escuchamos a esta vieja chalada? Se está inventando cosas. ¡No debería estar aquí! ¡Debería estar muerta! —Los ojos de todos se abrieron de par en par. Se apresuró a marcha atrás—. No es que yo quisiera eso...

—Pensaba que estaba de su parte —dijo la agente Eastly entre sorbos de café. Había estado disfrutando enormemente del espectáculo de Judith.

Terry no parecía tener respuesta a mano. El sargento Collins se acercó al notario.

—¿Hay algún mérito en estas cifras?

Hemsworth era reacio a romper el protocolo pero cedió ante la mirada firme del detective. Asintió, desencadenando una reacción más sobresaltada en la habitación.

—¿De dónde demonios sacó papá todo eso? —dijo Stephen mientras miraba fijamente a su hermano.

—Adivina —dijo Rebecca, hablando por primera vez. Apenas podía mantener el odio fuera de su voz mientras fulminaba con la mirada a Terry—. ¡Lo diste como regalo, así que no significa que sea tuyo!

Del bolsillo, Judith sacó el impreso que le había dado Maggie.

—Bueno, «regalo» es un término bastante generoso. Estos son documentos de una investigación fiscal contra el querido fallecido. —Los levantó para que Rebecca pudiera verlos—. ¿Le resultan familiares? ¿No es esto lo que encontró en casa de su padre en Leeds? —Rebecca cruzó firmemente los brazos y no respondió—. Excepto que pensaban que la cantidad escondida era mucho menor.

—Judith —dijo Terry en voz suave—. Este no es el momento adecuado para esto.

—¿Cuándo es el momento adecuado para hablar de asesinato?

—¿Así que fue un asesinato? —dijo el sargento Collins, segundos antes de arrepentirse.

Las cejas de Hemsworth se dispararon hacia arriba. —Es usted un detective de verdad, ¿no?

—¡Silencio! —espetó Judith—. Necesito un poco de concentración para desenredar el lodazal de engaños en el que estamos sumergidos. —Se giró hacia Linda Furches y sonrió calurosamente—. Señorita Furches, un placer finalmente mirarla a los ojos y saludarla.

—Hola... —respondió Linda tímidamente. Intentó ponerse de pie, pero Judith le indicó que siguiera sentada.

—Es mejor que se quede y descubra más sobre la familia con la que se está relacionando. —La sonrisa de Judith se desvaneció mientras contemplaba la habitación—. El pobre Richard fue asesinado. Fue matado porque alguien pensó que había sobrevivido

más de lo útil. Porque su Parkinson estaba volviéndose demasiado difícil de sobrellevar. Y porque valía mucho más muerto que vivo. Es decir, si se le podía separar de su dinero antes de que llegara Hacienda. Con su muerte, los documentos se perderían, y las deudas ya no pasan a la familia o la mayoría de nosotros estaríamos en la cárcel de deudores.

—Ya me dirá —dijo la agente Eastly, poniendo los ojos en blanco antes de ruborizarse de vergüenza al hablar sus pensamientos en voz alta—. Mi madre vive de las tarjetas de crédito —dijo a modo de explicación.

Judith buscó de nuevo su hilo. —El reloj estaba corriendo para el aspirante a asesino. Por suerte, la condición de Richard significa que en su mayor parte está en las nubes, pobre. Sin embargo, Terry convenció a unos médicos de alto nivel para que le pusieran en un tratamiento experimental. Psilocibina, una droga psicodélica que se encuentra en las setas alucinógenas que promete contener las pesadillas de las enfermedades neurológicas. Se está investigando en la universidad local, lo que tenía sentido para bajar a Richard de Leeds y tenerle aquí.

—Por supuesto —dijo Terry indignado—. Hacía lo que cualquiera haría. Buscando desesperadamente soluciones y ayuda contra una condición que estaba fuera del alcance de todos nosotros.

Judith asintió. —Lo sé. Es una condición terrible. Y ver a un ser querido desvanecerse ante tus ojos... —guardó silencio un momento, mirando al suelo antes de recomponerse—. Horrible. Pero para nuestro asesino, fue una oportunidad. Una manera de deshacerse del anciano y evitar sospechas. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que ante una casa llena de testigos que todos atestiguarían un desafortunado accidente?

El sargento Raymond Collins se irguió a su plena altura y se encaró a Terry, que seguía sentado mansamente en el sofá.

—Así que organizar la fiesta fue la historia de cobertura, ¿eh?

Judith puso una mano contenedora en el hombro de Raymond. —Tranquilo. Hay motivos en juego. Nada es sencillo y recuerde la regla: siga el dinero. Los millones que Richard había escondido en un nido de sociedades instrumentales. Dinero que era suyo —miró

significativamente a Terry—. Pero no fue un regalo, ¿verdad? Le pidió que escondiera el dinero durante su divorcio. —Le guiñó un ojo a Linda—. Preste atención. Especialmente si habla de un contrato prematrimonial.

—¡Eso no es verdad! —dijo Terry con altivez.

Judith ladeó la cabeza y le miró fijamente. —¿De verdad? Un elaborado esquema de sociedades hacía difícil seguir el dinero. Desafortunadamente para usted, tengo experiencia en tales asuntos, como también la tiene Hacienda. —Levantó el impreso que le había dado Maggie—. Todo está aquí. —Se lo entregó al sargento Collins —. Y la evasión fiscal no es tan grave como el asesinato, ¿verdad?

—Elusión, no evasión —murmuró Terry derrotado.

—Una gota en el océano de lo que normalmente gana... excepto que últimamente sus opiniones sin filtro y polémicas le han hecho perder bastantes ingresos. —Terry inspiró profundamente pero no respondió—. Y había comprado este magnífico lugar, que es un enorme esfuerzo financiero, ¿no es así?

Judith se giró de repente para encarar a Stephen. —Ah, Stephen. El hermano joven y envidioso. Nunca te llevaste bien con tu hermana ni con tu hermano, ¿verdad? Ni con tu padre, para el caso. Siempre sentiste que te negaban oportunidades.

—Después de que murió mamá, papá se convirtió en un gruñón insoportable. Y tampoco era muy divertido antes de eso.

—Por eso no sientes ningún remordimiento al intentar chantajear a tu hermano.

Terry saltó impulsivamente a sus pies. —¿Qué?

—Tu relación con la señorita Furches aquí presente podría haber llegado a algún periódico... ¿siguen existiendo? O a algún sitio de cotilleo en internet, supongo, para sacar unos cuantos miles. Pero descubrir que estaba embarazada... bueno, eso es otra historia para los canales de cotilleo.

Esta vez le tocó a Rebecca hacer un comentario. —¿Estás embarazada?

Linda Furches asintió tímidamente.

Judith sacó los tres tests de embarazo de plástico del bolsillo y los levantó en alto. —Todos positivos, y una cosa curiosa que querer

quemar en una hoguera. De eso estabais hablando cuando os escuché aquella noche. Pensaba que era Rebecca, pero erais vosotros dos, preocupados por que la noticia se filtrara. Especialmente porque todavía estás casada —añadió Judith, arqueando las cejas con picardía—. Con un jugador de rugby. Un tipo corpulento, según tengo entendido.

—Eso no es asunto suyo —dijo Linda.

Judith asintió. —Estoy completamente de acuerdo. Solo lo menciono porque Stephen planeaba usarlo para extorsionar a su hermano.

—Esto es pura ficción. —Stephen dio un paso hacia Terry—. Tú mismo dijiste que era una vieja chalada.

Terry no se tragó su desvío. Animó a Judith a continuar. —¿Cómo planeaba hacerlo, exactamente?

—Con la ayuda de Clive Wilson. El hombre cuya carrera usted había saboteado. El hombre que juró hacerle lo mismo. Durante el velatorio, estaban registrando la casa en busca de pruebas.

Las manos de Terry se cerraron en puños, y por un momento el sargento Collins pensó que iba a tener un atisbo del notoriamente corto temperamento de Terry Hardman, pero de algún modo se contuvo.

—Y eso no es todo lo que oí, ¿verdad? Oí que Terry había extraviado su teléfono, así que no podía enviarle un mensaje a Gary Mercer para que empezara el espectáculo. El asesino lo había ocultado deliberadamente. —Señaló con el dedo entre Linda y Terry —. Todo esto trajo a Clive Wilson a la refriega familiar. Excepto que no resultó del todo como Stephen había planeado. —Judith se giró de nuevo hacia Rebecca—. ¿Verdad?

—¿Qué quiere decir?

—No supongo que planeara enamorarse de él, ¿verdad? Pero estas cosas ocurren.

—No sé de qué habla.

—Por supuesto que no. Es casi como si no hubiera visto a Clive danzar hasta su apartamento en Baker Street. O debería decir, el piso perteneciente a la amiga que mencionó. La que le había

organizado empezar una nueva vida una vez que la tediosa tarea de cuidar a su padre estuviera terminada.

Rebecca se puso pálida.

Judith continuó sin detenerse. —Así el escenario estaba preparado. El pequeño esquema de chantaje de Stephen trajo a Clive a su vida. Se sorprendió al encontrarse enamorándose de él y rápidamente se dio cuenta de que Clive quería mucho más de lo que usted y Stephen le ofrecían. Fue idea suya acelerar el viaje de su padre, ¿verdad? Y en el camino, intentar cambiar el testamento. Él fue quien la persuadió para conseguir más psilocibina para que Richard estuviera aún más confundido. ¿Pero dónde conseguirla? De la fuente sería lo mejor, así que se puso a hacer amistad con un auxiliar vinculado al laboratorio de investigación universitaria.

—Gary Mercer —murmuró Eastly mientras dejaba su taza.

—Gary, a quien había conocido mientras era tratada por ansiedad. Un hombre que estaba bastante enamorado de usted y por tanto podía ser fácilmente manipulado.

Rebecca sacudió la cabeza y dio un paso amenazante hacia Judith. —Tonterías. Esto es pura fantasía, respaldada por qué. ¡No tiene pruebas!

La agente Eastly levantó la mano. —Pero tenemos las huellas dactilares de Gary Mercer en el frasco de pastillas que me entregaste, Judith.

Judith soltó una risa aliviada. —¿Cuándo lo descubrió? ¡Estaba improvisando esa parte de la conferencia!

—Llegaron justo cuando salía de la oficina.

—Forense tiene una lista de espera terrible —añadió el sargento Collins, quien consideró mejor fingir estar al menos a medias al tanto de lo que estaba ocurriendo.

—Las huellas de Rebecca también estaban en el frasco —añadió Eastly—. Pero eso era de esperar ya que le cuidaba. ¿Pero cómo llegaría el DJ de la fiesta a ellas cuando todos estaban en la casa en ese momento? No podía.

—No me puedo creer esto... —dijo Terry. La desesperación había diluido su ira. Miró a Rebecca con ojos de cachorro.

Judith le puso una mano confortadora en el antebrazo. —Lo siento, pero es verdad. Fue Rebecca quien sugirió al DJ. ¿No es curioso que conociera a uno local? Alguien a quien conocía, y cuyo equipo podía manipular porque él le había enseñado cómo usarlo. —Miró a Rebecca con tristeza—. Le hizo enamorarse de usted, para que hiciera cualquier cosa que le pidiera. Lo supe en el momento en que se refirió a usted como «Becs». —Rebecca volvió a cruzar los brazos y parecía a punto de estallar—. Stephen descubrió que te habías enamorado, porque Clive ya no estaba siguiendo su plan, ¿verdad? El señor Wilson podía ver que tenía una oportunidad mayor de hundir a su hermano y, a través de usted, ganar más dinero del que un periodista en desgracia podría esperar ganar jamás. Pero siendo usted como es, Stephen, no estaba en plena posesión de los hechos.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Stephen.

Judith sonrió. —Exactamente mi punto. Un poco lento, querido. Discutiste con Clive por teléfono porque estaba estropeando tu esquema, así que eventualmente intentaste inculpar a tu hermana por despecho. Por eso me llevaste al río donde encontré el frasco de pastillas. Era un pequeño vertedero conveniente que Terry usaba para deshacerse de cosas que la gente no quería ver, así que tiraste el frasco, sabiendo que captaría mi interés.

Rebecca y Stephen se miraron con una mirada venenosa.

Judith continuó dirigiendo sus pensamientos hacia Rebecca. —Pero en realidad, te habías enamorado de Clive Wilson, y él te estaba manipulando. Le enseñaste las cuentas de Richard, ¿verdad? Fue él quien dedujo que Terry era un evasor fiscal...

—Elusor —añadió Terry automáticamente.

Judith continuó. —Lo que sería una jugosa adición a la desgracia pública de Terry. Pero el verdadero golpe de gracia llegó cuando le contaste a Clive algo que Terry te había confiado. La razón por la que nadie puede tener una maldita banda ancha decente en el pueblo.

La mayoría de la habitación intercambió miradas desconcertadas.

—Porque la caja de empalmes telefónica no para de inundarse. Terry no estaba impidiendo que la gente intentara repararla. BT me

dijo ellos mismos que la tierra estaba encharcada. Un poco más de indagación, y aprendí la verdad sobre su finca, Terry. Es imposible de vender. Le habían tomado el pelo. La llanura de inundación se ha extendido casi hasta la casa. En unos pocos años más, las inundaciones podrían muy bien empapar esta bonita moqueta. —Sacó un papel doblado del bolsillo—. Perdónenme, llegué un poco antes y me tomé la libertad de hacer una pequeña búsqueda en su dormitorio. Encontré este informe de un perito.

Terry gruñó y asintió. —Este lugar no vale nada.

—Por eso necesita tan desesperadamente el dinero que le había dado a su padre. Está arruinado.

—Así es. —Era una declaración humilde, por una vez desprovista de cualquier arrogancia.

—Y el problema allí era que su padre había cambiado el testamento. Mientras estaba en las profundidades de su delirio, Rebecca y Clive le habían hecho cambiar el testamento para que ella fuera la única beneficiaria.

—¡Zorra! —le soltó Stephen a su hermana.

—¡No! —replicó Rebecca.

Judith la corrigió. —Me temo que eso es un gran «sí». Pero solo después de su fallecimiento tomó conciencia de que él lo había cambiado de nuevo en un momento de lucidez. O más bien, de menos confusión de lo habitual. Lo había legado todo a su propia hermana, Gwen. Que era su intención original. Era la única a quien consideraba que tenía valores familiares. El único problema era que había enmendado esa versión del testamento por su cuenta, lo que significaba que había cometido un error. Había añadido a Gwen como primera beneficiaria, pero el nombre de Rebecca seguía estando allí. Lo que significa que si Gwen estaba fuera del camino, digamos, misteriosamente envenenada, entonces Rebecca volvería a ser repentinamente la única beneficiaria.

La agente Eastly intervino. —El informe del laboratorio confirmó rastros de drogas en el rollo de salchicha que Judith tomó del bufé.

—¿Intentaste envenenarme? —chilló Gwen, abalanzándose sobre Rebecca. Por suerte, el sargento Collins la apartó antes de que su puñetazo pudiera aterrizar.

—Técnicamente, me envenenó a mí —dijo Judith—. Mi glotonería la salvó. Habían mezclado la receta de levodopa de Richard con psilocibina, sabiendo que la levodopa puede producir una reacción fatal en cualquiera que tome antidepresivos.

Gwen quedó paralizada de horror. Judith continuó sin pausa.

—Tuve que investigar un poco sobre eso, y no es el tipo de cosa que sabría, ¿verdad? —Miró interrogativamente a Rebecca—. Necesitaría a alguien con formación médica para saber realmente estas cosas. Y cómo aumentar las microdosis de psilocibina justo lo suficiente para que un anciano confundido saliera por una ventana convenientemente abierta.

—¿Mercer? —preguntó Collins, intentando mantenerse al día.

—Clive Wilson. Recuerden, era médico de cabecera antes de dedicarse al periodismo. Estaría al tanto de los peligros.

Stephen frunció el ceño. —Pero Rebecca no estaba cerca de ti en ningún momento. La estuve vigilando como un halcón durante el velatorio porque quería descubrir lo que sabía sobre el testamento. Estaba seguro de que sabía algo.

—En efecto, sí. Su error fue invitar a Clive Wilson. Él había adulterado la comida, con la intención de matar a Gwen. Recuerdo a alguien chocando con nosotras por detrás mientras discutíamos el catering. Wilson. Durante el funeral, estaba al teléfono gritándole a Gary Mercer para que entregara más drogas precisamente para esa ocasión. —Echó una mirada al sargento Collins—. Como mostrarán los registros de su teléfono. —Se volvió de nuevo hacia Stephen—. Estabas tan desesperado por que esto funcionara, posponiendo tu viaje a Estados Unidos y todo eso, que eras ciego a sus actividades más nefastas. Te estaba manipulando tanto como a tu hermana. Apuesto a que encontró lo que estabas buscando en la habitación de Rebecca y lo tomó antes de que lo vieras. Una copia del testamento de Richard. Una que ella había hecho cuando descubrió que se había añadido el nombre de Gwen.

—Esto no se sostendrá en un tribunal —escupió Rebecca—. ¡Yo no maté a papá!

—No. Esa distinción precisa fue para Clive Wilson. Le drogasteis hasta las cejas y saboteasteis el equipo de Gary Mercer para crear

una distracción. Clive fue quien había llegado, sin que ninguno de los invitados le viera, y había subido por la escalera más alejada cerca de la puerta principal. Abrió la puerta y colocó a Richard junto a ella antes de que estallaran los fuegos artificiales. El pobre Richard estaba en un viaje psicodélico cuando ocurrió eso, y Clive Wilson se había marchado mientras el resto de nosotros nos agolpábamos alrededor del cuerpo. Él fue el cerebro. Usted, su brazo ejecutor. Pero igualmente culpable.

Los ojos de Rebecca recorrieron la habitación mientras las miradas acusadoras se clavaban en ella. Sus ojos se abrieron de par en par cuando miró al sargento Collins.

—¿De verdad no puede creer ni una palabra de esto? Quizás fue Clive. ¡Pero yo no sabía nada de ello! ¿Dónde están las pruebas? No tiene ninguna porque no las hay.

—No del todo cierto —dijo Judith—. Verá, el amor hace que la gente haga las cosas más insospechadas. Peor aún son los extremos a los que llega un amante rechazado. —Estaba disfrutando de la expresión cada vez más desconcertada de Rebecca—. El pobre Gary Mercer. La manera en que le manipulaste le dejó como el chivo expiatorio perfecto en caso de que el bueno del sargento Collins se acercara demasiado, luego planeabas dejarle colgado.

El sargento Collins se estaba poniendo al día lentamente. —Lo que es cómo descubrimos la copia del testamento en su piso. Me dijo que Wilson había ido a pagarle por las drogas que había entregado para el velatorio. Tuvieron un altercado, y Wilson se marchó después de esconder, bastante mal, el testamento con la esperanza de que le incriminara. —Collins sonrió, aliviado de tener algo con que contribuir al caso.

Judith retomó la iniciativa. —Por desgracia, era el testamento antiguo y por tanto inútil. Había robado algún stock del trabajo, pero hasta ahí llegaban sus delitos. Cuando descubrió la situación entre usted y Clive... bueno, decir que estaba disgustado es quedarse corto. Devastado, más bien. Le dejó en el estado mental perfecto para querer vengarse.

—¿Vengarse?

—Del tipo de «no querer cargar con la culpa».

En cuestión de segundos, la postura de Rebecca se transformó de desafiante a gato asustado. Un poco más extremo y corría el riesgo de doblarse sobre sí misma y desaparecer de la existencia.

En ese momento, Maggie hizo una entrada perfectamente sincronizada en el salón. Estaba hablando con alguien que venía detrás de ella.

—Por aquí. Ella misma quiere darte la buena noticia. —Maggie señaló hacia Rebecca, y Clive Wilson entró de un salto como un colegial enamorado y la abrazó.

—¡Oh, Rebecca! He oído la noticia... —se interrumpió al registrar la multitud a su alrededor. Al fin y al cabo, no estaban tan solos. —¿Qué está pasando? —Exigió enfadado mientras sus ojos se encontraron con los de Terry Hardman.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —gruñó Terry.

—Permítame —dijo Judith con ligereza—. El señor Wilson aquí presente está bajo la impresión de que la lectura del testamento fue esta tarde. También le habían dado algunas imprecisiones; tal es la naturaleza de las noticias falsas de hoy. Primero —se giró y sujetó las manos de Gwen con fuerza—. Usted falleció después de todo. Me temo que nos pillaron a las dos. Lo que por supuesto significa que todo va a usted —dirigió lo último a Rebecca, quien de repente se palpó los bolsillos buscando el objeto extraviado.

La agente Sarah Eastly lo levantó e hizo la inocente. —¿Oh, esto es suyo? Lo encontré antes cuando vine a informar a su hermano de que asistiríamos a la lectura. Qué despistada soy.

Si fuera posible, Rebecca se aterrorizó aún más. La cara de Clive Wilson se ensombreció.

—No sé qué está pasando aquí, ¡pero esto huele a trampa!

—Eso no es estrictamente un problema legal en Inglaterra —señaló el sargento Collins—. Es americano, y sospecho que está pensando en aquella película de Sean Connery.

Clive agarró los brazos de Rebecca con fuerza y la acercó hacia él. —Mercer me dijo que te había chantajeado para que le cediera parte de la herencia.

—Y usted vino a salvarla —dijo Judith con una sonrisa—. Qué noble. Lamentablemente, le informaron mal. Pero vino rápidamente,

temiendo que su parte en el intento de envenenamiento de la querida Gwen se hiciera pública.

—Eso es...

Judith intervino rápidamente. —Guárdese sus súplicas de inocencia. Coaccionó a Rebecca para empeorar la condición de Richard. Conspiraron juntos para liquidarle en la fiesta. —Apuntó un dedo acusador al periodista—. Recordando sus días de médico de cabecera, sabía cómo manejar la psilocibina justo lo suficiente para que un anciano confundido saliera por una ventana abierta, y luego se escabulló por el frente antes de que nadie le viera. Me apuesto a que sobornó a los guardias de seguridad para que guardaran silencio, porque sabían que era un periodista intentando cazar una historia. Una historia que planeaba fabricar que implicaría a Terry Hardman, una celebridad con una pareja embarazada, todavía casada, que ahora está al borde de la bancarrota y la evasión fiscal.

—Elusión —chirrió Terry esta vez sin entusiasmo.

Judith arreció. —¡Arruinando su carrera, reviviendo la suya, mientras se pone el mundo por montera con su ahora adinerada hermana!

Clive Wilson se quedó boquiabierto como un pez atrapado. Ni siquiera pudo reunir la motivación para negarlo. La agente Eastly seguía comiendo una galleta con una mano y sosteniendo el café con la otra.

—A mí me parece un caso —dijo, escupiendo migas.

Judith miró expectante al sargento Collins. Él apretó los puños un par de veces antes de avanzar para encarar al aturdido periodista.

—Señor Clive Wilson, le detengo bajo sospecha de asesinato. Y unos cuantos asuntos más, según parece.

Clive Wilson se quedó boquiabierto en silencio. Rebecca le apartó de un empujón y cruzó los brazos, con el ceño fruncido en su cara. El sargento Collins todavía estaba intentando procesar los acontecimientos, y la sonrisa petulante de Judith era distractora e irritante. Se giró hacia Rebecca.

—Y usted también, señorita Hardman. Ambos quedan detenidos.

La gravedad dramática del momento fue arruinada por un jadeo de regocijo de la agente Eastly y un rápido aplauso de la propia

Judith Spears.

33

El tiempo había mejorado, y el diluvio había dado a Little Pickton un verde aún más rico, lo que complacía a la Brigada Floral mientras salían precipitadamente a resucitar sus exhibiciones.

El sargento Raymond Collins conducía su coche lentamente por el pueblo, que había vuelto a su naturaleza soñolienta. La agente Sarah Eastly iba en el asiento del copiloto, con la nariz pegada al teléfono mientras desplazaba correos electrónicos.

—Fue muy amable de Judith darnos ese diagrama —dijo sin levantar la vista.

Collins gruñó a regañadientes. El día después de las detenciones iniciales, Judith Spears había usado dos folios para dibujar un diagrama de flujo de los acontecimientos y los motivos, y había proporcionado una lista de verificación en cada lado para vincular las pruebas. Collins se había sentido ofendido, no solo porque él había estado luchando para resolver todas las conexiones, sino porque el papeleo de Judith era infantil, simple y exactamente lo que necesitaba. Había sido útil hasta el punto de ser molesta.

—Rebecca y Clive intentando estafar a Gwen para quedarse con su herencia. —Sarah sacudió la cabeza.

—Bueno, hablando estrictamente, era el dinero de Terry.

—Hablando más estrictamente, era principalmente del fisco.

—Ahora te estás poniendo puntillosa.

—Aun así. Casi se salen con la suya...

—Si no fuera por esa molesta mujer —terminó Collins con un acento seudoamericano inspirado en Scooby-Doo. Captó a Eastly mirándole en blanco—. Antes de tu época.

Sarah dejó el teléfono y miró a su jefe con seriedad.

—Así que parece una pena hacer esto...

Collins la miró de reojo pero no respondió durante varios segundos. Se lamió los labios.

—No podemos tener una ley para unos y otra para... otros.

—Elocuentemente expresado —dijo Sarah con un resoplido.

—Ya sé lo que quiero decir.

El resto del trayecto se realizó en frío silencio. Judith Spears les invitó a entrar en su casita y les hizo una taza de té ya que se había quedado sin cápsulas de Nespresso y les puso al día de las conversaciones posteriores que había tenido con Terry Hardman.

—¿Entonces no va a declararse en bancarrota? —dijo Raymond con sorpresa.

Judith sacudió la cabeza. —Con Clive Wilson en libertad bajo fianza, no puede publicar la historia, así que los relaciones públicas de Terry se han apropiado de la narrativa, como se dice. Las historias de evasión fiscal son una mina de oro para los famosos. Calcula que revivirá su carrera, como ese humorista del pelo de Lego y el chico de ese grupo de pop. Siempre sale en la tele desde que le pillaron.

Sarah removió su té ruidosamente. —Bueno, eso demuestra algo, ¿verdad que sí, jefe?

Raymond la miró de soslayo pero no mordió el anzuelo.

—Por supuesto, hay poco que pueda hacer con respecto a las inundaciones de su terreno, pero parece que tiene interés de una gran empresa de televisión americana en hacer una serie sobre ello. —Judith levantó las manos dramáticamente—. ¡Salvados de la inundación! —retumbó con su mejor voz de presentador de televisión—. Una serie medioambiental, nada menos. Eso le pondrá de vuelta en pie. Y con un bebé en camino, no creo que vaya a desvanecerse entre las sombras tan pronto.

Sarah suspiró. —Es la pobre Gwen quien no va a sacar nada. No si Hacienda tiene algo que decir al respecto.

—No ganó nada, no perdió nada —dijo Judith pragmáticamente.

—Ganó una familia más disfuncional y perdió a su hermano —señaló Raymond, y luego se quemó los labios con el té hirviendo.

—¿Más leche, querido? —preguntó Judith.

—Yo tenía a Stephen en el punto de mira —comentó Sarah, dejando su taza y alargando la mano hacia las galletas Bourbon que Judith había dispuesto en un plato.

Judith sirvió su propio té y se sentó a la mesa de la cocina. —Está condenado a vivir con una cara que hace que parezca culpable. No le culpo por haber desarrollado un complejo de persecución. Quizás tenga más suerte en los Estados Unidos.

—No es el tipo que se sale con la suya con las cosas —dijo Raymond con calma—. A diferencia de otros.

Judith dejó su taza y le miró de lado.

—Mi querido detective. Uno pensaría que tiene cosas en mente. Yo que pensaba que estaría disfrutando de la gloria por resolver este caso. Y aquí estoy yo, envenenada en el cumplimiento del deber para probar la inocencia de Terry, solo para descubrir que no tiene un céntimo con que pagarme.

—Por ahora —dijo Sarah.

Judith asintió amablemente. —Aunque debo confesar que he sido la heroína de la hora desde que se restauró el internet. Resulta que BT lo redirigió alrededor de la finca de Terry, usando cables en terreno más elevado, así que cuando llueva no quedaremos desconectados. El pueblo está encantado. —Sonrió agradablemente —. Así que, Raymond, estás fuera de servicio, ¿verdad? ¿Qué te preocupa?

Raymond Collins se aclaró la garganta. —Estoy fuera de servicio, Judith, así que Raymond es perfectamente aceptable. Estoy fuera de servicio por esto. —Sacó un papel doblado del bolsillo y lo deslizó por la mesa hasta Judith. Ella lo miró, pero mantuvo las manos envueltas alrededor de su taza—. ¿Vas a mirarlo?

—¿Hay algo ahí que no sepa?

Raymond suspiró. Su confianza era agotadora para los demás. ¿O era solo para él?

—No hay mucho que descubrir sobre Judith Spears, ¿verdad?

—Me mantengo para mí.

Raymond no pudo suprimir una risa sarcástica tan fuerte que Sarah dio un brinco en su asiento.

—Lo siento, no sabía que también eras cómica. —Golpeó el papel doblado—. Eso es el total de la vida de Judith Spears. No es mucho, porque murió hace mucho tiempo. Con dieciséis años. De tuberculosis.

Ni un músculo de la cara de Judith reveló sus pensamientos. —Es una pena terrible —dijo con sincera convicción.

—Solo para reaparecer hace seis años. —Golpeó el papel de nuevo—. ¿Cómo lo explicas?

Judith hinchó las mejillas mientras cavilaba. —No estoy muy puesta en ordenadores. Ese es el departamento de Maggie. Pero supongo que esa información debe perderse fácilmente hoy en día. A veces la gente cae entre las grietas. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué, Raymond? ¿Cómo lo explicarías tú?

Raymond sintió arder sus mejillas. Se recostó en el asiento, sin apartar los ojos de ella. El silencio solo fue roto por Sarah sorbiendo su té. Finalmente, Raymond habló.

—Sabes, Judith, no creo que pueda explicarlo. —Miró de soslayo a Sarah—. ¿Y tú?

Sarah se encogió de hombros. —Supongo que es simplemente una de esas cosas. —Alargó la mano hacia otra galleta—. Y desde luego, es una de esas cosas para la que no tenemos tiempo de investigar. Especialmente con todo ese papeleo esperándonos.

—Ah sí, el papeleo. —Raymond miró alrededor de la cocina, y luego sonrió—. Creo que tienes razón, Sarah. Judith ya nos ha dado un dolor de cabeza. ¿Quién necesita otro?

Alargó la mano y retiró el papel doblado, y luego lo arrugó deliberadamente. Judith sonrió y asintió en señal de acuerdo.

—Exactamente. ¿Y qué magnífico triunvirato formamos?

Raymond se rió entre dientes y se apretó el puente de la nariz. —Por favor, no. Eso sería una tortura. Por suerte, las probabilidades

de que ocurra otro crimen por aquí son infinitesimalmente pequeñas.

Judith tomó un sorbo y miró al infinito.

—Estadísticamente hablando, eso es cierto. Todos podemos relajarnos en tiempos más tranquilos.

Asentimientos amistosos circularon por la mesa de la cocina mientras un silbido de tren sonaba a lo lejos, y el sargento Raymond Collins razonó que no tendría muchas razones para volver a visitar a Judith Spears en el futuro.

Casi ninguna en absoluto.

TAMBIÉN POR SAM OMAN

info@mgcole.com

Twitter: @abriggswriter

Bluesky: @andybriggs42@bsky.social

LA SÉRIE JUDITH SPEARS :

01 - UN ASESINATO POR INVITACIÓN

02 - MUERTE EN LA LÍNEA

03 - UNA DOSIS DE CRIMEN

04 - CRIMEN FUERA DE PLAZO

05 - MUERTE A TRAVÉS DEL OBJETIVO